CAMBIAR: MÉTODO

ÉDOUARD LOUIS

narrativa
salamandra

Édouard Louis

CAMBIAR: MÉTODO

Traducción del francés de
Encarna Castejón

narrativa
salamandra

Para Giovanni S.

Ya no soy más que un pretexto.

JEAN GENET
Diario del ladrón

Dos prólogos

Son las doce y treinta y tres minutos de la noche y empiezo a escribir desde esta habitación sombría y silenciosa. A través de la ventana abierta oigo voces fuera y las sirenas de la policía a lo lejos.

Tengo veintiséis años y unos pocos meses, la mayoría de la gente diría que tengo toda la vida por delante, que todavía no ha empezado nada, y sin embargo ya hace tiempo que vivo con la impresión de haber vivido demasiado; imagino que por eso es tan intensa la necesidad de escribir, como una manera de fijar el pasado en lo escrito y así, supongo, deshacerse de él; o puede que, al contrario, el pasado esté ahora tan anclado en mí que me obliga a hablar de él, en todo momento, en cualquier ocasión, que me ha ganado la partida y que, creyendo deshacerme de él, no hago sino reforzar su existencia y su control sobre mi vida; puede que haya caído en la trampa... no lo sé.

Cuando tenía veintiún años ya era demasiado tarde, ya había vivido demasiado: de niño conocí la miseria, la pobreza, la escena repetida de mi madre pidiéndome que llamase a la puerta de los vecinos o de mi tía y les suplicara que nos diesen un paquete de pasta y un tarro de salsa de tomate, porque ya no tenía dinero y sabía que un niño despertaría compasión más fácilmente que un adulto.

Conocí la violencia, mi primo muerto en prisión a los treinta años, mi hermano mayor enfermo de alcoholismo desde la adolescencia, con el cuerpo tan impregnado de alcohol que ya se levantaba borracho por la mañana, antes de haber bebido;

mi madre que lo negaba con todas sus fuerzas para proteger a su hijo, que nos juraba cada día que ésa era la última vez que bebía, que ya no iba a beber nunca más. Las peleas en el café del pueblo, el racismo obsesivo de las comunidades rurales y aisladas, presente en casi cada palabra, cada frase. *Esto ya no es Francia, es África, ya sólo hay extranjeros*; el miedo constante de *no llegar a fin de mes*, de no poder comprar leña para calentar la casa o remplazar los zapatos destrozados de los niños, las frases de mi madre, *No quiero que mis hijos pasen vergüenza en el colegio*, y mi padre; mi padre enfermo de una vida de trabajo en la fábrica, a destajo, después en las calles barriendo la basura de los demás, mi abuelo enfermo de la misma vida, enfermo del hecho de que su vida era la reproducción casi exacta de la vida de su bisabuelo, de su abuelo, de su padre y de su hijo; privación, precariedad, dejar el colegio a los catorce o quince años, vida en la fábrica, enfermedad. A los seis o siete años yo miraba a esos hombres que me rodeaban y pensaba que su vida sería la mía, que un día iría a la fábrica, como ellos, y que la fábrica también me encorvaría la espalda.

Huí de ese destino y fui vendedor en una panadería, portero de un edificio, librero, camarero, encargado de comprobar las entradas en varios teatros, secretario, profesor particular, prostituto, monitor en colonias de vacaciones, cobaya de experimentos médicos. De milagro, estudié en una escuela que se consideraba una de las más prestigiosas de Europa y salí de ella licenciado en filosofía y sociología, aunque nadie en mi familia tenía estudios. Leí a Platón, Kant, Derrida, Beauvoir. Después de haber conocido las clases más pobres del norte de Francia, conocí la pequeña burguesía de provincias, su acritud, y, un poco más tarde, el mundo intelectual parisino, la gran burguesía francesa e internacional. Me codeé con las personas más ricas del mundo. Hice el amor con hombres que tenían en

su salón cuadros de Picasso, de Monet, de Soulages, que sólo viajaban en avión privado y que se pasaban la vida en hoteles donde una noche, una sola noche, costaba lo que toda mi familia ganaba en un año, cuando yo era niño, para alimentar a siete personas.

Me relacioné —al menos físicamente— con la aristocracia, cené en casas de duques y de princesas, comí caviar y bebí con ellos varias veces por semana *champagne* del que pocas veces se ve, pasé vacaciones en mansiones suizas, en casa del alcalde de Ginebra, que llegó a ser amigo mío. Conocí la vida de los vendedores de droga, amé a un hombre que reparaba vías férreas y a otro que, con apenas treinta años, había pasado un tercio de su vida en la cárcel, dormí en los brazos de otro hombre en una de las ciudades supuestamente más peligrosas de Francia.

Con poco más de veinte años cambié de nombre en un tribunal, cambié de apellido, modifiqué mi cara, diseñé de nuevo la estructura de mi implantación capilar, pasé por varias operaciones, reinventé mi manera de moverme, de andar, de hablar, hice desaparecer el acento del norte de mi infancia. Huí a Barcelona para empezar de nuevo con un aristócrata venido a menos, intenté dejarlo todo e irme a la India, viví en un estudio minúsculo en París, fui propietario de un gran apartamento en uno de los barrios más ricos de Nueva York, viajé solo durante semanas a través de Estados Unidos, visité ciudades normales, desconocidas y fantasmales para intentar deshacerme de todo aquello en lo que mi vida se había convertido. Cuando iba a ver a mi padre o a mi madre ya no sabíamos qué decirnos, ya no hablábamos el mismo idioma, todo lo que había vivido en tan poco tiempo, todo lo que había atravesado nos separaba.

Escribí y publiqué libros antes de celebrar mi veinticinco cumpleaños, viajé por el mundo entero para presentarlos, fui a Japón, Chile, Kosovo, Malasia, Singapur. Di conferencias en

Harvard, Berkeley, la Sorbona; al principio, esa vida me impresionaba, pero después me sentí hastiado, asqueado.

Escapé de la muerte por los pelos, viví la muerte, experimenté su realidad, perdí el uso de mi cuerpo durante semanas.

Más que nada, intenté huir de mi infancia, escapar del cielo gris del norte y de la vida condenada de mis amigos de infancia, a quienes la sociedad había privado de todo, cuya única perspectiva de felicidad eran las veladas, varias veces por semana, en la parada de autobús del pueblo, bebiendo cerveza y pastís en vasos de plástico para olvidar, olvidar la realidad. Había soñado con que me reconocieran por la calle, soñado con ser invisible, soñado con desaparecer, soñado con despertar una mañana y ser una chica, soñado con ser rico, soñado con empezar de nuevo.

A veces me habría gustado tumbarme en un rincón, apartado de todo, cavar un agujero, meterme dentro y no hablar nunca más, no moverme nunca más, según el modelo de lo que Nietzsche llama el fatalismo ruso, es decir, esos soldados que, agotados de haber luchado durante mucho tiempo, destrozados por el cansancio de las batallas, por sus cuerpos doloridos, pesados, se tienden en el suelo, lejos de los demás, en la nieve, y esperan a la muerte.

Esta historia —esta odisea— es lo que me gustaría, aquí, intentar contar.

Subo los escalones de dos en dos. Ya no recuerdo lo que pensaba en ese hueco de escalera, supongo que contaba los escalones para no pensar en otra cosa.

Llegué a la puerta, recuperé el aliento y llamé. El hombre se acercó al otro lado de la pared, yo lo oía, percibía el ruido de los pasos en el entarimado.

Había hablado con él por primera vez en un sitio web apenas dos horas antes. Era él quien se había puesto en contacto conmigo. Me había dicho que le gustaban los chicos como yo, jóvenes, delgados, rubios, con ojos azules; precisó: de tipo ario. Me pidió que me vistiera como un estudiante y eso hice, al menos la idea que él se hacía de un estudiante, llevaba un chándal con capucha demasiado grande que me había prestado Geoffroy y zapatillas de deporte de color azul cielo, mis favoritas, me había plegado a sus deseos porque esperaba que me diera más dinero del que ya me había prometido, como recompensa por mis esfuerzos.

Esperé.

Al fin abrió la puerta y al ver su cuerpo tuve que contraer los músculos de la cara para no hacer una mueca; no se parecía a las fotos que me había enviado, tenía un cuerpo fofo, pesado, no sé cómo decirlo, como si cayera, o más bien se escurriera, hacia el suelo.

Ya sólo llegar hasta la puerta le había costado mucho, veía la fatiga, la dificultad para respirar, la transpiración en forma de

docenas de pequeñas gotas, minúsculas, que le brillaban en la frente; intenté mirarlo lo menos posible, no quería ver los detalles de su cara, pensaba En menos de una hora estarás lejos de allí con el dinero. Me llegaba su olor, un olor artificial a vainilla, a leche cortada. Me concentré en esta frase, En menos de una hora, el dinero, cuando de pronto oí voces tras él, en el apartamento. Eran voces masculinas, había varios hombres, tal vez tres o cuatro; le pregunté quiénes eran; sonrió y me dijo: No es nada. Haz como si no los vieras, están acostumbrados, llamo a putos a menudo, no eres el primero. Vamos a mi habitación y tú ni caso.

Yo pensaba: No quiero que nadie más me vea la cara; empezaba a sentir la vergüenza subiéndome por el cuerpo desde la punta de los dedos hasta la nuca, como un fluido tibio, paralizante, reconocía su quemadura. Lo amenacé, diciéndole que me volvía a mi casa. Pensé que mi frase le ofendería o le irritaría pero no intentó retenerme, propuso, con calma, darme cincuenta euros por el desplazamiento si quería dar media vuelta y volver a mi casa, y lo odié por no enfadarse. Necesitaba más de cincuenta euros. Dije De acuerdo, vamos directamente a tu habitación, que no me miren, me subo la capucha.

Me juró que sus amigos no intentarían verme la cara. Les importa una mierda, dijo, y al darse la vuelta, vi su nuca blanca y carnosa, Piensa en el dinero, piensa en el dinero.

Crucé el salón con él. Él iba delante de mí. Con la cabeza baja, la capucha me ocultaba la cara. Al llegar a la habitación se sentó en el borde de la cama, y el contacto del pesado cuerpo con el colchón hizo un ruido seco y agudo.

El colchón gritaba por mí.

Yo estaba de pie, frente a él, no me atrevía a moverme, él me

miraba Joder, eres de lo más excitante con esa carita de nazi. No dije nada, sabía que mi silencio le gustaría, que eso era lo que quería y que por eso me pagaba, por mi dureza, mi frialdad. Estaba desempeñando un papel. Me pidió que me desnudara, dijo: lo más despacio posible, y lo hice.

Desnudo frente a él, esperé. Sólo dijo: Quiero que me folles como a una zorra. Se levantó, se bajó el pantalón hasta las rodillas, sin quitárselo del todo, y me dio la espalda para ponerse a cuatro patas en la cama; sus nalgas demasiado blancas y demasiado rojas, descarnadas, blandas, cubiertas de pelitos de color marrón; y repetía, Venga, fóllame, fóllame como si fuera tu zorrita. Froté mi sexo contra su cuerpo pero nada, mi sexo estaba inerte, no podía, no conseguía pensar en otra cosa, imaginarme en otra situación, la realidad de su cuerpo dominaba todo lo demás, como si esa realidad fuera tan brutal, tan total, que hiciera imposible cualquier intento de imaginación. Me dijo ¿Qué, no puedes? y para ganar tiempo contesté Cierra el pico. Sentí cómo su cuerpo se estremecía bajo mis dedos al oír esa frase, le gustaba.

Lo seguí intentando, me frotaba desesperadamente contra él, sobre él, me empeñaba en imaginar otro cuerpo en lugar del suyo, en imaginar otro cuerpo bajo mi cuerpo, o más bien sobre mi cuerpo porque sabía que por lo general ésa era la postura que despertaba mi deseo, me concentraba, pero el contacto con su piel seca y fría me retenía en la realidad, en su presencia. Él empezó a suspirar para mostrarme su impaciencia. Repetí, Te he dicho que cierres el pico y que no te muevas, pero sabía que la segunda vez no iba a funcionar tan bien. Él quería otra cosa. Me froté contra él con más fuerza pero sabía que ya había perdido, era un caso perdido de antemano, ahora creo que lo supe en el momento en que entré en su habitación.

Pensé en el dinero que necesitaba, en la vergüenza al día siguiente si tenía que decirle al dentista que no le podía pagar, en mirarlo a los ojos mientras recitaba una de esas frases que él debía de conocer tan bien, ¿Puedo pagarle la semana que viene? Lo siento muchísimo, no he cogido la cartera, se me ha olvidado, y él sabría que estaba mintiendo y yo sabría que él lo sabía, y la vergüenza provocada por ese infinito juego de espejos; era así de simple, así de trivial, y ése era el motivo de que estuviera en casa de este hombre, desnudo contra él.

Él seguía en la misma postura, sin moverse, a cuatro patas. Di un paso atrás, rodeé la cama y me planté frente a su cara. Tenía los rasgos tensos, el rostro agotado por la espera, implorante. Le dije Chupa, y se metió mi sexo flácido en la boca. Cerré los ojos. No sé cómo lo logré, pero después de unos veinte minutos de pie delante de él mi sexo se contrajo, lo saqué de su boca para eyacular en su cara, bajé la cabeza y vi el líquido blanco y espeso cubriéndole la frente, las mejillas, los párpados.

Yo tenía la respiración entrecortada.

Me vestí. Pensaba: Ya casi se ha acabado. Casi se ha acabado. Él cogió una toalla que estaba encima de la mesita de noche, junto a la cama, que probablemente había puesto ahí sabiendo que yo iba a venir, se secó la cara y fue hasta una pequeña cómoda. Sacó un fajo de billetes y se acercó a mí.

Me dio cien euros; no me moví. Él sabía exactamente lo que yo esperaba y por qué no me movía pero fingía no entenderlo. Jugaba conmigo, era consciente de que yo comprendía lo que estaba ocurriendo, que sabía que él jugaba pero que tenía demasiado miedo como para decir algo. Dijo Lo has hecho a medias, así que sólo te pago la mitad. Tenías que follarme, no lo has hecho. Un puto que no folla no es un puto. Considérate con suerte por sacarme cien. No lo dijo con voz agresiva, sino

al contrario, con el tono de quien deja constancia, como si recitara una regla administrativa o los términos de un contrato. Yo lo observé, había aprendido a identificar el nivel de riqueza de una persona de una sola ojeada, no me equivocaba nunca, lo sabía, sabía que era rico y que cien euros más no suponían nada para él, que cien euros menos no le iban a cambiar la vida. El corazón me latía en el pecho (no sólo mi corazón, todo mi cuerpo). Empecé a describirle la situación a aquel hombre que estaba delante de mí, ni siquiera sabía su nombre pero se lo dije todo, la vergüenza, el dentista. Me contestó que no era cosa suya, Cuando las cosas se hacen a medias sólo se recibe la mitad. En la vida hay que saber lo que uno quiere. Tú eres joven, tienes tiempo para aprender.

Fue al oír esa frase cuando decidí darme por vencido. Corría el riesgo de que sus amigos en la habitación de al lado empezaran a preocuparse y entraran a ver si todo iba bien, no podía dejar que me vieran la cara, No puedes dejar que te vean la cara, no puedes dejar que otros te vean la cara.

Me guardé el dinero, salí, crucé París en mitad de la noche y regresé a mi casa. Las aceras brillaban por la lluvia, reflejaban la ciudad, como una segunda ciudad proyectada en el suelo. Yo caminaba. No pensaba en que odiaba a aquel hombre. No pensaba en nada.

Cuando crucé el umbral de mi apartamento, me senté en el borde de la cama y lloré. Ni siquiera al llorar pensaba nada. Ya no sabía mi nombre. No lloraba por lo que acababa de pasar, que no era tan grave, que sólo era un momento desagradable de esos que cualquiera puede vivir en cualquier situación; lloraba más bien porque lo que acababa de pasar me permitía llorar por todas las veces de mi vida en las que no había llorado, todas las veces que me había aguantado las lágrimas.

Puede que esa noche, en esa habitación, dejara que mis ojos llorasen veinte años de lágrimas no vertidas.

Fui a la ducha. No me quité la ropa. Dejé correr el agua tibia y la sentí fluir, desde el cráneo hasta los tobillos. Eché la cabeza atrás, tensé la garganta y abrí la boca como si fuera a gritar, como si fuese a dar un largo y hermoso grito pero no lo hice. El agua me calaba la ropa, la camiseta blanca se volvía del color de mi piel, el pantalón empapado era más oscuro y pesaba más.

Me quedé mucho tiempo en la ducha, mirando el agua correr por mi cuerpo. Cuando salí, estaba amaneciendo. Creo que fue en ese instante cuando me pregunté si algún día podría escribir una escena como aquélla, una escena tan lejana del niño que había sido y de su mundo, no una escena trágica o patética, sino sobre todo radicalmente ajena a ese niño, y que en ese momento me prometí que un día lo haría, que contaría todo lo que me había llevado a aquella escena y todo lo que iba a ocurrir después, como un intento de remontar el tiempo.

I
Elena

(explicaciones ficticias con mi padre)

¿Tengo que volver a contarte el principio de la historia? Crecí en un mundo que rechazaba todo lo que yo era, y lo consideraba injusto porque —es lo que me repetía cientos de veces al día, hasta la saciedad—, lo consideraba injusto porque yo no había elegido ser lo que era.

Lo he contado ya, pero tengo que empezar otra vez, por orden, me he prometido a mí mismo hacerlo; me diagnosticaron el problema en los primeros años de vida: cuando comencé a expresarme, a aprender el idioma, oí cómo se multiplicaban las preguntas a mi alrededor, ¿Por qué habla así Eddy, como una niña, si es un niño? ¿Por qué anda como una niña? ¿Por qué tuerce las manos al hablar? ¿Por qué mira así a los otros niños? ¿No será un poco marica?

Yo no había elegido andar como andaba, hablar como lo hacía, no entendía el porqué de esos gestos amanerados —es lo que decía la gente del pueblo, Eddy es amanerado, Eddy habla como una chica—, no entendía por qué esas formas amaneradas se habían apoderado de mí, de mi cuerpo. No sé por qué me atraían los cuerpos de otros niños y no los de las niñas, como se esperaba de mí. Era prisionero de mí mismo. Por la noche soñaba con cambiar, convertirme en otro, y quizá fue durante esos primeros años cuando la idea de cambio se volvió fundamental para mí.

Tú fuiste uno de los primeros en preocuparte. Por la noche, cuando te acostabas en la cama con mi madre, te oía hablar con ella; no había puerta entre las habitaciones, comprar puertas habría sido demasiado caro para nosotros y las habías

dividido con cortinas de la tienda de segunda mano del pueblo. Olía los cigarrillos que fumabas en la cama, uno detrás de otro, el humo llegaba a mi habitación y, sobre todo, oía tu voz viajando en la oscuridad, ¿Por qué habla así Eddy? No lo hemos educado como a un marica, no lo entiendo. ¿No puede comportarse con un poco de normalidad?

Marica. A los cinco o seis años, comprendí que esa palabra iba a acompañarme y a definirme durante el resto de mi existencia.

Lo que no sabes, porque te lo ocultaba, es que esa palabra me seguía por todas partes, no sólo en casa, sino también por las calles del pueblo, en el colegio, en todas partes, y que tú no eras el único que estaba intranquilo.

(¿O lo habías entendido, y no lo decías para protegerte de la verdad?)

Lo que tampoco sabes es que el insulto hacía que todo lo demás me resultara insoportable, la pobreza, nuestro modo de vida, el racismo permanente del pueblo, como si la exclusión me obligara a inventar mi propio sistema de valores; un sistema en el que encajase alguien como yo.

Cuando mi madre nos decía por la noche que ya no quedaba nada para comer, porque no había dinero, el hambre era aún más dura por culpa del Insulto. Cuando no había leña suficiente para calentar la casa, yo lo pasaba peor que los demás con el frío por culpa del Insulto. Cuando oía a las mujeres, en la plaza del ayuntamiento o en la panadería, exclamar Hay demasiados extranjeros en Francia, sólo se ven negros por todas partes, las despreciaba y me sentía, de forma espontánea, del lado de aquellos a quienes querían oprimir y destruir.

No sé cómo es posible tener pensamientos tan precisos y, en

cierto modo, tan anacrónicos y tan adultos, durante la infancia, pero recuerdo que quería irme del pueblo y llegar a ser rico, poderoso y famoso, porque pensaba que el poder ganado gracias a la riqueza o a la fama podría ser una venganza contra ti y contra el mundo que me había rechazado. Podría mirar a todos los que había conocido durante la primera época de mi vida, a ti y a todos los demás, y decir, Mirad a dónde he llegado. Me cubristeis de insultos pero ahora soy más poderoso que vosotros, os equivocasteis llamándome débil y despreciándome, y ahora vais a pagar por vuestros errores. Vais a sufrir por no haberme querido.

Quería tener éxito para vengarme.[1]

En el fondo, ¿qué sabías? ¿Qué no sabías, qué habías decidido no saber? ¿Adivinabas mi vida? ¿Te hacías preguntas?

Nunca te dije que en el colegio, cuando los alumnos tenían que formar equipos en la clase de gimnasia, casi siempre para jugar al fútbol o al balonmano, ningún equipo me seleccionaba. (No me entristece contártelo ahora, no quiero tu compasión, sólo quiero que lo sepas, eso es todo; *remontar el tiempo*).

Es una de las escenas más corrientes y más predecibles del sufrimiento de un niño, todo el mundo tiene la impresión de haber visto esa escena miles de veces en la literatura o en el cine y sin embargo era una de las escenas que más daño me hacían.

Siempre la misma escena: elegían a dos alumnos para que formaran los dos equipos que iban a enfrentarse. El gimnasio olía a plástico, el revestimiento brillante del suelo desprendía un olor intenso y asqueroso que se mezclaba con el del sudor. Los dos alumnos designados para formar los equipos, casi siempre niños, se turnaban para decir un nombre, y la persona

con ese nombre se colocaba detrás de quien lo había llamado.

El grupo de los no elegidos se reducía, los cuerpos a mi alrededor desaparecían. Al final, cuando sólo quedaba yo, cuando mi nombre era el único que no había sonado, uno de los dos capitanes de equipo se encogía de hombros y resoplaba: «Bueno, venga, pues Eddy», y sentía la decepción de los demás por tenerme entre ellos, en su equipo, mientras todo el mundo me miraba.

Lo que me hacía sufrir no es que no me eligieran sino que los demás me viesen como el que nunca salía elegido. A menudo, cuando me reunía con el grupo que se había visto obligado a llamarme, alguien susurraba «tenemos un maricón en el equipo, la hemos jodido, vamos a perder». El adulto que nos vigilaba hacía como si no hubiera oído nada.

La misma escena se repitió docenas de veces durante mi infancia, idéntica, sin apenas variación alguna.

El mismo tono, la misma voz, la misma decepción al decir mi nombre.

No te dije por qué me negué a ir a esquiar con el colegio. Era un viaje que se organizaba todos los años para los alumnos de quinto, una semana de esquí por una suma irrisoria, apenas cincuenta euros, e incluso las ayudas sociales podían encargarse de pagarlos. Casi ninguna familia de la región tenía medios para permitirse un viaje a esquiar, para la mayoría era la única vez en su vida que podría ir de vacaciones, la única oportunidad de dejar atrás durante unos días el frío húmedo del norte de Francia.

Te dije que no quería ir. Insististe. Me negué, me aferré a la negativa. Nadie lo entendía. Estaba mintiendo, decía que no tenía ganas y que el esquí no me interesaba para nada, y tú te

enfadabas, decías que yo no sabía nada, que no podía decir que no me gustaba porque nunca lo había intentado.

No te dije que era porque sabía que en la estación de esquí había dormitorios colectivos, que iba a dormir varios días seguidos en la misma sala que otros chicos del colegio, y que esos chicos eran los que me llamaban marica en el patio de recreo, los que me daban bofetadas al cruzarse conmigo en el pasillo, entre dos clases, por nada, sólo por gusto, los que deslizaban papelitos en mi cartera, «Muérete, marica», los que resoplaban de decepción cuando tenían que aceptarme en su equipo deportivo.

Nunca te dije que no quería ir a esquiar porque tenía miedo. Porque esos chicos me daban miedo. No te dije que, claro, como cualquier niño, soñaba con ver la nieve y la montaña.

Lo que todavía no sabía es que los insultos y el miedo iban a salvarme de ti, del pueblo, de la reproducción idéntica de tu vida. Aún no sabía que la humillación me forzaría a la libertad.

La casa de mi infancia

Y tampoco te dije, ni a ti ni a nadie, otra cosa: cuando comprendí que la única opción era huir, busqué todas las salidas posibles.[2] No pasaba un solo día sin que pensara, Tengo que irme, tengo que irme; esa frase se había convertido en parte de mí.

Uno de mis primeros intentos reales de fuga fue el día que invitaron a un actor de televisión a presentar un espectáculo en el pueblo; ¿te acuerdas?

Eso no ocurría nunca, nadie viajaba jamás a esa región gris y fría, a docenas de kilómetros de la ciudad más cercana. Cuando vi el cartel que anunciaba su llegada, cogí una hoja de papel y escribí Me llamo Eddy Bellegueule, quiero ser actor, quiero irme de este pueblo, haré todo lo que me pida, llámeme. Lo releí y añadí mi número de teléfono al pie de la carta, a la derecha. Tenía doce años. Durante todo el día esperé en el aparcamiento de la sala de fiestas, al lado de la antigua metalúrgica, donde sabía que el actor tenía que aparcar el coche cuando llegara, alguien me lo había dicho.

Esperé durante horas sentado en la grava, mientras el sol me daba en los antebrazos, con el polvo blanco y seco de la gravilla entre los dedos. Por fin apareció el coche; me levanté y miré a los que bajaron, el actor y otras dos o tres personas, sin duda sus ayudantes; cuerpos de otra vida, privilegiada, cómoda. Dejé que se alejaran y luego me acerqué al coche y puse mi nota en el parabrisas, entre el cristal y el limpiaparabrisas. Volví a casa, pasé por delante de ti sin decir nada, me tumbé en la cama y esperé durante varias semanas

una respuesta que no llegó nunca.

Hubo otros intentos, otras tentativas de librarme de aquella infancia que odiaba, pero la liberación llegó gracias al colegio, aquel edificio bajo de ladrillo rojo y chapa de acero al que habías ido antes que yo, el colegio de los Cisnes, que reunía a todos los hijos de las familias de la región (bueno, no, los más ricos iban a colegios privados en la ciudad).

En el colegio lo intentaba todo, me inscribía en todos los clubs y en todas las asociaciones, un club de ajedrez, un taller de caligrafía, un club de cómics, aunque odiaba los cómics.

Empeñaba todas mis energías y todo mi tiempo en esas asociaciones para no estar solo durante los recreos y las pausas de la comida, pero también y sobre todo lo hacía con la vaga esperanza de que en uno de esos talleres pudiera encontrar una vocación o descubrir un talento que me permitiera marcharme, vivir otra vida, ser rico y poderoso y, por lo tanto, llevar a cabo mi venganza.

Lo que me permitió huir fue el teatro. Lo sabes. Enseguida te diste cuenta de que el teatro nos iba a separar, cuando volvía de los ensayos te enfadabas, No paras con esas estupideces del teatro. Una de las profesoras de francés del colegio había creado un club, que se reunía una vez por semana al final de la tarde.

Llegué antes que nadie a la primera reunión, en la sala gris oval que estaba al lado de la biblioteca. La profesora, Aude Detrez, nos hizo interpretar breves escenas que ella misma había escrito y la sorpresa llegó allí, en aquella sala, delante de la profesora.

La verdad es que resulta asombroso lo fácil que era para mí el teatro. Creo que porque sabía interpretar un papel. Había aprendido a hacerlo a mi pesar desde el día en que nací, había interpretado papeles para intentar ocultar cómo era, para

protegerme. Desde que nací intenté ocultar mi deseo por los otros chicos, puse todo mi empeño en ser más masculino, en responder a las imágenes más caricaturescas de la masculinidad, como aprenderme de memoria los nombres de los jugadores de fútbol, ir a beber cerveza por las noches a la parada del autobús con los demás chicos, quedarme hasta la madrugada, fingir que las chicas me interesaban, todo para poner fin a los golpes y a los insultos en el colegio, para atenuar lo más posible la presencia del insulto en mi vida.

Desde que nací intenté fingir que era todo lo que no era, y por eso, gracias a todo eso, el teatro era algo incuestionable, no una vocación artística, sino simplemente la continuidad de mi vida.

Subí al pequeño escenario que había debajo de la pizarra blanca, representé la escena impresa en la hoja de papel que sostenía en la mano, no tenía miedo, mientras hablaba e interpretaba vi cómo los ojos de los demás se abrían de par en par, su sorpresa, su admiración. Era la primera vez en mi vida que me sentía admirado. Cuando terminé, todos aplaudieron, gritaron, Bravo, bravo, allí, en aquella pequeña sala, y fue como si de repente el ruido de los aplausos ahogara el ruido de todos los insultos, todos los que había recibido hasta entonces, los que había aprendido a la vez que aprendía mi nombre. La profesora dijo ¡Pero qué talento! Y sé que es una manera ingenua de decir las cosas, pero tengo que decirlo, porque es lo que sentí en ese momento, cuando me felicitó por mi talento, me sentí querido. Y supe, comprendí que tal vez podría huir por ese camino.

Desde ese día, me aferré al teatro con todas mis fuerzas. Quería que el teatro me salvara de la pobreza, de la violencia, del pueblo. La directora del colegio, madame Coquet, me dijo que había un liceo en Amiens, la gran ciudad a unos cuarenta

kilómetros, que entre sus planes de estudios tenía uno dedicado a las artes, que allí podría estudiar teatro, que debía intentarlo. Me preparé durante meses, la hija de madame Coquet me ayudaba, me hacía ensayar las escenas una y otra vez, Escúchame, Nawal, no tenemos mucho tiempo, repetía esa frase por la noche cientos de veces, y luego me presenté a la audición, y me aceptaron. Era el primero de toda mi familia que iba a estudiar en un liceo, casi nadie del pueblo superaba esa barrera. Comprendí que el liceo era el principio de nuestra separación, sin retorno posible.

Los primeros días en el liceo fueron los primeros días de mi vida que pasé lejos de ti. Intento recordarlos. Allí entendí que hay formas de distancia mucho más profundas y mucho más complejas que la distancia geográfica. Ahora sé que si hubiera puesto miles de kilómetros entre nuestros cuerpos, si me hubiera ido a vivir a un pueblo en el confín del mundo, en otro continente, no me habría alejado de ti tanto como lo hice al cruzar las puertas de ese liceo que estaba apenas a treinta kilómetros del sitio donde naciste.

En primer lugar era la ciudad. Tú nunca querías ir. Decías que las grandes ciudades eran peligrosas por los extranjeros, la palabra que empleabas para hablar de los Negros y los Árabes, de todas las personas que no tenían la piel blanca, y por eso, a pesar de que la ciudad no estaba tan lejos, te negabas a ir, nos quedábamos en el pueblo, salvo por unos cuantos viajes al supermercado.

Crecí contigo en el campo casi sin haberme alejado nunca de allí y cuando llegué a Amiens descubrí la ciudad por primera vez, a los catorce años. Supongo que si me hubiera sentido cercano a ti, si nuestra relación se hubiera parecido a la de los padres e hijos que salían en las películas y en las series de televisión, cuando volvía a casa los fines de semana te habría contado hasta qué punto me fascinaba ese descubrimiento, lo que descubría, la circulación del tráfico, los semáforos que permitían a los peatones cruzar las calles, la posibilidad de entrar en las tiendas como si fuera lo más fácil y lo más natural del mundo cuando para mí entrar en una tienda siempre había sido un acontecimiento, hasta qué punto estaba maravillado;

pero no te decía nada.

Sobre todo me di cuenta de que no me parecía a los demás alumnos del liceo. No habían crecido en el mismo mundo que nosotros y a través de ellos descubrí, no ya mi clase social, porque en el fondo siempre había sido consciente de ella, sino más bien lo que esa clase significaba en realidad, en concreto. En los pasillos, ellos hablaban de teatro, de cine, se contaban los viajes que habían hecho durante las vacaciones. Yo nunca había estado en el extranjero, nunca había ido ni al teatro ni al cine, nadie de nuestro entorno había ido nunca al cine dejando aparte algunas proyecciones que se organizaban tres veces al año en la sala de fiestas municipal.

Observándolos, comprendí de repente que mi madre no tenía estudios, que pronunciaba mal las palabras al hablar, que en catorce años de vida en común nunca la había visto con un libro entre las manos. Comprendí que lavarse, toda la familia, en la misma agua del baño para ahorrar agua, como hacíamos cuando era pequeño, no era algo normal —el último se lavaba en un agua marrón, terrosa—, que en el liceo al que acababa de llegar nadie había hecho nunca cosas así. Que no poder cenar todas las noches y tener que ir a pedirle comida a mi tía o a la vecina tampoco era algo normal, que no era *la* vida, como yo creía, sino *una* vida, y que la gente que me rodeaba en Amiens había llevado otra vida, más grata, más privilegiada. Comprendí que haber pasado siete u ocho horas al día viendo la televisión durante toda mi infancia me encuadraba en una historia específica, la pertenencia al mundo de los desheredados, de los pobres, de eso que los ricos consideran, desde su punto de vista, como infancias perdidas. Comprendí que para ellos estudiar era tan natural como no estudiar lo era para nosotros. Solamente en Amiens me di cuenta de todo eso. Fue necesario que me alejara del pasado para entenderlo, y si

quería escribir una autobiografía cronológica, tendría que empezar por Amiens y no hablar del pueblo hasta más adelante, porque sólo al llegar al liceo fui realmente capaz de *ver* mi infancia.

Todo, todos los detalles, todo me separaba de los demás, incluso la ropa; ellos vestían vaqueros, polos, suéteres y abrigos, mientras que yo llevaba pantalones de chándal y chupas de deporte, porque en el pueblo valoraban esa manera de vestir; era la ropa que llevaban los cantantes de rap en la tele, se consideraba ropa masculina, viril. Nada de eso tenía importancia en el liceo.

El encuentro con Elena. Ella fue la causa de mi ruptura definitiva contigo y con el mundo que había compartido contigo.

Yo estaba con Romain cuando la vi. Es curioso, llegué al liceo con la idea de empezar una nueva vida y lo primero que hice fue definirme con respecto a las expectativas del pasado. En el pueblo y en el colegio siempre había tenido amigas, Amélie, Blanche, Coralie. Nunca había conseguido relacionarme más con otros chicos, aunque a veces pasara tiempo con ellos, y cuando te sorprendía en una de esas conversaciones con mi madre, veía que eso te avergonzaba: ¿Por qué nunca juega al fútbol con los demás niños? ¿Por qué siempre juega con niñas? A su edad uno tiene amigos, no es normal. Esta incapacidad me había hecho sufrir, y pensaba que podría corregir el defecto en Amiens. Mi idea era simple, pensaba que aparecer en un lugar donde no conocía a nadie y nadie me conocía a mí iba a permitir que me reinventase; pensaba que si conseguía controlar lo suficiente mi cuerpo, mis maneras, mi voz (me entrenaba para hablar con voz más grave), nadie en el liceo podría llamarme marica, que la llegada al liceo podía ser el punto de partida de una nueva vida, el fin del Insulto y que podría hacerme amigo de otros chicos; sí, en el pueblo adivinaba que los chicos se mantenían apartados de mí por culpa de mi reputación, y en un lugar donde no tuviera reputación, pasado o historia, podría volver a empezar.

Un día, durante una clase de francés, me senté casi por casualidad al lado de Romain, que habló conmigo. En él vi una

oportunidad de recuperar los años perdidos; pensé, Por fin voy a ser amigo de un chico, y juro que la frase me hacía temblar de impaciencia. Luché y gané, y nos hicimos amigos. Era alto, musculoso, deportista, hablaba de chicas; era todo lo que yo no había logrado ser. Cuando me dirigía a él lo hacía con el tono de voz más grave posible, intentaba no mover demasiado las manos cuando hablaba, ser más masculino. Ponía todo mi empeño en mostrar interés por lo que me contaba de las chicas o del deporte y lo hacía bien, había que verme, la ilusión funcionaba; era mi batalla para que Romain me quisiera, mis esfuerzos y mi empeño lo que me habían llevado a aquel momento, cuando me señaló a Elena; ella estaba sentada en el asfalto, apoyada en la torre de escalada que había entre la cantina escolar y la biblioteca, con la cabeza inclinada hacia delante y el pelo negro cubriéndole la parte superior del rostro; Romain me dijo ¿Ves a ésa? Todo el mundo dice que está loca. El otro día intenté hablar con ella y me contestó en latín. ¡En latín!

¿Cómo iba a imaginar que uno de los grandes giros de mi vida empezaría con unas palabras tan triviales?

Romain me propuso un juego, tenía que acercarme a Elena y decirle que quería acostarme con ella. La miré —a Elena—, luego a él y dudé. Tenía miedo de lo que me pedía pero no podía perder la oportunidad de impresionarlo. Le contesté que de acuerdo, que iba a hacer lo que él quería.

Me acerqué a Elena. Sentía en la nuca las miradas de Romain y de Steve —el otro chico que estaba con nosotros—, oía sus risas, y cuando estuve lo bastante cerca de ella busqué una frase, algo que decirle. No sabía cómo arreglármelas. Me daba cuenta de que acosar a los demás requiere cierta técnica, y yo carecía de ella. ¿Qué lees?, pregunté. Me miró con desconfianza, pero me enseñó la portada del libro, *Viaje al fin de la noche*, y para ganar tiempo —sentía que Romain y Steve

estaban cada vez más cerca— contesté No conozco a la tal Céline. Ella rio, Es un hombre. Céline es su apellido. Louis-Ferdinand Céline; y para ocultar el bochorno que me invadía no se me ocurrió otra cosa que decirle, Bueno, la literatura me importa un bledo.

Apretaba los puños dentro de los bolsillos.

Steve y Romain ya estaban justo detrás de nosotros. Forzaban la risa esperando que pasara algo, pero se les estaban acabando las ganas, tenía que pisar el acelerador. Tomé aliento, En realidad he venido a decirte que te quiero follar; una frase tan torpe, tan vulgar. Me volví hacia Romain y Steve. Se estaban riendo. Elena los miró, y luego me miró a mí. Me dijo que era un inmaduro, se levantó y se fue. Fingí que yo también me reía, pero en ese momento sentí algo inédito; toda la realidad se transformó a mi alrededor; no entendí enseguida ni porqué ni cómo pero lo sentí, ya no quería reírme con Romain y Steve, era demasiado tarde, ya no quería estar con ellos; apenas tres minutos antes habría dado cualquier cosa por hacerlos reír pero ya no, sólo quería gritar el nombre de Elena, correr tras ella y pedirle que volviera, decirle que lo sentía muchísimo, que no era culpa mía, que sólo anhelaba que me quisieran pero que había cometido un error, porque la persona que anhelaba que me quisiera era ella.

Volví a verla una tarde, en la biblioteca. Desde que había dejado de hablar con Romain, pasaba todo el tiempo allí.

Estaba haciendo búsquedas en uno de los ordenadores del liceo, ya no recuerdo qué buscaba, cuando apareció Elena. Apagué la pantalla y me acerqué a ella. Suspiró, Si vas a soltar otra de tus bromas imbéciles más vale que te largues; pero no la dejé terminar. Le dije que lo sentía en el alma.

Ella suspiró otra vez pero no protestó cuando me quedé a su lado. No dije nada más. Saqué un libro de la estantería e hice como si leyera; no entendía cómo ella podía estar tan concentrada en la lectura de su libro.

Después de esta escena volví a verla cada vez con más frecuencia. No estaba en la misma clase que yo —estaría en ella el año siguiente— pero me la encontraba en los descansos de media mañana o por la tarde, cuando cerraban el liceo. Durante esos momentos con ella, me daba cuenta de hasta qué punto era diferente. Había leído cientos de libros; yo, ninguno. Había estado en Berlín, en Londres, yo nunca había viajado. Cuando regresaba al liceo los lunes, me contaba que durante el fin de semana había asistido a conciertos de música clásica con su madre en el teatro de Amiens, en la Casa de la Cultura; yo no conocía nada de todo eso, jamás había oído los nombres de los compositores ni de las obras que mencionaba.

Lo que ocurrió es que, de inmediato, quise parecerme a Elena.

Quería llevar una vida como la suya y participar en aquel universo que descubría a través de ella, no porque yo fuese más sensible al arte o más inteligente que los demás, no porque esa vida fuese mi destino más que el de cualquiera, sino porque veía una existencia en la que podía haber un lugar para mí. No había conseguido ser el hijo que tú querías que fuera, no había logrado estar a la altura de las expectativas del pueblo, fracasaba en todas partes y tenía que encontrar un tipo de vida en el que un cuerpo y una historia como los míos fueran posibles, eso es todo.

Hay verdades que a veces nos golpean de forma brutal, como el deseo, y otras que asimilamos con el tiempo. Junto a Elena, aprendía todos los días a conocer y a comprender un poco más a la persona que yo era, y lo que había observado al llegar al liceo se confirmó: no había tenido una infancia, sino una infancia de clase. Todos mis gustos, todo lo que hacía, lo que decía, mis opiniones, todo estaba marcado por el pasado. Tu presencia y la de nuestra familia estaban dentro de mí en todos los aspectos. ¿Por dónde debía empezar? Sentía la diferencia y la vergüenza, sobre todo, durante los almuerzos. Cuando comía con Elena, comparaba lo que comía ella con lo que comía yo, y era como si la diferencia entre ambos simbolizara todo lo que separaba su vida de la mía. Yo comía bocadillos grasos, galletas saladas. Elena tomaba ensaladas, fruta o repostería comprada en las panaderías elegantes de la ciudad. A veces ella miraba con repugnancia lo que yo comía y me decía No deberías comer porquerías como ésas, te estás arruinando el cuerpo.

¿Qué estabas haciendo el día en que Elena me invitó a ir a su casa por primera vez? Quiero decir, ¿hasta qué punto fueron distintas nuestras vidas ese día? Ella me dijo que sus padres no

estaban en casa, los dos trabajaban. La seguí, y cuando abrió la puerta comprendí quién era Elena, o más bien por qué era la persona que era; en la casa había miles de libros, un piano antiguo, reproducciones de cuadros en las paredes. Los suelos estaban enmoquetados, había sillones por todas partes, como invitando a leer y reflexionar, como si la arquitectura de la casa hubiese creado a Elena; por otra parte, en cuanto entró, su cuerpo se transformó, se convirtió en una función del lugar, como si su cuerpo fuera una extensión de los libros y las obras de arte que lo rodeaban, como si fuesen ellos quienes decidieran sus movimientos, sus entonaciones. Me preguntó si quería tomar té e incluso una pregunta tan trivial y anecdótica me transportó a otro mundo; en mi casa, mi madre habría ofrecido Coca-Cola o agua con sirope, tal vez una cerveza o un vaso de pastís, pero nunca un té. Elena me sirvió un té y me enseñó las librerías que nos rodeaban, las que estaban reservadas a los libros de su padre, las de los libros de su madre. Yo leía por primera vez los nombres de Proust, Kundera, Marx, Arendt. Elena, que había notado mis miradas insistentes, me explicó que el piano era de su hermana, que a sus padres les habría gustado que ella también tocase pero que nunca había tenido talento para los instrumentos musicales. Se reía.

Más tarde llegó su madre. Preguntó quién era yo y Elena contestó que era un amigo. Su respuesta, la palabra amigo, me emocionó. Su madre me hizo preguntas, me dijo que se llamaba Nadya, y antes de irme, mientras me hablaba de las últimas exposiciones que había visto en los museos de París, quiso saber si conocía al pintor Modigliani. Contesté que no, claro, no lo conocía, y me dio un folleto sobre los pintores de mediados del siglo xx, Picasso, Modigliani, Soutine. Al salir de la casa, con el folleto en la mano, me sentí transformado. Pensé: Quiero

que ésta sea mi vida.

Quisiera reformular lo que intentaba decirte hace un momento: gracias al encuentro con Elena, me concentré en un nuevo modo de vida, en los códigos de una nueva clase social y en todo lo que se asociaba con ella, el arte, la literatura, el cine, porque todo eso me permitía vengarme de mi infancia y me concedía un poder sobre ti, sobre mi pasado, sobre la pobreza y sobre el Insulto, porque al imitar esa vida tenía acceso a un mundo que siempre te había intimidado y que siempre, de manera implícita, te había parecido superior (¿no te intimidaba oír el lenguaje culto del médico del pueblo, o del maestro?). Nunca había conocido a nadie tan distinto a nosotros —ni de una clase social tan alejada de la nuestra— y tal vez fuera eso lo que reconocí en Elena desde la escena de la torre de escalada, es decir, la posibilidad de una huida total y absoluta.

Sentía que, al hacer mía esa vida, te ganaba terreno. Cuando salí de su casa con el catálogo sobre los pintores del siglo XX pensé que tú nunca habías sabido de la existencia de esos pintores, que nunca los conocerías, que por lo tanto tenía algo que tú no tenías, y que esta nueva posesión me brindaba una superioridad sobre ti y sobre toda mi familia que me vengaba de todas las humillaciones (*lamento mucho haber pensado así, pero no tenía elección, necesitaba la arrogancia y la violencia para deshacerme del pasado*).

Elena se había convertido en un factor del tiempo: su presencia lo aceleraba, su ausencia lo estancaba; ¿no es ésa la definición misma del amor y la amistad? Por la noche, retrasaba el momento de volver al internado para caminar con ella junto a

la catedral o por los muelles del Somme. Yo andaba, ella hablaba, y todo lo que decía me transformaba. Absorbía todas sus palabras, quería retenerlo todo, hacerlo todo mío, porque cada palabra que pronunciaba era una palabra más que se interponía entre tú y yo, entre mi pasado y yo. Ella tenía formas de ver el mundo, opiniones que yo nunca habría podido sospechar, cuestionaba la pareja tradicional, opinaba sobre el conflicto en Palestina —yo ni siquiera sabía que había un lugar en el mundo con ese nombre—, tenía teorías pesimistas sobre el ser y la existencia inspiradas en los autores literarios que leía, Cendrars, Cioran, Keats. Ya no recuerdo si me hacía sufrir ese desfase entre ambos, el abismo entre todo lo que ella sabía y yo no, o si el desfase me daba fuerzas, justo porque el abismo y mi constatación de ese abismo me confirmaban que me estaba moviendo en otro mundo.

Lo que sí sé es que era cada vez más consciente de que quería cambiar, de que quería parecerme a ella, saber tantas cosas como ella, poder contestar y estar a su nivel en las conversaciones y por fuerza mis primeros intentos fueron ridículos; una tarde, en los pasillos del liceo, oí a una chica hablar del compositor «Richard Wagner». Era la primera vez que oía ese nombre pero había visto en el rostro de la chica que hablaba de él la distinción que la poseía al decir su nombre. Por la noche, en el internado del liceo, me conecté en uno de los ordenadores de la sala de informática y busqué quién era Wagner. Anoté en una hoja de papel toda la información que pude, escribía de manera frenética, con la espalda curvada, la mirada enloquecida, y unas horas después, antes de acostarme, intenté memorizar las notas que acababa de tomar. Al día siguiente, entre dos clases, le dije al primer chaval con el que me crucé: «¿Conoces a Richard Wagner? Es un compositor increíble, adoro *Tristán e Isolda*». Era un farol. El chico me miró

con cara de asombro: ¿Por qué me dices eso?

Intentaba leer los mismos libros que Elena para parecerme a ella, imitaba su forma de estar en el aula, su letra torturada, me sentaba junto a ella en el teatro cuando el liceo nos llevaba una vez al mes, la acompañaba a las retrospectivas de cine de arte y ensayo de la ciudad (eso también fue un descubrimiento, los cines de arte y ensayo, y repetía la expresión sin cesar en mi cabeza, porque parecía condensar en esas sílabas la fisionomía de mi nueva vida; caminaba junto a Elena por la calle y pensaba en silencio, *voy a un cine de arte y ensayo*, *voy a ver cine de autor*).

Tenía el presentimiento de que el teatro, la literatura, el cine, iban a ser los instrumentos que me conducirían a una nueva vida.

Alice Walker escribió una vez: «Cuando dejé mi ciudad natal en el estado de Georgia a los diecisiete años para ir a la universidad, fue el fin de la siempre precaria relación con mi padre. Ese hombre brillante, dotado para las matemáticas, imbatible cuando se trataba de contar historias pero sin estudios más allá de secundaria, decidió de repente que los modales burgueses de su hija (burguesa por el mero hecho de estudiar en la universidad) eran un obstáculo para cualquier forma de relación simple, por no llamarlo un obstáculo aterrador. Yo sufría al expresar mis ideas en un lenguaje que para él ocultaba en lugar de revelar. Esta separación, que ninguno de los dos había buscado, es lo que engendra la pobreza. Es la definición misma de la Injusticia».

Recuerdo también la rapidez con la que conocer a Elena me separó de todos los que habían formado parte de mi vida antes de marcharme a Amiens. No sólo tú. Cuando volvía a casa los fines de semana, ya no me reconocía en la realidad que me rodeaba; bastaron unas cuantas horas con Elena para que se viniese abajo todo lo que había aprendido entre mi nacimiento y mis catorce años. De repente ya no soportaba las cosas que me habían gustado antes de entrar en el liceo, las cosas que compartía con mi madre y contigo a pesar de lo que nos separaba, las horas pasadas delante de la televisión todas las tardes, siete u ocho horas antes de acostarme, o los días jugando a un juego de consola, o las bromas sobre las mujeres que hacías a la hora del aperitivo cuando los que llamabas tus «amigotes» venían a beber pastís contigo, esas bromas que a

Elena le parecían vulgares y violentas, o las tardes en la plaza del pueblo cuando había feria y venta de artículos de segunda mano, que antes me encantaban; las pocas cosas que aún nos unían se volvieron imposibles.

Te guardaba rencor por no poder contarte lo que había sentido al entrar por primera vez en casa de Elena, el mundo que se ofreció ante mí, el continente que descubrí a través de ella. Me habría gustado hablar de eso con alguien, creo, poder expresar la violencia de lo que estaba ocurriendo en mi interior, no una violencia destructiva, no, al contrario, una violencia hermosa, la del desarraigo, la de la posibilidad de una forma de libertad.

No encuentro las palabras, no sé cómo decirlo, sabía que había otras vidas antes de conocer a Elena, claro, ricos y pobres, privilegiados y excluidos, gente a nuestro alrededor que tenía ventajas que tú no tenías, como la farmacéutica del pueblo o el alcalde, que tenían dinero y buenas casas, pero hay que entrar en esos mundos para darse cuenta de hasta qué punto la diferencia es real, hasta qué punto está en todo, no sólo en el dinero sino en las formas de pensar, de andar, de respirar, en todas partes. Me habría gustado poder describirle a alguien ese abismo y mi fascinación, el hecho de que comprendía nuestro mundo a través del de Elena y el de Elena a través del nuestro (pero quizá también digo «me habría gustado contarte todo esto» sólo porque es demasiado tarde, y porque, protegido por la imposibilidad radical y cronológica, puedo atribuirme todas las intenciones, las más bellas y las más poéticas; quizá, en el fondo, me gustaba guardarme esos descubrimientos para mí y me gustaba ese nuevo silencio entre tú y yo).

En casa me había convertido en un extraño. Tú y mi madre notasteis ese cambio en mi manera de ser. Imitaba lo que veía

en Amiens, ya no decía que quería comer sino que quería cenar, ya no quería ver la televisión por la tarde. Ya no soportaba las frases hechas, «lo que hace falta es que vuelva la pena de muerte» o «a fin de cuentas, la derecha y la izquierda son lo mismo», me irritaba cuando las decíais, gruñía «qué tonterías». Me dolía no tener unos padres como los de Elena, que ponían en tela de juicio todos los principios en sus conversaciones, y me avergüenzo de haberlo pensado porque sé que es falso, pero para mis adentros os reprochaba falta de inteligencia y de complejidad, al contrario que los padres de Elena. Es como si en casa de Elena descubriese emociones que nunca había sentido durante mi infancia, no por la edad ni porque antes fuera demasiado joven, sino porque ni siquiera sabía que existían: la melancolía, la exaltación artística, el letargo, y quizá en parte es cierto, quizá algunas emociones son inventos burgueses (era antes de que me diera cuenta de que la burguesía también suele ser incapaz de ciertas emociones, como la rabia o la compasión, pero entonces no lo veía). Le daba consejos a mi madre sobre cómo educar a mi hermano y a mi hermana, menores que yo, No tiene que ver tanta televisión, por qué no haces que escuche música clásica, y ella se enfadaba. Yo utilizaba palabras nuevas, palabras sin importancia pero que me parecían distinguidas, fastidioso, extraordinario, bucólico, ya no decía las ocho de la tarde sino las veinte horas, palabras de otro mundo, y mi madre se burlaba de mí: «habla como los médicos».

Le mandaba mensajes a Elena diciendo que odiaba a mi madre, que os odiaba. Me quejaba de que mi familia no entendía en lo que me estaba convirtiendo, que no podíais entenderlo porque nadie de la familia había estudiado o vivido lo que vivía yo, pero no era verdad, mis quejas eran falsas, en el fondo esa incomprensión y esa distancia me halagaban.

Una noche, después de cenar, le dije a mi madre, Voy a

hacerme el té, ¿quieres uno?; no dije hacerme un té sino hacerme el té, como Elena. Lo dije para poner de manifiesto la nueva persona que creía ser. Mi madre me miró y se echó a reír, Ojo con éste, ahora juega al señorito, es de la nobleza, se hace EL té. Fingía reír, pero noté la herida en su voz, en su cara.

Tú no decías nada. Veías la televisión, en silencio, como siempre, y no sé qué pensabas de mi transformación.

Tras la primera visita a casa de Elena, fui allí cada vez más regularmente. Su madre me invitaba a cenar con ellos los fines de semana, a dormir en la habitación de invitados, en la última planta, y yo hacía todo cuanto estaba en mi mano para ir al pueblo lo menos posible, para alejarme de manera aún más radical de mi madre y de ti. Quería oír a Elena sin cesar, estar en su casa, escuchar con ella los discos de Glenn Gould o de Keith Jarrett que tanto le gustaban, o los de Brahms, por quien su madre sentía admiración. Para mí, todo lo demás se había convertido en una pérdida de tiempo. Incluso las noches de entre semana evitaba el internado, que es donde tendría que haber estado; Nadya me decía que su casa era también la mía y que podía pasar allí todo el tiempo que quisiera.[3] Durante la cena, la hermana pequeña de Elena interpretaba sonatas al piano para nosotros. Nadya regalaba libros a sus hijas, García Lorca, Victor Hugo, Silvia Plath.

En casa de Elena, sobre todo, tenía que darle la vuelta a todo lo que había aprendido contigo; su mundo era el nuestro invertido. Tú me habías enseñado que había que ver la televisión sentados a la mesa, que la hora de cenar era el momento de ver la tele en familia, primero los informativos y luego una película o una serie. Si mi madre intentaba decir algo o si yo quería contar una anécdota de mi jornada escolar, te enfadabas, nos mandabas callar. Decías que ver la tele por la noche era de buena educación. En casa había cuatro o cinco televisores, ibas a buscarlos al vertedero y los reparabas, una tele en cada dormitorio y una en el comedor. La veíamos por la

mañana antes de ir al colegio, por la noche antes de acostarnos, por la tarde durante los fines de semana. En casa de Elena no había televisión ni en el comedor ni en los dormitorios, pero además, comprendí que en su familia la cena era el momento de hablar, contar cómo había sido el día, compartir proyectos, exponer ideas.

En su casa la cena era una ceremonia durante la cual había que conversar, y de mala educación habría sido lo contrario. ¿Cómo es posible que su modo de vida y el nuestro fueran tan opuestos de forma tan simétrica, tan caricaturesca?

Veía la inversión a todos los niveles: en mi casa, un hombre tenía que servirse varias veces durante la comida para mostrar su apetito, y por lo tanto su fuerza, y por lo tanto su masculinidad, mientras que en casa de Elena hacer eso habría sido glotonería, inapropiado y vulgar.

En nuestra casa había que comentar la comida, tú lo hacías, después de comer decías Otra cosa que no nos van a quitar los alemanes, en casa de Elena nunca mencionaban la comida, salvo una o dos frases de pasada para elogiar a Nadya por su cocina. Nadie hablaba nunca de su cuerpo, de su estómago, de sus funciones fisiológicas, el cuerpo tenía que desaparecer; y lo más extraño es que nadie dictaba las reglas, simplemente existían.

Pero no es esto lo que quiero contarte. Te escribo para hablarte de la primera vez que sentí mi vida retorcerse dentro de mí. Fue una noche en casa de Nadya, el ambiente siempre era el mismo, ritual, como un sueño que se reprodujera al infinito: las velas, la música clásica a lo lejos, en la cocina, las botellas de vino a nuestro alrededor, el silencio entre las frases; no un silencio como el de nuestra casa cuando mi madre terminaba de limpiar, tú te habías ido al café y ella se quedaba dormida

en el sofá, agotada, con la tele encendida sin sonido, no era ese silencio sino un silencio cómodo, privilegiado; ni siquiera en el silencio hay igualdad.

Nadya me preguntó ¿Y qué hace tu familia? Si no es una indiscreción, claro. No he querido preguntarle a Elena.

Me quedé bloqueado, paralizado. Algo dentro de mí no quería decir que habías sido obrero en la fábrica durante toda tu vida, hasta el accidente que te destrozó la espalda y te impidió continuar, antes de que te reciclaras como barrendero, o que mi madre aseaba a las personas mayores agonizantes del pueblo; de repente no podía decir nada de todo eso. Me avergonzaba demasiado. Me sentía culpable de mi historia, ¿cómo iba a contarla allí, rodeado por aquellas velas y aquel silencio?

Me quedé pensativo un momento. Estaba seguro de que, al contrario de lo que decía, Elena ya le había contado cosas, no podía mentir (más adelante, en París, lo haría, cuando los hombres que conocía en los bares me preguntaban qué hacían mis padres para ganarse la vida y yo les contestaba que tú eras abogado o profesor de universidad; la vergüenza me empujaba a mentir).

Entonces elegí la estrategia opuesta. En lugar de mentir o de eludir la pregunta, le contesté a Nadya, Tengo una familia de alcohólicos y de presos. Nadya alzó las cejas. No sé si su sorpresa fue fingida o real. Seguí, Seguro que a esta hora mi familia está viendo un estúpido *reality* muerta de risa y terminando la tercera bolsa de patatas fritas de la noche. Seguro que mi padre ya va por el octavo vaso de pastís y que tiene las manos cruzadas sobre su enorme barriga.

Me avergonzaba de lo que estaba diciendo pero lo dije. Tú odiabas las bolsas de patatas fritas, nunca comías eso, cierto que bebías mucho, mucho pastís, pero nunca había soportado que te llamaran alcohólico, era una palabra que juzgaba,

incluso cuando mi madre la usaba para describirte se lo reprochaba, y ahí estaba yo llamándote alcohólico, exagerando, sin mentir pero presentando la realidad de un modo que a Nadya le repugnase, lo sabía, es como si en el fondo el silencio y la exageración fuesen lo mismo, como si no contestar o exagerar fueran el mismo gesto, porque frente a Nadya ambas opciones me permitían mantener la distancia con mi pasado.

Quería mostrarle a Nadya que ahora estaba de su lado, en contra de ese pasado, y para estar en contra de ese pasado tenía que degradarlo lo más posible. Nadya sonreía, una sonrisa crispada, como si se estuviera preparando para oír que todo lo que le estaba contando era una broma. Me odiaba a mí mismo pero era incapaz de detenerme, era demasiado tarde, las palabras que decía me asqueaban pero al mismo tiempo, tengo que confesarlo, al mismo tiempo me reconfortaban, porque me tranquilizaban sobre mi lugar en el mundo. Ya no era como vosotros, como mi madre y tú, esto es lo que intentaba comunicarle a Nadya a través de lo que decía, Ya no soy como ellos. Nadya me sostuvo la mirada mucho tiempo, demasiado tiempo; me miraba a los ojos para saber si hablaba en serio y yo la miraba a los ojos para darle a entender que sí.

Sonrió de nuevo y dijo: Oh, estoy segura de que exageras, de que tus padres están charlando o que se preguntan qué estás haciendo esta noche. Decía eso, pero a través de su mirada yo tenía la impresión de que me estaba suplicando: Dime que no exageras, dime que es todavía peor.

Añadí: Oh, yo les importo un bledo. Y no, no charlan. Nunca charlan. ¿Qué iban a decirse? Ven la tele, como siempre.

Nadya alzó las cejas. Qué horror. Yo siempre he odiado la tele. Me llenó la copa de vino, el color rojo resplandecía a la luz de las velas, las velas temblaban en mi retina. Elena y su padre estaban callados, nos escuchaban, y en los momentos en que ella, Nadya, concentraba toda su atención en mí, no se oía

el menor ruido, nada más que el de la ciudad, a lo lejos, en la noche.

Nadya dejó escapar un sonoro suspiro y cambiamos de tema. Era la primera vez que yo hacía algo así. Para mis adentros, me odiaba a mí mismo. Pensaba en ti, en el daño que te habría hecho si hubieras oído lo que dije, probablemente tu estupefacción, tu pregunta: Por qué dices eso de nosotros. Anhelaba que Nadya me aceptase. Anhelaba tanto pertenecer a su mundo. Pertenecer a su mundo era escapar de mi infancia; ¿es posible perdonarme? Sufría pero más tarde, cuando fui a acostarme a la habitación de invitados, al lado del cuarto de Elena, me tumbé y cerré los ojos, aliviado, con la impresión de pertenecer un poco menos a mi pasado.

Lo siento mucho.

A pesar de todo, sabía que también os sentíais orgullosos, tú y mi madre; orgullosos de tener un hijo que había encontrado *una salida*, que estudiaba, que era casi el único chico del pueblo en esa situación; orgullosos de tener un hijo que a fin de cuentas era candidato a la burguesía.

La herida y el orgullo coexistían en vosotros como las dos caras de un mismo sentimiento. Cuando te ibas a pescar durante el fin de semana y uno de los amigos que te acompañaba veía que yo no venía, que me quedaba solo en casa y te preguntaba el porqué, le contestabas que prefería leer o estudiar, y notaba el orgullo en tu voz. Notaba tu orgullo y tus esfuerzos para decirlo del modo más desenvuelto posible, como algo sin importancia, para que tus amigos no pudieran pensar que te creías por encima de ellos.

Mi madre me pedía fotocopias de mis boletines de notas e iba al pueblo con ellas, se las enseñaba a todo aquel con quien se cruzaba, decía que su hijo estaba haciendo «estudios superiores» (estudiar era tan poco frecuente que un simple bachillerato le parecía «estudios superiores»). Las demás mujeres se burlaban de ella, incluso me lo decían a mí, Tu madre nos está mareando con sus historias, pero ella no hacía caso, seguía en sus trece, se sentía más fuerte que aquellas mujeres, pensaba que los papeles que llevaba en la mano eran prueba de su superioridad.

Se estaba vengando de todas las que se habían creído superiores a ella, la dueña de la tienda de comestibles, que la miraba por encima del hombro cuando mi madre le pedía que la dejara pagar al día siguiente, las secretarias de la alcaldía,

que la despreciaban por sus dificultades para expresarse; me utilizaba para vengarse, para demostrar a aquellas mujeres que se habían equivocado al tenerla en tan baja estima.

(No es fácil para mí hacer resurgir todas estas imágenes, he tenido que hacer un inmenso esfuerzo de memoria para recordarlas, porque durante años mantuve enterradas estas escenas, que no encajaban bien con la historia que en aquella época quería contarme a mí mismo, la del hijo que sale adelante contra viento y marea, y sobre todo contra su familia).

¿Por qué no me decías nada? Cuando estuve a punto de morir de una peritonitis, durante las vacaciones escolares, y tuve que quedarme varias semanas en el hospital, viniste a verme y me trajiste revistas de política, chocolate. Nadie leía nunca la prensa a nuestro alrededor, tú nunca habías comprado diarios o revistas. No los conocías, y por no conocerlos me compraste revistas de derechas, cosas que yo no leía nunca, que la familia de Elena me había enseñado a despreciar. Te di las gracias, cogí las revistas y me dijiste que las habías comprado porque sabías que la política me interesaba. Me dijiste que también había reportajes sobre los reyes de Francia, que a lo mejor eso me podía ayudar en mis estudios.

Ese día, en la habitación del hospital, comprendí que a lo mejor, de vez en cuando, pensabas en mi vida, en mis estudios y en mi futuro.

Ya casi nunca te veía. Pasaba las veladas y las noches en casa de Elena. Hacía seis meses que la conocía y estaba cada vez más cómodo a la hora de cenar. No hablaba tan bien como ella, claro, ni sabía tantas cosas como ella, pero me sentía menos intimidado y durante las conversaciones sobre literatura o sobre cine (las más frecuentes) hablaba de libros que no había leído, de películas u obras teatrales que no había visto (una expresión inglesa dice: *fake it until you make it*, finge ser lo que no eres hasta que lo seas, hasta que el papel se convierta en tu ser, y ésa es la experiencia que viví durante esas cenas en casa de Elena, interpretaba un papel, el suyo, jugaba a ser ella, a tener sus conversaciones, sus entonaciones, porque esperaba llegar a ser como ella a fuerza de imitarla). Todo cambiaba dentro de mí, y paradójicamente, cuanto más me alejaba de ti, más presente estabas en mi vida.

Te estabas convirtiendo en una presencia negativa.

Iba a la sala de cine de autor de la ciudad con Elena y veía retrospectivas de Todd Haynes, Gus Van Sant, Orson Welles. Al salir, pensaba en ti: mi padre nunca ha hecho esto, no ha visto esto. Nunca oirá el nombre de Gus Van Sant. Por las noches, en casa de Nadya, pensaba: nunca vivirá ni sentirá la atmósfera de estas cenas, el piano, las velas, las conversaciones sobre pintura, porque incluso si mi padre hubiera tenido velas o hubiese oído esas notas, nada lo había preparado para apreciar su belleza. Yo todavía no veía en esa distancia entre mi vida y la tuya un signo de la injusticia, de la violencia de clase, tan

sólo el signo de que yo estaba destinado a una vida mejor y más hermosa.

No obstante, a pesar de todo, me transformaba más despacio de lo que imaginaba o fantaseaba. Lo comprendí una noche en la habitación de Elena, es una imagen que destaca entre todas las demás. Sus padres y su hermana habían ido a acostarse y como casi todas las noches salí de puntillas del cuarto de invitados para reunirme con Elena y dormir con ella. Durante todos esos años, su habitación formó parte de la arquitectura, de la geografía de mi ser; una habitación pequeña bajo el tejado, abuhardillada, mal iluminada, sofocante en verano. Elena fumaba delante de la ventana abierta. Esa noche se volvió hacia mí: Tendrías que aprender a comer, creo que sería mejor para ti. En cuanto lo dijo, todo mi cuerpo se puso tenso. Sabía perfectamente a qué se refería. Yo nunca lo había pensado de forma explícita, nunca me lo había formulado, pero sabía perfectamente a qué se refería. Ella continuó, Es por ti, te irá mejor con los demás en la vida si comes con corrección, no igual que un campesino. Si no la gente tendrá una mala imagen de ti. Yo no decía nada, la escuchaba. *Espérame aquí, no te vayas*. Salió de la habitación, la oí bajar la escalera, dos pisos hasta la planta baja. Regresó con un plato, cubiertos y media baguette. Yo la miraba como si fuese una visión de mi vida futura. Intentaba no perderme nada, ni su respiración, ni el arco de sus gestos.

Cortó el pan en trozos pequeños, de apenas tres o cuatro centímetros, los colocó dentro del plato y luego miró los trozos de pan, y luego a mí, sin decir nada, como para preguntarme si lo había entendido. Hice un leve gesto de asentimiento con la cabeza en señal de cooperación. Ella murmuraba *mira, así*; colocó las manos en el tenedor y el cuchillo, enseñándome cómo sostenerlos, a qué altura del mango tenía que poner los

dedos, y pinchó los trozos de pan con el tenedor antes de llevárselos con delicadeza a la boca. *Hay que sostenerlos así, no así*; al decir esto, cogió el tenedor y el cuchillo de forma tosca para imitarme, empuñó el cuchillo con toda la mano, como dentro de un puño cerrado, haciéndome ver que así era como yo manejaba los cubiertos. Yo miraba sus dedos, quería recordarlo todo, que ningún detalle desapareciera de mi memoria. Lo hizo otra vez, yo la observaba, y después me dio los cubiertos y yo intenté reproducir los mismos gestos. Ella susurraba No, así no, pon la mano así. Yo la escuchaba, ella seguía: Sí, así está bien, ahora lo haces bien. Yo tenía la sensación de acelerar el tiempo, de aprender en unos minutos lo que su cuerpo había aprendido en quince años, con el contacto de su familia, con la repetición de las comidas a lo largo de los días y las estaciones. Cuando ya no quedaba pan me enseñó a colocar el tenedor y el cuchillo dentro del plato, la hoja del cuchillo entre los dientes del tenedor, en equilibrio, como hacía su madre. Durante los días que siguieron, me esforcé en comer como Elena me había enseñado, los demás comían y pensaban que yo hacía lo mismo que ellos pero en realidad cuando comía estaba trabajando, estaba aprendiendo un nuevo cuerpo.

Lo que la escena con los cubiertos en la habitación de Elena me hizo comprender es que mi pasado estaba presente en todos los detalles de mi vida, en mi manera de comer pero también en mi forma de caminar, de vestirme, de hablar. Mi cuerpo contaba una historia diferente de la que yo quería forjar a fuerza de voluntad; para convertirme en otra persona no bastaba con saber nombres de escritores o ir al cine con Nadya y con Elena, o cambiar mis temas de conversación. Lo que había sido estaba inscrito en mis carnes, en mi voz, en mis movimientos, y decidí transformarlo todo. Me prometí a mí mismo erradicar todas las huellas de lo que había sido; recordé la primera semana en Amiens, cuando una chica se rio al oírme hablar en los pasillos del liceo, por mi acento del norte. Entonces empecé a entrenarme. Todos los días, me entrenaba para pronunciar las palabras sin acento; repetía las palabras al andar por la calle, por la noche antes de acostarme, ponía todo mi empeño en controlar los movimientos y las contracciones de mis labios, de mi lengua, de mi garganta cuando hablaba con Nadya y con Elena, tenía que concentrarme en cada palabra para no flaquear, intentaba imitar los acentos de la burguesía en las películas que veía con ellas en el cine (en el liceo, algunos se daban cuenta de la transformación, como Étienne, un nuevo amigo. Me decía Pero ¿por qué hablas ahora con ese ridículo acento de pijo?; a pesar de que él tenía ese mismo acento, como si haberlo heredado de su familia fuera legítimo pero adquirirlo por elección y aprendizaje fuese algo ilegítimo y condenado al ridículo).

Cuando bajaba la guardia durante las conversaciones con los

demás y una sonoridad típica del norte se deslizaba en mis palabras, me despreciaba, me insultaba para mis adentros, en silencio. Me trataba de pueblerino, de paleto, me insultaba como lo había hecho de niño; cuando alguien me llamaba marica, yo me repetía el insulto durante horas, como si el otro hubiera trasplantado el Insulto a mi interior, como si el insultador no sólo tuviera el poder de insultar sino también de obligar al agraviado a repetirse el insulto a sí mismo, hasta el fin de los días, como si la violencia del insulto fuera la de una complicidad forzada; me despreciaba, pero nunca tiraba la toalla, seguía entrenándome, todos los días, en todo momento, en la ducha, en el transporte público, *el acento tiene que desaparecer, el acento tiene que desaparecer*; recuerdo una noche, a punto de llorar, en la que intentaba pronunciar *jaune* [«amarillo»] diciendo *yone* y no *yane*, como siempre había hecho, lo intentaba pero no lo conseguía, el pasado me llenaba la boca, estaba en mis tejidos, en mis músculos, no entendía por qué tenía la boca tan rígida y era incapaz de pronunciar una palabra, una palabra insignificante, y la impotencia me llenaba los ojos de lágrimas.

El efecto Elena: apenas dos años separan estas fotos

También la risa; cuando reía con Romain durante los primeros días en el liceo me dijo que me reía demasiado fuerte, de una manera demasiado brutal. Cuando reía con él en las clases me reprendía: ¡No te rías tan alto! Yo sabía que mi risa estaba

vinculada a mi pasado.

Nadie tenía que explicármelo dos veces, veía que el mundo se organizaba en torno a principios binarios: pesado/ligero, ruidoso/silencioso, grueso/delgado, visible/insinuado, insistente/sutil, tosco/distinguido, que también son principios de clase, y que yo siempre estaba, inevitablemente, en el lado menos legítimo de esta estructura.

Así que con la risa hice lo mismo que con el acento: me entrené. Decidí aprender a reírme de otra manera, a fuerza de voluntad. Me colocaba delante de un espejo y todos los días me entrenaba para reírme de otra manera: con menos fuerza, abriendo menos la boca, de una forma menos expresiva. Me entrenaba para reír con una risa más acorde con mi nueva vida, con mi nuevo mundo, con Elena y con la urgencia de mi metamorfosis. Cuando estaba con amigos en el liceo, Morgan, Julie o Étienne, los amigos con quienes pasaba más tiempo si no estaba con Elena, y decían algo gracioso, intentaba reír con mi nueva risa, incluso en los momentos más divertidos, los momentos en los que, por definición, una persona pierde el control, se deja llevar, tenía que seguir concentrado para reír con la nueva risa, la que había inventado frente al espejo.

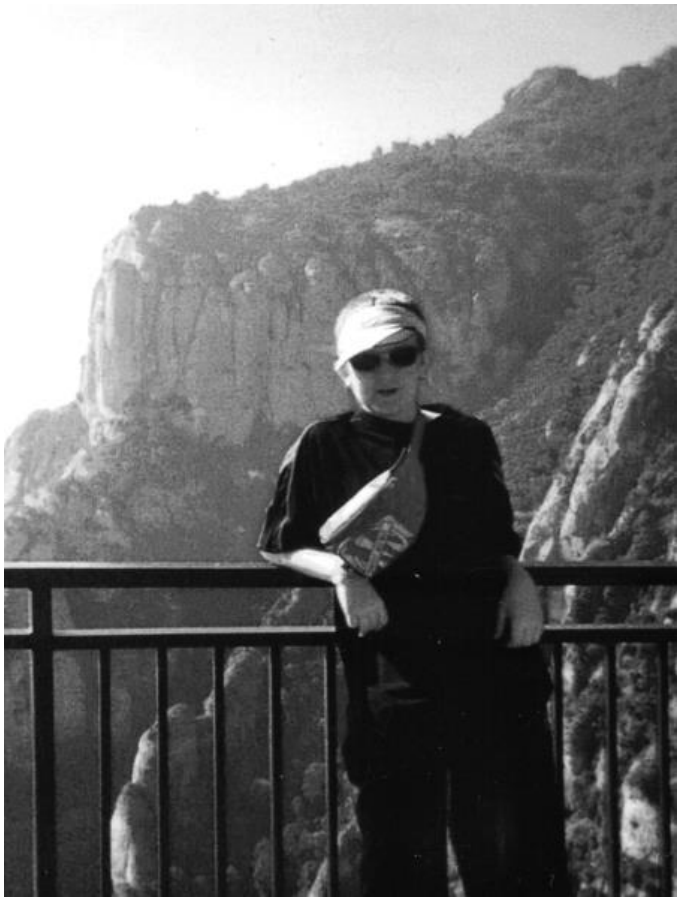
Poco a poco, de forma progresiva, esa risa artificial, de imitación, se convirtió en mi risa; ahora, cuando la oigo en una grabación de video, por ejemplo, no puedo evitar detectar en ella algo artificial. Oigo en mi risa el rastro de su elaboración, de esas horas enteras pasadas ante los espejos conmigo mismo como único testigo, aprendiendo mi vida como otros aprenden un papel teatral. Toda mi vida se había convertido en un esfuerzo de concentración. Me concentraba para hablar, para reír, para estornudar, para comer, todo era un ejercicio.

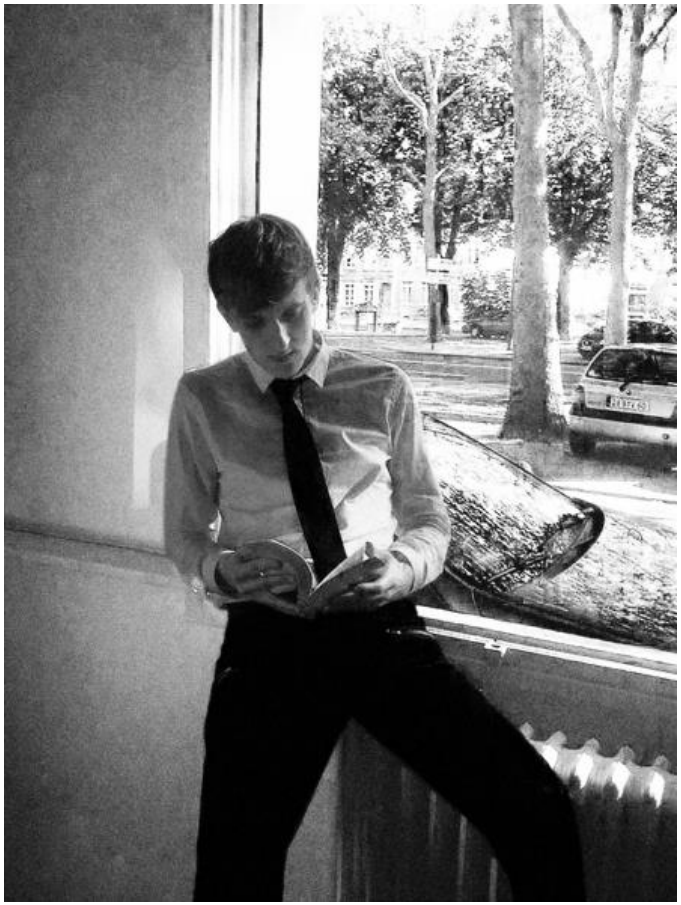
También hacía deporte por primera vez, para perder peso. Iba a correr a los bosques que había detrás del pueblo porque cuidar el cuerpo también era un valor que estaba aprendiendo a fuerza de pasar tiempo con Elena. Perdí diez kilos en un año. Quería comer cosas *bío*, *sanas*, *light*. Me emborrachaba con esas palabras.

Elena me había teñido el pelo para que nos pareciésemos un poco más, para alejarme un poco más de mi antiguo aspecto; durante una visita al médico inventé un problema de visión para poder llevar gafas, como ella, y lo conseguí. Tenía el cuerpo delgado, pelo largo, llevaba gafas, ya no me parecía a ti.

Cuando volvía al pueblo los fines de semana, trabajaba en la panadería. Vendía el pan, horneaba la bollería, llevaba cientos de baguettes del horno a la tienda. Con el dinero que ganaba acompañaba a Elena al cine, compraba vino que llevaba a Nadya para la cena. Era uno de los gestos de mi nueva vida lejos de ti, pasar por la tienda de vinos —*la bodega*— antes de cenar y comprar una botella para Nadya, porque Étienne me había dicho que nunca hay que ir a una cena con las manos vacías, que hay que llevar flores o vino; en el pueblo no había reglas como ésa, y si alguien regalaba algo era para darle una alegría al otro, no por cumplir una norma. Cruzaba Amiens con la botella de vino para Nadya en la mano y me gustaba esta imagen de mí mismo, pensaba: lo has conseguido, tienes una nueva vida. Un día fui a unos grandes almacenes y compré ropa y zapatos. Quería deshacerme de mi ropa deportiva, de mis chándales, y comprar vaqueros, polos, camisas compatibles con mi nueva manera de reír y de hablar, un abrigo negro que me llegaba hasta las rodillas, zapatos que en nuestro pueblo llamábamos zapatos de ciudad, negros, con taloneras, de falso ante.

Tenía una nueva voz, sin acento —al menos eso creía—, una nueva risa, un nuevo aspecto. Miraba mi reflejo en el espejo y pensaba: eres otro. Elena seguía participando en mi transformación, me enseñó a hacerme el nudo de la corbata, el nudo Windsor, que era el que más le gustaba, y yo la llevaba así al liceo. La noche en que Nadya me vio con corbata, casi se sobresaltó: Vaya, Eddy, te estás aburguesando. No sabía que aquélla era la frase más hermosa que podía decirme, y los días siguientes me la repetí hasta el delirio.





No creo que te preocupara, pero el primer año en el liceo mis resultados fueron regulares, a menudo malos, porque estudiar no me gustaba, porque no sabía cómo hacerlo, cómo trabajar, cómo aprender. Veía que no era sólo una cuestión de conocimientos, de cosas que sabía o no sabía sino también una cuestión de método. Durante todos los años que viví contigo hice los deberes en la única habitación compartida de la casa, tú veías la televisión, fumabas, te encogías de hombros diciendo que el colegio no servía para nada, y mis hermanos y hermanas hablaban mientras mi madre cocinaba en la misma mesa en la que yo intentaba hacer los deberes. No había escritorios en los dormitorios, eran demasiado pequeños, y de todos modos, como tampoco tenían puertas, eran tan ruidosos como la sala. En el colegio, cuando entregaba los deberes cubiertos de manchas de grasa y de salsa de tomate por culpa de la comida que mi madre preparaba en la misma mesa en la que yo trabajaba, la profesora de francés se reía, Al menos sabemos lo que cenó anoche, Bellegueule; y yo también me reía.

En el liceo, cuando me comparaba con Elena, tenía la impresión de que la relación con el colegio era algo que siempre nos separaría, a pesar de la transformación que había iniciado con ella. Me costaba mucho entender la fuerza que la animaba cuando se sentaba ante un libro o una hoja de papel que llenaba con su escritura, esas actitudes que en el pueblo o en la escuela siempre habían parecido, en el fondo, ridículas, afectadas. Yo alternaba fases en las que trabajaba duro y fases

en las que me desanimaba, pero en ambos casos mis resultados eran regulares o mediocres. No obstante, me estaba dando cuenta de algo nuevo: en la familia de Elena todo el mundo había estudiado, estudiar era una dimensión de la vida casi tan natural como comer o respirar. Cuando llegué a Amiens, me sorprendió ver que para los hijos de la pequeña burguesía estudiar era algo que no se cuestionaba, ni siquiera para los que sacaban notas regulares o para aquellos a los que no les gustaba el colegio, mientras que en el pueblo, estudiar era la culminación de una voluntad, de una batalla, y para los que sacaban notas regulares, la conclusión obvia era no estudiar.

Así que cuando comprendí, supongo que a través de una infinidad de instantes acumulados, de frases, de comprobaciones, que el sistema escolar era una condición absoluta de mi transformación, tanto como la ropa que llevaba, empecé a trabajar con todas mis fuerzas.

Imitaba a Elena, su modo de vida y de trabajo. Como dormía en su casa tenía una habitación y un escritorio. Me encerraba, escribía, reescribía mis deberes en la casa que Nadya mantenía en perfecto silencio durante las horas dedicadas al trabajo escolar, dos o tres horas al día.

De hecho, por primera vez interioricé el ritmo de ese silencio, lo necesario que era todos los días. Se convirtió en parte de mí y de mi ritmo biológico, un ritmo que nunca había experimentado porque en mi casa nunca había existido ese silencio.

(Más adelante, cuando rompí con Elena y su familia, su madre me dijo: Te has aprovechado de todo lo que te hemos enseñado. ¿Qué quiere decir aprovecharse? ¿Acaso Elena no se había aprovechado de lo que su padre le había enseñado? ¿De su medio social?

¿Acaso hay individuos para quienes el provecho es legítimo,

y otros para quienes es un escándalo, un expolio?)

Trabajaba, pero no avanzaba. Llevaba tanto retraso acumulado en ciencias y en matemáticas desde secundaria que no lograba ponerme al día. Era mejor en francés y en historia gracias a todas las referencias que había aprendido con Nadya y Elena, y me daba cuenta de hasta qué punto el entorno familiar favorece los estudios.

Durante el segundo año en Amiens algo cambió. Había que elegir unas materias y eliminar otras. Pude dejar ciencias y matemáticas casi por completo, y concentrarme en teatro, literatura, historia, idiomas. Seguía sin leer, los libros y la lectura se me resistían, pero continuaba yendo al cine con Elena e incluso la imitaba en sus tentativas de escritura. Ella quería escribir; redactaba obras de teatro breve que me daba a leer y sin darme cuenta, yo las copiaba casi palabra por palabra durante los días siguientes, pensando que creaba algo original.

Todos estos elementos, la familiaridad con la cultura adquirida en casa de Elena, el ritmo de trabajo, la idea de que estudiar me salvaría, el abandono de las materias en las que era una nulidad, todo eso hacía que cada vez me adaptase mejor al sistema escolar. Progresaba, y al final del segundo año en Amiens, saqué mejores notas que casi todos los de mi clase.

Escucha.

Es de noche, en la habitación de Elena. Estoy acostado a su lado. Dormimos casi todas las noches en su diminuta cama, mi cuerpo contra el suyo. Elena está fumando. Ha abierto la ventana del cuarto para que sus padres no huelan el humo, y el frío nocturno entra por la ventana, se posa en nuestras caras y en nuestros brazos.

Son las dos o las tres de la madrugada, sus padres duermen; cenamos juntos y bebimos mucho vino. Vuelvo la cabeza hacia ella, veo el cigarrillo entre sus dedos, el humo que sale de su boca y escapa hacia el exterior.

Me propone que fume. Digo que sí con voz segura, como si ya lo hubiera hecho. Me pone el cigarrillo entre los labios, el cigarrillo pasa de sus labios a los míos y aspiro el humo. Mi cuerpo intenta toser cuando el humo se expande dentro de mí, pero me controlo y no toso. Le devuelvo el cigarrillo a Elena. Lo coge sin mirarme, con los ojos clavados en el techo.

Me pregunta: ¿Estaremos siempre juntos? La escucho. Quiero decirle, nunca nos abandonaremos, claro que no, jamás nos abandonaremos, nos une un pacto.

Creo que cuando dijo esa frase, ya me daba cuenta de que era una frase de adolescencia, y ella también, yo sabía y ella sabía que era una de esas grandes declaraciones que uno dice en mitad de la noche después de haber bebido demasiado, hasta cierta edad; pero eso no me molestaba, al contrario.

Le contesto: Claro. Siempre estaremos juntos.

Me siento un poco avergonzado porque no se me ocurren frases tan hermosas y tan poéticas como a Elena. Mi vergüenza se disuelve en el humo que nos rodea, se mezcla con la noche, y el vino en mis venas la hace más dulce. Elena dice: Viviremos juntos y nadie entenderá nuestra relación porque no será como las demás.

Perfila nuestra vida, Yo seré periodista, y tú, profesor de historia. Viviremos en una mansión medio en ruinas con miles de libros, apilados unos sobre otros. Por las noches escucharemos música clásica y abriremos una botella de vino y nos tumbaremos para escuchar música juntos. De vez en cuando bailaremos. Nadie nos entenderá.

En el momento en que acaba la frase, empieza una nueva canción en los altavoces que tiene en las estanterías, entre los libros. Le digo ¿Bailas? Nunca lo hemos hecho, ella no se siente cómoda con su cuerpo, no baila nunca, pero se lo pido y me dice que sí, me levanto, la cojo de la mano y bailo con ella en medio de su habitación desordenada bajo el tejado, bailamos mucho, mucho tiempo, sólo nosotros y la música a nuestro alrededor, en mitad de la noche, como si en ese momento no existiera nada más que nuestros dos cuerpos, uno contra otro, como si no hubiera historia, ni pasado, ni miedo, ni recuerdos, ni mañana.

Te cuento esta escena porque, tras releer lo que he escrito hasta ahora, veo que inevitablemente selecciono instantes de mi historia y olvido otros. Hay cosas que no sé o que no deseo contar, y no quiero que pienses que sólo veía a Elena como un instrumento para reeducarme a mí mismo, no quiero que imagines que mi relación con ella era instrumental. Si ésa es la impresión que surge de lo que he escrito, lo he echado todo a perder. Quería a Elena, la quería más que a nada en el mundo

(incluso al escribir estas palabras me siento estúpido). No era una relación amorosa, no había deseo entre nosotros —a mí me atraían los hombres, estaba claro, aunque lo ocultase— pero lo que había entre ambos iba más allá de la amistad. La quería.

Luego llegó el nombre. Mi madre dice que para ti fue lo más difícil de mi cambio, y es la única vez que mencionó una de tus reacciones frente a mi evolución.

Una tarde llegué a casa de Elena a las ocho, como habíamos acordado. Llevaba una de mis camisas nuevas, la había lavado para quitarle el olor a tienda que la impregnaba pero no estaba planchada y de camino a casa de Elena tiré con todas mis fuerzas de la tela para intentar que las arrugas desaparecieran. Llamé al timbre y abrió Nadya.

Hola, Édouard.

No me moví. Era la primera vez, no entendía por qué me llamaba por un nombre que no era el mío. Ella vio la sorpresa en mi cara,

¿Te importa si te llamo Édouard? En el fondo Eddy es un diminutivo de Édouard, en realidad Eddy no es un nombre, y yo prefiero Édouard, me parece mucho más elegante. ¿No te molesta?

Eddy. Era el nombre que tú habías elegido por las películas norteamericanas o las series de televisión que te gustaban, siempre era el nombre de los malos y los delincuentes en esas películas y por eso te había gustado, era un nombre masculino, un nombre de tipo duro. Ella pensaba que el nombre que habías elegido para mí no era un nombre. Le contesté a Nadya que no me molestaba. Me había bautizado. No sabía que un día sería mi nombre, para siempre, que cuando me fuera de Amiens haría que lo inscribieran en mi carnet de identidad.

Me pidió que la siguiera al salón donde Elena y su hermana estaban sentadas

Édouard está aquí

Elena miró a su madre, luego a mí

¿Édouard?

Se encogió de hombros. Vale, pues Édouard. A partir de esa noche, Elena nunca más volvió a llamarme Eddy, incluso me dijo después de la cena tendida a mi lado en su cama que estaba de acuerdo con su madre, que ese nombre me sentaba mejor que Eddy, que era un nombre de príncipes y de reyes.

Nadya le pidió a la hermana pequeña de Elena que tocase algo al piano, Por qué no tocas algo para darle a Édouard la bienvenida a nuestra casa. Ella se levantó, se sentó al piano y empezó a tocar. La música invadió la habitación, hermosa, profunda, y mientras la escuchaba mi nuevo nombre repercutía dentro de mí.

Se lo dije primero a mi madre. Acababa de separarse de ti, apenas una semana antes, había metido todas tus cosas en bolsas de basura y las había tirado a la acera diciéndote que no volvieras nunca. Le dije que a partir de ese día quería que me llamara Édouard. Ella se rio, Ahora sí que el señor Édouard es de la nobleza, siempre su fórmula de «señor» para burlarse de mí; y después cambió de tema. No sé si se sintió herida, o si pensaba que era una locura pasajera, una rebelión de adolescente.

Si lo pienso ahora, creo que cuando me dijo que mi cambio de nombre te había dolido también hablaba de sí misma, quizá mencionó tu herida para no hablar de la suya.

Entrevista imaginaria frente a un espejo

Hay algo bastante misterioso... si eras tan diferente al principio, ¿cómo es que el acercamiento a Elena y a su universo sucedió con tanta rapidez? ¿Cómo es que tus primeros intentos fracasados de parecerte a ella no te hicieron dar media vuelta?

Lo he dicho y lo he repetido, en el colegio y en el pueblo, estaba solo la mayor parte del tiempo, porque nadie quería jugar con alguien a quien se consideraba un marica. En el colegio, durante los recreos, deambulaba por el patio. A veces conseguía pasar un rato con algún grupo de alumnos pero me daba cuenta de que mi presencia los fastidiaba.

Recuerdo que fingía buscar algo en la cartera o en la taquilla, durante todo el recreo, para que los demás pensaran que estaba ocupado y que por eso estaba solo, para que pensaran que, si hubiera querido, podría haber estado con otras personas. Pero se volvió muy difícil mantener esa fachada. No podía buscar algo en la cartera o en la taquilla todos los días del año, nadie se lo habría creído. Entonces empecé a ir a la biblioteca del colegio, cada vez que llegaba la hora del recreo, cuando no podía hacer otra cosa. Comprendí que podía quedarme allí, la biblioteca estaba vacía casi siempre, me sentaba allí con un libro que fingía leer y no leía y podía pasarme allí todo el tiempo sin que nadie sospechara mi exclusión.

¿Y te pasaste meses en esa biblioteca sin leer nada? ¿A los demás no les parecía extraño?

Poco a poco, entablé relación con la documentalista del colegio. Creo que a veces se aburría y que se alegraba de tener

a alguien con quien hablar. Se llamaba Pascale Boulnois. Poco a poco, se fue convirtiendo en una costumbre, durante cada recreo, cada rato libre iba a la biblioteca y charlaba con ella. No sólo me hablaba de libros, también de historia y de política. Aunque yo tenía once años y ella treinta y cinco, forjamos una especie de amistad, algo surgió entre nosotros y creo que lo puedo llamar amistad. Cuando se iba de vacaciones en verano me enviaba postales, mensajes de texto. Yo los recibía y era como una venganza contra mi familia, para mí, era como la forma embrionaria de lo que más tarde sentiría con Elena y con Nadya, cuando recibía esas postales me decía a mí mismo que pertenecía a un mundo distinto al de mi familia, y que me parecía más a Pascale Boulnois que a ellos. Así empecé a cambiar. Porque no tenía elección. Empecé a ir a la biblioteca sólo porque no tenía amigos en el patio de recreo, para esconderme, es así de estúpido y así de anecdótico. Y creo que el contacto prolongado con aquella mujer mayor y más culta inició el proceso de metamorfosis en mi manera de ser y de pensar, que en cierto modo ella me preparó, intelectual y psicológicamente, para el encuentro con Elena unos años después, y que por eso el encuentro con ella fue tan fácil. Además, también fue Pascale Boulnois quien me animó a ir al liceo para hacer eso que se daba en llamar estudios generales, algo que no era habitual para un niño de un colegio como el mío.

¿Y en el pueblo? Hace un momento hablabas también del pueblo.

Lo asombroso es que en el pueblo pasó lo mismo. Los miércoles por la tarde, cuando no había colegio, los chicos de mi calle se iban a jugar al fútbol y no me pedían que fuera con ellos. Por eso iba a la biblioteca del pueblo, que acababa de inaugurarse, era un granero pequeño, de unos treinta metros cuadrados, que

la alcaldía había acondicionado. Iba allí para no estar solo. Y allí me hice amigo de la bibliotecaria, Stéphanie Morel. Como Pascale Boulnois, me hablaba de política, del mundo. Recuerdo que le grababa cintas con canciones cantadas por mí para que las escuchara, soñaba con ser un cantante famoso, veía todos los *reality* y todos los concursos de cantantes, ella me animaba, me decía que un día sería famoso. Ella tenía treinta años, yo tenía diez u once y nos hicimos amigos.

¿Puedo desviarme un poco del relato? Un día el alcalde decidió despedirla y ese día fue uno de los más sombríos de toda mi infancia. Yo era un niño pero hice una petición contra la decisión del alcalde, recorrí todo el pueblo durante varios días, llamé a todas las puertas, a todas las casas, la petición exigía que el alcalde mantuviera a Stéphanie en su puesto. Volvía a casa de mis padres a las diez o las once de la noche, con mi lista de firmas, con los zapatos llenos de barro, porque en aquella época, a principios de la década de los dos mil, muchas aceras del pueblo eran de tierra, no de hormigón, como si el pueblo viviera en una época distinta del resto del mundo. Cuando creí que había llamado a todas las puertas sin excepción —había recogido varios cientos de firmas, más de la mitad de la población—, le llevé la petición a Stéphanie, y deslicé otro ejemplar en el buzón del alcalde. Stéphanie se echó a llorar. Me dijo que era demasiado tarde, y lloré con ella, en su salón, junto al fuego de la chimenea que desprendía olor a cenizas.

Odio los relatos de infancias salvadas por los libros y las bibliotecas, me parecen ingenuos. Pero debo decir que esas dos mujeres, Stéphanie Morel y Pascale Boulnois, formaron parte de las personas que me salvaron, sin las que nunca habría conseguido escapar, inventarme una nueva vida. Sin ellas, nunca podría haber encontrado a Elena.

Las emociones contienen en sí mismas la posibilidad de su propio cambio, el amor en celos, el resentimiento en odio, la inquietud en angustia, el deseo de venganza en deseo de revancha. Con el tiempo —sobre todo en el último año de liceo —, cuando estuve mejor integrado en el mundo de Amiens, algo cambió dentro de mí, con un movimiento casi imperceptible: ya no sólo quería parecerme a los demás, sino llegar más lejos que ellos. Quería demostrarles que podía hacer cosas que ninguno de ellos habría podido hacer, alcanzar hitos y lograr lo que ellos nunca habrían pensado que podían lograr. Se lo decía a Elena y ella me animaba: *Demuéstrales que eres mejor que ellos*.

Esto fue lo que ocurrió: el deseo de venganza contra mi infancia, el que me llevó a Amiens, se transformó en un deseo de revancha; ya no sólo contra mi infancia, sino contra el mundo entero. Cuando pensaba en el futuro ya no pensaba solamente en ti, en nuestra familia y en mi obsesión de distinguirme del mundo que habíamos compartido, sino en todos los demás.

Bastaba con conocer a alguien y que esa persona me hablase de sus ambiciones, de sus proyectos, para que yo pensara: *tengo que llegar más lejos*. Una vez, una chica del liceo me dijo que soñaba con ir a la Universidad de Oxford, y precisó: una de las mejores universidades del mundo. Me pasé la noche en internet buscando la Universidad de Oxford, prometiéndome que yo también podría ir si quisiera, que al hacerlo daría una buena sorpresa a Elena, a Nadya, a todos mis amigos en Amiens, y que esa sorpresa resplandecería sobre toda mi vida, desde el

día en que nací.

Una pregunta se convirtió en el centro de mi vida, concentró todas mis reflexiones, ocupó todos los momentos en que estaba solo conmigo mismo: ¿cómo podía tomarme la revancha, de qué forma? Lo intenté todo. Como en secundaria, formaba parte de todos los clubs, todas las asociaciones, el comité de lectura, el club de haiku, el taller de cine. Quería existir y existir era diferenciarme. Cuando nos dijeron que un alumno entre los más de mil debía escribir y leer un discurso sobre Madeleine Michelis, miembro de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, me ofrecí para la tarea y leí el discurso que había escrito delante de todo el liceo reunido. Es estúpido pero me sentí importante, era yo quien había escrito aquel discurso y no otro de los mil alumnos, que no obstante habían nacido con muchas más oportunidades, más cultura general y habilidades lingüísticas. Me las arreglaba para salir elegido en todos los consejos de administración, en todas las asambleas de la vida escolar del liceo, en todas las instancias administrativas del liceo en las que un alumno podía participar, y entraba en las salas de reunión en una especie de estado de embriaguez.

Cuando se anunciaron las fechas de los exámenes de selectividad pensé que tenía que superar a todos los demás; tú no sabes nada de eso, nada de lo que estaba en juego dentro de mí en aquella época de mi vida. Durante los dos o tres meses anteriores a los exámenes trabajé con todas mis fuerzas: hasta bien entrada la noche, a mediodía durante las pausas para el almuerzo, por la mañana en el autobús. Pasaba los fines de semana en la biblioteca municipal con Elena, los amigos nos proponían ir con ellos a pasar el día al parque, era primavera, hacía buen tiempo, y yo sentía una especie de orgullo por

negarme, por decir que prefería estudiar. La mañana en que se anunciaban los resultados fui a esperar con Elena en el McDonald's que había cerca del liceo. Ella tenía miedo de decepcionar a sus padres, yo tenía miedo de fracasar en mi sueño de revancha. Ella me cogía la mano bajo la mesa en la que bebíamos café en vasitos de plástico. Me acariciaba el pelo susurrando Va a salir bien, va a salir bien. Cuando llegamos a la calle del liceo, busqué mi nombre y el de Elena en los carteles pegados en las paredes, y vi que los dos habíamos aprobado. Yo tenía una mención de honor, gritamos de alegría y ella me abrazó. Su madre, Nadya, nos invitó a celebrar una fiesta en su casa esa noche y allí fue donde decidí que me iba a matricular en la Facultad de Historia, como Elena, para imitarla. Iba a ser universitario, la palabra universitario me separaba de forma radical de ti y de nuestro mundo, decir en el pueblo *Soy universitario* era como decir *Mi casa de campo* o *Mi empleada de servicio*, una expresión que marcaba una frontera clara, definitiva, infranqueable; y yo iba a cruzar al otro lado.

La política ocupaba el primer plano. Durante el segundo año en Amiens, me afilié a un partido de extrema izquierda. Lo hice contra mi infancia y contra el pueblo, para seguir diferenciándome de ellos, porque en el pueblo la mayoría apoyaban a los partidos de extrema derecha, y en todas partes, en la panadería, en la plaza de la iglesia, en las calles, la gente repetía siempre las mismas frases: Ya no estamos en nuestro país, Esto ya no es Francia, es África, y, en mi metamorfosis, quise rechazar todas esas ideas que las veladas en casa de Nadya me habían enseñado a considerar primitivas. Claro que también lo hice porque la injusticia y la pobreza me horrorizaban, pues las había conocido y experimentado en mis propias carnes. El tercer motivo, el menos noble, era que la política me permitía existir ante los demás, y por lo tanto ir más lejos en mi venganza; habría preferido decirte que mi compromiso político estaba exclusivamente ligado a mi rebelión contra el mundo, pero tengo que contarte lo que, por definición, es lo más difícil de contar, lo menos confesable. Unos cuantos meses antes de las pruebas de selectividad se formó un movimiento de protesta contra el gobierno; participaba en él, organizaba asambleas, manifestaciones, ponía en contacto a los diversos liceos de la ciudad para elaborar estrategias. Poco a poco, me convertí en uno de los líderes del movimiento. Tomaba la palabra ante el micrófono delante de cientos de personas antes de la salida de las manifestaciones, llevaba las pancartas que las encabezaban, los diarios locales me entrevistaban; hasta el día en que me invitaron a un debate en televisión, justo antes de que mi

madre te echara de casa, cuando todavía vivías con ella. Era una emisión de la televisión regional, un programa que la mayor parte de la gente del pueblo veía, que toda nuestra familia veía.

Te dije que me habían invitado, que había aceptado, y te encontraste en una situación paradójica: odiabas mi compromiso político de izquierda porque se oponía a tu visión del mundo —no eras tonto, habías comprendido que uno de los objetivos era diferenciarme de ti— pero la tele siempre había sido el centro de nuestra vida, nos fascinaba. Era lo que nos ayudaba a combatir el aburrimiento, lo que nos unía al mundo, y gracias a ese poder que tenía sobre nosotros no podías evitar un cierto respeto, una cierta admiración por las personas que veías en la pantalla.

Cuando te dije que me habían invitado, vi la emoción en tus ojos. Seguro que pensaste que tu hijo había tenido éxito, que había llegado más lejos de lo que nunca habrías podido imaginar. Tu hijo iba a salir en televisión, los vecinos lo iban a ver. Entonces, pese a las muchas cosas que aborrecías en mi afiliación política, claudicaste.

Fue mi madre la que me contó lo que sucedió. La tarde del debate reuniste a dos o tres de tus amigos para que vieran el programa contigo. Compraste pastís y paquetes de galletas saladas. Mi madre me dijo que colocaste las sillas en semicírculo en la sala, de cara a la pantalla, como en el cine, y que no dejaste de sonreír en todo el día.

Por la tarde llegaron tus amigos. Se sentaron, les serviste la bebida y esperasteis.

Por mi parte, yo entré en los estudios de televisión, me llevaron a un pequeño camerino donde me maquillaron, y temblaba de emoción, de verme en aquella situación, de ser

alguien a quien maquillaban en un estudio; nunca había imaginado que podría llegar tan lejos, yo también pensaba cosas así, no veía que sólo se trataba de una pequeña emisora regional, e imagino que, por un instante, tus pensamientos y los míos se encontraron.

Pero cuando empezó el programa y abrí la boca hablé de los alumnos del instituto, los estudiantes sin papeles expulsados de territorio francés, del racismo del Estado francés. Había preparado ese giro de ciento ochenta grados esa misma tarde, pensando en la entrevista. Me habían invitado para hablar de otra cosa, pero le dije al presentador que primero había que hablar de los sin papeles, e insistí en el tema en casi todas mis respuestas. Estaba temblando, pero intentaba que no se notase.

Lo que mi madre me contó es que cuando empecé a hablar frente al periodista dejaste de sonreír. Dijo que frunciste el ceño y que se te puso la cara de color púrpura. Dijo que dejaste el programa un poco más, como si quisieras darme una oportunidad, el tiempo necesario para comprender lo que yo decía y lo que te estaba haciendo, y que después te pusiste de pie. Apagaste la televisión y dijiste con un tono falsamente despreocupado No vamos a seguir viendo esas tonterías, mejor hablamos.

Te había hecho daño. Tus amigos Gébé y Titi se dieron cuenta pero no dijeron nada. Sabían que los habías llamado para ver el programa. Hablaste con ellos como si fuera una situación normal pero hablabas demasiado deprisa, con gestos bruscos; había algo inusual en tu actitud.

Regresé tarde, casi al caer la noche (no sé por qué no fui a casa de Elena), la casa olía a grasa por los fritos de mi madre, a gasóleo doméstico, se oía el ruido de la tele. Te acercaste a mí, me agarraste por el cuello de la camisa y me dijiste: ¿Por qué

has hecho eso? ¿Por qué me has humillado hablando de esa tontería de los sin papeles?

(Tengo que ser justo y no olvidarme de decir esto: que no sólo protestabas contra mi compromiso político porque era lo opuesto a tu concepción del mundo, sino también porque yo participaba en manifestaciones ilegales, porque la policía me golpeaba y me gaseaba con frecuencia, y tenías miedo de que mi activismo me causara problemas con la policía, de que por culpa de mi activismo todo mi ascenso social en curso se viniera abajo, que todos mis esfuerzos se viesen reducidos a nada, lo sé porque cuando volvía de una manifestación, con cardenales en la piel o pegatinas en la ropa que decían Abajo el capitalismo, Nuestras vidas valen más que sus beneficios, Libertad para el pueblo palestino o Francia Estado racista, me decías: ¿Y ahora qué quieres, ser un delincuente y tener antecedentes judiciales? ¿Quieres que te echen del liceo? y en tus palabras había menos ira que preocupación).

De todos modos volver al pueblo ya era algo casi imposible antes de la escena del programa de televisión, desde los primeros fines de semana que regresé de casa de Elena. La situación no hacía más que empeorar. Había cambiado demasiado. Mi vida en Amiens estaba inscrita en todo mi cuerpo, la presencia de Elena colonizaba todos mis gestos, todas mis conversaciones.

De la imposibilidad de esos regresos nació un día, inevitablemente, una ruptura. Estaba cenando con Elena, su hermana y sus padres. Era justo después del fin de curso y de los resultados de la selectividad, antes de ir a la universidad. Había velas, flores y estatuillas de bronce decorando la mesa y música clásica de fondo; casi siempre sonaba el *Requiem* de Brahms, la obra favorita del padre de Elena. Esa tarde llegué de casa de mi madre, había tenido que ir al pueblo unos días para trabajar en la panadería y ganar un poco de dinero.

La hermana de Elena nos estaba hablando de sus dibujos cuando Nadya, que pasaba por detrás de mí, me preguntó, ¿Es que fumas, Édouard? Perdona que te lo pregunte pero me he dado cuenta de que tu ropa huele a tabaco. No recuerdo si enrojecí. Era el olor de los cigarrillos de mi madre, el humo de sus cigarrillos había impregnado mi suéter. Le dije a Nadya: No, no, vengo de casa de mi madre y ella fuma mucho (murmullos del *Requiem* de Brahms, sonido de los instrumentos mezclado con nuestras voces). Nadya alzó las cejas: Pero no fumará a tu lado en la misma habitación, ¿no? Contesté que sí, que fumaba treinta cigarrillos al día en la misma habitación

que yo desde que nací, que tú hiciste lo mismo hasta que mi madre te echó, que no recordaba a mis padres sin fumar, y que además mi hermano mayor y mi hermana también fumaban; mi madre no quería que lo hicieran pero tú decías que era cosa suya, que estaban en su derecho. La expresión de la cara de Nadya se transformó. Pasó de la sorpresa a la indignación, al asco, ¿Estás diciendo que has respirado el humo de más de cien cigarrillos al día en un espacio cerrado cuando eras niño? Contesté que sí. Nunca lo había pensado, cuando vivía con mi madre y contigo, era algo natural, uno de los componentes de la atmósfera de la casa, igual que la televisión encendida incluso cuando nadie la veía. Nadya insistió, ¿De verdad? y sentí una oleada de furia. Asentí con la cabeza, había inhalado todo ese humo desde el primer día de mi vida, y la madre de Elena exclamó ¡Qué horror! ¿Sabes que los niños que han crecido en el vientre de una madre fumadora y han estado expuestos al humo durante la infancia tienen muchas más probabilidades de desarrollar cáncer en la edad adulta? ¡Yo nunca les habría hecho eso a mis hijos!

Cambiamos de conversación pero la rabia siguió creciendo dentro de mí durante toda la velada. La semana siguiente, cuando volví al pueblo para trabajar y mi madre encendió un cigarrillo, le pedí que fumase fuera, en el patio trasero. Me miró como si me hubiera vuelto loco y dijo, Pero ¿por quién se toma este idiota? Estoy en mi casa y hago lo que quiero. Y entonces, cuando dijo esa frase, di una patada en el suelo y grité, ¡No! ¡Fumas fuera! Le dije que no tenía derecho a hacer eso. Ella me miraba con sorpresa; no entendía por qué de repente para mí era un problema el hecho de que fumase a mi lado; si yo nunca había dicho nada, si durante dieciséis años esa situación nunca había sido un problema. Yo no podía parar. Le decía que por su culpa a los diez años ya tenía los pulmones

contaminados, es verdad, había leído artículos en internet después de la conversación con Nadya, le decía que era una egoísta, gritaba, le gritaba que era una mala madre, incapaz de criar hijos, y no sólo era eso, también estaba furioso porque me había llamado idiota, ya no estaba acostumbrado a frases así, Nadya nunca les decía cosas así a sus hijas, frases que de niño me parecían normales, desde que conocí a Elena, de un día para otro me parecieron violentas, agresivas, recordaba mi infancia y desde que conocí a Elena sólo veía ruinas y violencia, como si viviera la violencia de mi infancia diez años después de haberla vivido; pero cuando llamé a mi madre mala madre, se enfureció y gritó He sacado adelante a cinco críos, no vas a venir tú a decirme cómo se educan, tengo cinco hijos, todos tienen buena salud y son educados, excepto tú que te tomas por yo qué sé quién; pero yo no la dejaba terminar, no quería dejarla acabar las frases, gritaba: ¡¡¡Cállate!!! Gritaba: Sé lo que vas a decir, cállate, siempre repites las mismas frases, ya no aguanto más, gritaba Es como si sólo supieras diez frases y las repitieras en bucle; la despreciaba, no conseguía controlarme, era demasiado tarde, ya no podía parar, las lágrimas me corrían por las mejillas pero no estaba triste, no eran lágrimas de tristeza sino lágrimas de rabia, le decía, Me voy a morir por tu culpa, mierda, he estado respirando tus cigarrillos durante toda mi infancia, te das cuenta de lo que me has hecho, me has destrozado, has destrozado mi cuerpo, además de no haberme enseñado nunca nada, además de que nunca me has hecho leer un libro ni me has llevado a un museo, sabes que por tu culpa no logro nada en Amiens Por tu culpa soy el único en Amiens que no sabe nada, por tu culpa soy un inútil, y encima me has arruinado la salud, decía las frases más trágicas y más hirientes posibles, pero no pensaba, no decidía decirlas, salían de mi boca sin darme tiempo a pensar, decía De todas formas no eres una madre, no eres una

madre, no mereces ser una madre, ojalá mi madre fuera Nadya y no tú es mucho más inteligente y mejor que tú, por qué eres tú mi madre y no ella por qué tuve que caer en esta familia y entonces fue cuando ella gritó ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Cállate!!!!!!!!!!! Nunca había gritado así, tan fuerte y durante tanto tiempo. Se acercó a mí y empezó a darme puñetazos, no bofetadas sino puñetazos, apretaba los puños cerrados y los lanzaba hacia mí con todas sus fuerzas, con toda su rabia, sin mirar dónde apuntaba, y gritaba Estoy harta de todos vosotros, estoy harta de esta vida de mierda no me vais a soltar nunca no me vais a soltar nunca nunca voy a ser feliz con imbéciles como vosotros y yo gritaba Para, para de pegarme joder, eres una jodida loca y gritaba Te aborrezco, te odio, no quiero que seas mi madre, y lágrimas, gritos, lágrimas, gritos. Al cabo de un rato dejó de golpearme, sin aliento. Yo lloraba, con los brazos delante de la cara para protegerla de los golpes. Ella también lloraba. Me miraba como si fuera un monstruo.

Tras esa pelea comprendí que no podría volver al pueblo los fines de semana.

Me había convertido en otra persona.

Una noche, esa otra persona está tumbada en la cama de Elena, a su lado, y mira al techo en la oscuridad. Piensa en las próximas veces, las que tendrá que volver a la casa de su infancia. En el silencio de la habitación, al lado de Elena dormida, con la respiración de Elena en su cara, piensa: Se acabó. Piensa: Ya no puedo más se acabó no puedo volver esto tiene que acabar.

Intenta no hacer movimientos demasiado bruscos, siente el interior de su cuerpo y la superficie de su piel agitándose como todas esas noches, en su cama, en las que se proyecta en una vida futura, como si su cuerpo no pudiera esperar a ese futuro y quisiera ponerse en movimiento para que llegase lo más rápido posible, como si el movimiento, la fricción de sus células y del oxígeno a su alrededor, pudiera acelerar el tiempo.

Se concentra para no moverse y despertar a Elena y piensa, no consigue dejar de pensar: No puedo volver porque volver es volver a ser el que era no puedo tengo que encontrar una solución lo que sea no puedo seguir se acabó tiene que acabar tiene que terminarse.

Querría no tener que volver a casa de sus padres, o más bien de su madre desde que su padre se fue, no volver a verla. No sólo

por la pelea. Cree que si sigue viendo a su familia no podrá llevar más lejos su transformación. Cuando regresa al pueblo, nota que en contacto con ellos recobra las maneras y las actitudes del pasado, vuelve a ser como era, con mucha más facilidad de lo que le gustaría admitir, y tiene miedo, miedo de pensar que todos sus esfuerzos por cambiar sólo hayan producido un resultado superficial, miedo de decirse que sólo ha aprendido a interpretar un papel, pero que en realidad, en alguna parte bajo su piel, ha seguido siendo el mismo, miedo también a la idea de haber luchado tanto y que, pese a ello, el pasado siga en su vida, miedo de no haberse librado de él por completo.

Durante los siguientes días continúa pensando. Habla con Elena, y es ella quien le propone que intente encontrar trabajo en el Gran Teatro de Amiens, en la Casa de la Cultura. Le dice que allí trabajan muchos estudiantes, que no es un trabajo muy difícil, basta con abrir las puertas del teatro, controlarlas, cortar las entradas del público, y luego sentarse en la sala y velar por que todo transcurra con normalidad durante las representaciones, así que los que hacen ese trabajo también ven los espectáculos, gratis, durante todo el año, por eso los estudiantes quieren trabajar allí, sin cansarse mucho, conservando la energía para sus estudios, y viendo los espectáculos a voluntad. Le dice que con su sueldo podrá alquilar un pequeño estudio y no volver a casa de su familia los fines de semana.

Ese mismo día se pone manos a la obra, escribe un CV, lo imprime, se viste con su mejor camisa, una corbata, se hace el nudo Windsor que Elena le enseñó, luego un suéter de cuadros azules con delgadas líneas blancas, y se dirige a la Casa de la Cultura para entregar el CV que acaba de escribir.

De camino al teatro está cada vez más excitado, ya se ve con una nueva vida, sin volver a ver a su familia, rompiendo todos los lazos con ellos y viviendo en una minúscula buhardilla con Elena. Imagina una vida de artista compartida con ella, las obras de teatro y los conciertos de música clásica a los que podrá asistir gratis gracias a su trabajo, se imagina durmiendo en su minúscula habitación, sin familia, sin más familia que Elena, y sin darse cuenta sonríe. Piensa: Daría cualquier cosa por este trabajo, voy a conseguirlo cueste lo que cueste, una frase tan trivial vista desde fuera y a años de distancia, pero en el momento en que la piensa nada puede darle más fuerzas, nada es tan poderoso, nada impulsa el deseo tanto como esa sucesión de palabras.

Llega al teatro y pregunta en recepción a quién tiene que ver para entregar un CV. La mujer en recepción es fría, apenas lo mira, debe de pensar que es simplemente uno más de los cincuenta o sesenta estudiantes de teatro que llegan allí cada día, y sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador le dice: déjelo aquí yo lo entrego. Después añade: voy a serle sincera no estamos buscando a nadie; se llama Christiane, más adelante, cuando Édouard trabaje aquí con ella, cuando su sueño se haya hecho realidad, se dará cuenta de que no es una mujer fría y dura sino al contrario, una persona dulce, divertida, generosa, pero de momento no lo sabe, de momento no sabe nada de ella.

Édouard tiene ganas de gritar y decirle que no es como los demás, de prometerle que no se parece en nada al centenar de estudiantes que va a ver ese día, de contarle el viaje; el viaje social que ya ha hecho para estar ahí, delante de ella, sus batallas, sus esfuerzos, decirle que su mera presencia allí ese día es el resultado de una lucha encarnizada, y mientras piensa todo esto y la mujer sigue mirando la pantalla del ordenador,

otra mujer aparece por una puerta detrás de la recepción, una mujer bajita, rubia, delgada, con el pelo corto y tal naturalidad al moverse que Édouard tiene la impresión de que su propio cuerpo está encorvado.

La mujer de la recepción le dice a la otra: Ah, Babeth, eres tú.

Se besan como si él no estuviera allí, cuando Babeth hace un gesto, la rodea un perfume suave y ligeramente dulzón.

La mujer de recepción coge el CV que Édouard acaba de darle y le dice a Babeth, Toma, es para ti este chico acaba de entregarlo. Babeth se vuelve hacia Édouard como si no hubiera advertido su presencia hasta ese instante, lo mira y él intenta mantenerse erguido, porque se sigue sintiendo encorvado ante la desenvoltura de la mujer que tiene delante y la delicadeza de sus modales, como si la postura de un cuerpo no fuera algo en sí mismo sino una relación con otras posturas, como si la posición de un cuerpo no la definiera el cuerpo mismo sino la relación con otros cuerpos, intenta enderezarse y Babeth le sonríe, le pregunta Así que quiere formar parte de la casa. Él querría gritar Sí, por piedad, contráteme, no soy como los demás; querría decirle que ella es su única esperanza, que si no lo contrata, este rechazo puede ser el principio de su caída y que todo lo que ha hecho hasta entonces no habrá servido de nada, que tendrá que volver al pueblo y tal vez trabajar en la fábrica como su padre y su abuelo y su bisabuelo antes que él, nunca se sabe, estas cosas pasan, lo sabe, la caída siempre empieza en alguna parte, quizá sin este trabajo tenga que ser camarero en un bar y la dureza y las dificultades de ese trabajo lo cansen demasiado y por culpa del cansancio no pueda obtener la licenciatura y tenga que regresar al pueblo y entrar a trabajar en la fábrica como la mayoría de los hombres, o intentar sobrevivir con pequeños trabajos porque la fábrica está

casi cerrada, o trabajar de cajero en el supermercado como su prima, esas cosas no son raras, ocurren, lo sabe, es una posibilidad, los pensamientos se encadenan en su mente, tiene miedo de esa caída progresiva, el riesgo existe. Se conforma con sonreír y contestar: Sí, me gusta el teatro más que nada en el mundo, daría lo que fuera por trabajar aquí.

No sabe si es por la frase o por su mirada, o quizá su tono, o puede que ella lea la mente y haya oído todas las frases que acaban de bramar dentro de él, pero le dice, Venga conmigo, vamos a hablar en mi despacho.

Querría gritar de alegría en el inmenso vestíbulo del teatro, querría mirar a la mujer de la recepción, la que ha sido tan fría de entrada y que más tarde será amiga suya, y ese día decirle: Toma, se siente alto mientras cruza el vestíbulo detrás de Babeth, del sonido de sus tacones en el suelo de piedra lisa, pero se controla, piensa: esto no ha terminado, el examen no ha acabado todavía, ni siquiera ha empezado, le gustaría decirle a Babeth lo elegante que es, decirle que es hermosa, majestuosa, querría halagarla para caerle bien y que le dé el trabajo (Elena siempre se burlaba de su obsesión por caer bien, de su obsesión por los demás, le decía que era un eterno adulador, no entendía que quería gustar porque quería sobrevivir, que quería gustar por miedo al fracaso).

¿Por qué fue Babeth tan simpática la primera vez, por qué lo llevó a su despacho cuando recibía docenas de CV como el suyo todos los días? Quizá lo había visto venir al teatro con el liceo, quizá lo conocía de vista pero eso no es explicación suficiente.

¿Por qué decidió protegerlo y por qué, durante los años que siguieron, cuando ya trabajaba en el teatro, lo trató casi como a un hijo, interesándose por todo, por toda su vida, sus estudios,

su salud, su felicidad, animándolo siempre a ir más lejos, a hacer más, animándolo a *ser alguien*, como ella decía, considerándolo siempre distinto a los demás, disculpando todos sus retrasos en el trabajo, todos sus pasos en falso, aunque era de una severidad y exigencia a veces excesiva con todos los demás? ¿Es que había leído en su cara toda su historia personal?

En el despacho le ofrece una taza de café. Se sienta con las piernas cruzadas, el busto levemente erguido, un cuerpo que, una vez más, por contraste, encorva el cuerpo de Édouard y dice: Entonces, ¿le encanta el teatro?

Contesta que sí. Dice que ha estudiado teatro en el liceo, que dedica al teatro nueve o diez horas por semana y que quiere ser actor, dice que no quiere aburrirla con su vida pero que para él el teatro es más que un arte, ha sido un instrumento para reinventar su vida, porque gracias al teatro ha sido el primero en su familia en ir al liceo y porque gracias al teatro ha aprendido que se pueden interpretar papeles, es decir, distanciarse de la propia vida, la vida impuesta, el pasado, la historia familiar; el teatro le ha hecho comprender que si quería ser otra cosa u otra persona, qué más da, tenía que interpretarla hasta convertirse en ella, ha comprendido que lo único que existe son papeles. Ella lo mira, impresionada, en silencio. Él oye su respiración, muy leve. Se pregunta si su declaración no habrá sido ridícula, demasiado solemne, quizá ha hablado de más, quizá ha ido demasiado lejos. El corazón le late deprisa en el pecho, llega incluso a temer que ella lo oiga, intenta corregirse, dice: Perdón, quizá lo que estoy diciendo es estúpido.

Ella inspira con delicadeza por la nariz, sonríe y dice No, en

absoluto, por qué iba a ser estúpido, no veo qué hay de estúpido en ser apasionado. Lo estúpido es no serlo. Él no consigue interpretar las señales, no sabe si le dice eso por cortesía, por compasión hacia ese chico perdido o si lo piensa de verdad. Pero la sonrisa en su rostro le tranquiliza, no es una sonrisa normal, no es una sonrisa de cortesía o de burla, es una sonrisa que abraza, eso es lo que se dice a sí mismo, la sonrisa de Babeth se parece menos a una sonrisa que a la acción de un cuerpo que abraza a otro.

De repente, con aire un poco más severo, como si empezara a interpretar un papel a su vez, le pregunta: ¿Es usted un joven serio? Soy intransigente, no dudo en despedir a quien no hace bien su trabajo, tengo responsabilidades en esta casa; dice No estoy aquí para hacer amigos, estoy aquí para que esta gran casa conserve su prestigio, pero lo curioso es que su cara la contradice, la traiciona, le advierte que no es una amiga pero su cara es la de una amiga, con sus gestos, sus matices.

Contesta que ya ha trabajado en colonias de verano, que trabajó a menudo en la panadería del pueblo donde creció, sólo tiene diecisiete años pero ya ha trabajado mucho; le gustaría añadir: Se lo juro. Ha empezado a decirlo cuando un hombre entra en el despacho, con el cuerpo extrañamente animado por los mismos movimientos que el de Babeth, como si lo que les hubiera dado un cuerpo fuera la función que desempeñan en el teatro, y mientras se acerca con una carpeta azul pálido en la mano, ella dice: Ah, Christophe, te presento a Édouard, va a trabajar con nosotros en el teatro.

*

Lo citan el lunes siguiente en la Casa de la Cultura de Amiens

para firmar el contrato. De camino al teatro, piensa que esa firma es una ruptura más en su vida. Va a trabajar en un teatro, a nadie en su familia se le habría ocurrido la idea, ni habría tenido la posibilidad de hacerlo. En su despacho, Babet le tiende el contrato que tiene que firmar, página por página. Y le enseña el pantalón de traje y la camisa de color violeta que acaba de comprar en una tienda del centro, Burton, y que tendrá que llevar, todavía envueltos en una fina capa de plástico, después lo acompaña a una pequeña sala disimulada detrás de la recepción. Las paredes de este espacio angosto y sin ventanas están cubiertas de taquillas para los acomodadores; el nombre de su nuevo puesto. Señala con el dedo la taquilla que le han asignado y dice que le van a pegar una etiqueta; y después, tras uno o dos segundos de silencio, se aclara la garganta: ¿Quieres que ponga Eddy o Édouard? Cuando nos conocimos me diste el nombre de Édouard pero me he fijado en que en los documentos de identidad que me has enviado está escrito Eddy. Y sin dejarle contestar añade, Es como tú quieras, podemos poner el nombre que tú quieras, aquí todo el mundo es libre.

Siente el impulso de abrazarla (ahora me doy cuenta de que escribir mi historia es escribir la historia de las mujeres que me salvaron, Pascale Boulnois, Stéphanie Morel, Aude Detrez, Martine Coquet, Elena, Babeth; que mi historia es la historia de su voluntad, de su generosidad).

Casi en un susurro, dice, Prefiero Édouard si es posible pero añade enseguida que por supuesto si es demasiado complicado porque no es el nombre que aparece en sus papeles y su contrato, puede poner Eddy, lo entendería, no hay ningún problema, es consciente de los impedimentos administrativos, se disculpa por su respuesta, como si pidiera perdón por su metamorfosis, y como siempre Babeth sonríe antes de reprenderle Estás sordo o qué, acabo de decirte que tú decides.

Por mi parte, creo que Édouard te va mucho mejor, encaja mucho mejor con la delicadeza de tu cara.

A partir de entonces, cruza la ciudad tres o cuatro veces por semana para trabajar en el teatro. Allí conoce a Léa, Satine, Lucas, Alexandre, Cécile, todos ellos artistas en ciernes o estudiantes que trabajan allí para pagarse los estudios. Para él, son espejos de su transformación, rebosa de orgullo por estar rodeado de artistas y de gente que cuando tiene tiempo libre va al teatro, a conciertos, gente que lee ensayos y novelas; en el proceso del cambio quienes nos rodean son tan importantes como la persona en la que nos convertimos y compara a sus compañeros del teatro con los amigos de su padre, con la gente que iba a casa de sus padres cuando él era niño, por la tarde, la gente con la que él veía la televisión bebiendo vasos de pastís.

Cuando llega al teatro entra en el cuarto de las taquillas, detrás de recepción, y ve las siete letras de su nuevo nombre destacarse en la etiqueta que Élisabeth ha imprimido.

Édouard ya no es un nombre por el que Elena lo llama y que él pronuncia, ya no es sólo un sonido en la voz de Nadya, de Elena, de la suya propia; ahora está inscrito en el mundo objetivo, en ese trozo de cartón pegado a su taquilla, se puede coger, se puede tocar. Se dice a sí mismo que un sonido no es una prueba, pero un escrito, sí. Ahí está su metamorfosis, visible para toda la humanidad.

Un recuerdo: el liceo nos llevó de excursión al mar. Estaba con Elena. Imágenes del norte, todo era gris y hacía frío, llovía sobre el mar, incluso la arena era gris. Caminaba alejado del grupo con Elena. Ella propuso, ¿Nos bañamos? Y corrí a su lado hasta el mar, mi cuerpo junto al suyo, mi mano en su mano, riendo. Ella se zambulló y yo con ella, los dos completamente vestidos, el agua estaba helada. Ni siquiera en el agua solté su mano.

A la vuelta, cuando los adultos que nos acompañaban vieron nuestra ropa empapada de agua salada y gélida se quedaron tan atónitos que ni siquiera se les ocurrió castigarnos.

Ahora tenía que encontrar el apartamento.

Empecé a buscar pero todos eran demasiado caros, el sueldo de la Casa de la Cultura no bastaba, había que compartir; me crucé con Cynthia casi por casualidad durante uno de los últimos fines de semana en el pueblo y me dijo que tenía un proyecto, que se iba a mudar a Amiens. Tenía la misma edad que yo, y era la única otra persona del pueblo que iba a empezar estudios superiores (los dejaría pocos meses después de empezar, como si la maldición que pesaba sobre el pueblo siempre acabase recayendo en quienes intentaban huir).

Ella necesitaba un apartamento cerca de la universidad. Así que le propuse que se mudara conmigo, y aceptó; busqué en los sitios web de anuncios de alquiler y encontré uno con un dormitorio grande que daba al boulevard Carnot, entre el teatro donde yo trabajaba y la Facultad de Derecho donde Cynthia iba a estudiar.

Le dije que podía quedarse con el dormitorio y que yo dormiría en el salón, llamé a los propietarios y accedieron a alquilarnos el apartamento, no quería esperar ni un día más. Los dueños me dijeron que tenían que pintar las paredes antes de darnos las llaves y contesté que yo lo haría, a cambio de que nos pudiésemos mudar de inmediato, de no esperar ni un día más (no sabía pintar paredes y fue un desastre).

Tenía prisa. Soñaba con vivir con Elena en ese apartamento, con las películas que podríamos ver juntos, con nuestras conversaciones. Sobre todo, soñaba con poner en práctica en

mi casa la nueva estética de vida que había aprendido en casa de Elena, con su familia: vino en la cena, entrantes antes del primer plato, música clásica (compré grabaciones de los *Requiem* de Brahms y de Mozart). Tenía prisa por vivir esas experiencias no ya sólo como invitado, quería que también fuesen mi vida, mi día a día, incluso estando solo, no sé por qué pero era algo importante, que marcaba una diferencia cuando lo pensaba.

Cynthia dejó que me encargase de todo, llamé otra vez a los dueños y apenas una semana después me mudé. Había comprado un sofá, una mesa y dos sillas pequeñas.

*

De ese momento guardo el recuerdo de una libertad ilimitada. Invitaba a mis nuevos amigos de la universidad a mi casa, a mis amigos del liceo, Julie, Étienne. Cuando salía de copas con ellos los fines de semana y alguien me preguntaba qué hacía en la vida, contestaba «Soy estudiante en la Facultad de Historia» y la frase me producía una euforia ingenua, cuando la pronunciaba me desdoblaba en dos, salía de mi propio cuerpo y me oía hablar, jamás pensé que un día llegaría a pronunciar esas palabras.

En realidad, Cynthia nunca estuvo en casa durante el año que compartimos apartamento. Lo tenía para mí solo. Ella suspendía los exámenes y la vida en la ciudad le parecía demasiado difícil, llevaba el pueblo en todo su ser y eso le impedía disfrutar viviendo en otro sitio. Después de clase, por las tardes, volvía en coche a casa de su padre, no la veía nunca.

Tenía el apartamento para Elena y para mí y realmente empezó una nueva vida.

Elena buscaba películas de directores que yo no conocía para verlas conmigo en la pantalla del ordenador, Werner Herzog, Orson Welles, Jane Campion, Pedro Almodóvar; venía a recogerme por las tardes para ir al cine o al teatro. Me regalaba libros que yo apilaba en el suelo del apartamento a falta de dinero para comprar un mueble, estaba orgulloso de mi pobreza, era un intelectual, un bohemio.

Por las mañanas, al despertar, miraba a mi alrededor y me decía a mí mismo que le había ganado la batalla a mi infancia, que había superado los golpes, los insultos, la humillación. Miraba el apartamento y pensaba: He ganado.

Sólo quedaba una cosa, algo en lo que había pensado todos los días durante los cuatro años pasados en Amiens. Había huido del pueblo, sobre todo, por un motivo, mi deseo, y el odio que el pueblo sentía hacia él. La atracción hacia los otros chicos y los hombres siempre había estado clara para mí. Por mucho que intentase mentirme o mentirte nunca había tenido dudas, cada vez que me mentía a mí mismo sobre lo que mi cuerpo me pedía sabía que me estaba mintiendo. A los tres o cuatro años, mis primeros recuerdos, imágenes breves, la memoria de sensaciones, me habían asaltado violentas arremetidas de deseo mirando a los niños en el patio del colegio, con clara conciencia del hecho de que eso ya me separaba de mi familia, que convertía mis relaciones con vosotros en algo imposible y falseado. Querría haber sentido su piel contra la mía, la de los niños del colegio, la calidez de sus manos en mi cara. Al crecer había deseado en silencio a los hombres que veía alrededor, los que cortaban leña en el jardín para el invierno, con los músculos tensos mientras usaban la sierra eléctrica o llevaban los leños, de dos en dos, hasta el cobertizo donde los apilaban, los hombres que iba a ver en los partidos de fútbol todos los domingos, Miraba los muslos y la forma del sexo bajo la tela de los pantalones cortos cuando los hombres corrían y se desplazaban por el campo y me habría gustado que me apretaran la cara contra sus muslos.

¿Se les puede pasar por la cabeza a los padres que imágenes así pueblen el imaginario de sus hijos? ¿Podrías haber imaginado la tormenta interior tras mi máscara infantil?

Cuando veía a los hombres reunidos en el café, a menudo

camioneros, porque era uno de los pocos trabajos disponibles en el pueblo tras el cierre de las fábricas, y alguno de ellos me dejaba subir a su camión, sentía su respiración desde el asiento de al lado y rezaba para que se detuviera en un camino aislado entre los bosques y los estanques y me pidiera que acariciase su cuerpo. Un hombre hizo eso con mi hermana. La llevó a dar un paseo en camión y le pidió que le tocara el sexo a través del tejido de los vaqueros y yo soñaba con esa escena varias veces cada día. No entendía por qué mi hermana había tenido la oportunidad de vivir ese momento y yo no. Ella volvió llorando. Le contó lo ocurrido a mi hermano, que le dijo que ese hombre iba a pagar por lo que le había hecho, y yo no entendía nada mientras la oía llorar, despreciaba su ingratitud, no comprendía cómo era posible que la escena que yo más ansiaba y que definía mis fantasías y mi obsesión la entristeciera, cuando yo habría dado cualquier cosa por estar en su lugar.

El secreto emponzoñó toda mi infancia.

Por mucho que explotara de deseo, la vergüenza hacía que odiase todo lo que pudiera recordarme lo que era. Tenía miedo de mí mismo. Una tarde el liceo nos llevó a ver una obra de teatro en la Casa de la Cultura. La obra se llamaba *Angels in America*. Nunca había oído hablar de ella. Gérard, que nos daba clases de teatro, nos dijo que era un texto que hablaba de la homosexualidad y como cada vez que oía esa palabra desde que nací, el corazón me empezó a latir más deprisa en el pecho. Miré a mi alrededor, con la esperanza de que los demás no se dieran cuenta de la tensión de mi cuerpo, siempre tenía la misma sensación, cada vez que alguien pronunciaba la palabra homosexualidad se me aceleraba el pulso, porque estaba seguro

de que bastaba con que la palabra saliera de la boca de alguien para que todo el mundo entendiese que estaba vinculada conmigo. Había aprendido a cambiar de tema con gran habilidad, si alguien hablaba de homosexualidad yo siempre daba con un tema urgente para desviar la atención, ¿Os habéis enterado del atentado en Norteamérica?, ¿sabéis quién ha muerto?, ¿qué hacemos esta noche? (y el rubor en las mejillas, en la cara).

En la sala del teatro me senté junto a Elena y empezó la función. Desde los primeros minutos, los hombres se besaban, se desnudaban, hacían el amor unos con otros; nunca había visto una representación tan directa de la homosexualidad, nunca tan explícita, es decir, nunca había visto una representación tan explícita de mi propio deseo, de mi secreto; y, creo poder decirlo, de todo mi ser. Me levanté en mitad de la función y dije, *No quiero ver esta mariconada, me da asco*. Elena se sorprendió y otras chicas que estaban con nosotros me dijeron, cuando salieron del teatro, que era un idiota, un homófobo. Sus insultos me tranquilizaron. Lo que aquellas chicas, Chloé, Sophie, e incluso Elena, no sabían, es que cuando salí de la sala del teatro, lloré, lloré por lo que había visto, lloré por odio a mí mismo. Lloré porque sabía que me habría gustado, más que cualquier otra cosa, ver aquella obra de teatro, hasta el final.

No sé lo que lo desencadenó, si fue una escena, una imagen o una aparición, pero una noche que Cynthia se había ido a casa de su padre y yo estaba solo en el apartamento, decidí conectarme a internet para hacer lo que siempre había querido y soñado hacer; quería intentar conocer a alguien, a un hombre. Había esperado demasiado, mentido demasiado, y esa noche me prometí que eso se había acabado, me levanté del

sofá con los ecos de mi decisión en todo el cuerpo; pensé: *eres gay*, la frase me latía dentro del cráneo; la palabra gay me parecía tan ajena, tan violenta, casi grotesca por su sonoridad y su sencillez, era imposible que abarcase toda la complejidad de lo que había sentido desde que nací, el deseo, el miedo, la esperanza, la vergüenza, el secreto; me hacía daño y a la vez me fascinaba, llevaba semanas repitiéndola miles de veces para mis adentros, gay, gay, gay, gay, como si a fuerza de repetirla pudiese descubrir algo de mí, la repetía, y el dolor aumentaba; no hablo de un dolor abstracto como cuando la gente dice «palabras que duelen», sino de un dolor real, dolor de huesos y de todas las articulaciones en tensión, me temblaba todo el cuerpo, tenía frío: di unos pasos hasta la pantalla de mi ordenador y juro que fueron los más difíciles de mi vida; mis piernas se resistían, se petrificaban, mi cuerpo se rebelaba contra mi decisión. Quería andar pero los músculos no me obedecían, querían impedírmelo. Me senté al ordenador, lo encendí, intenté recobrar el aliento y escribí en el motor de búsqueda «Cita con hombre gay», lo recuerdo, fueron exactamente esas palabras. Miraba a mi alrededor por el salón, como si alguien pudiera haberme visto, sentía la humedad en los dedos, en la frente, y el frío en el cuerpo, los temblores. Fuera era primavera pero el frío venía de mí, del interior de mi caja torácica. ¿Cómo es que había sido tan difícil escribir cuatro palabras tan simples?, ¿por qué me habían hecho falta diecisiete años para atreverme a hacer algo tan corriente, tan trivial, como escribir esas palabras en un teclado? No lograba presionar la tecla «Intro» para empezar la búsqueda, ya no podía respirar, me iba a morir, allí, en aquel salón, me iba a morir, quería morirme, morir me daba miedo, me asfixiaba. Hice una inspiración larga, profunda, y seguí adelante. Dejé pasar dos o tres segundos, pensé, Cuenta hasta diez, y lancé la búsqueda. Aparecieron docenas de páginas, foros de discusión

y de citas, no sabía cuál elegir; abrí un enlace al azar. Había que registrarse, dar una dirección de correo electrónico y crear un seudónimo para poder hablar con otros hombres. Abrí otra ventana para crear una nueva dirección de correo electrónico, distinta a la que utilizaba todo el tiempo para comunicarme con Elena o con la Casa de la Cultura, no podía correr el riesgo de abrir mis correos delante de la gente que conocía en Amiens ni de recibir mensajes de aquel sitio web; tenía miedo, era el miedo lo que generaba el frío, hasta esa noche no supe que los sentimientos tienen sus propias temperaturas. Volví a la página del foro y creé un perfil. No puse mi verdadero nombre. Escribí unas líneas para describirme, algo como Romain, 17 años, busca primera cita con un hombre, y no daba crédito a haber escrito unas palabras tan valientes. Quería dar marcha atrás, apagar el ordenador y seguir viviendo como antes, *no lo necesitas, has vivido todos estos años con el secreto*, lo sabía, era consciente de que si me encontraba con un hombre toda mi vida iba a cambiar; pero seguí frente a la pantalla. En pocos segundos recibí docenas de mensajes, la mayoría me preguntaba qué tal me iba, los demás me enviaban fotos de su sexo.

Contesté a algunos mensajes pero tuve que parar; de repente se me contrajo el estómago; algo se movía dentro de mí; me sentía sucio por lo que estaba haciendo, todo mi pasado despertaba, todos los insultos en el colegio, las frases del pueblo contra la homosexualidad, todo eso que llevaba grabado muy dentro y que ahora intentaba detenerme, el yo de mi deseo y el yo de mi pasado se enfrentaban en mi cuerpo, me sentía la cosa más asquerosa del mundo, marica, maricón, loca, invertido, sarasa, lo peor del mundo, la metáfora de todas las suciedades y de todas las deshonras.

Me levanté, corrí al baño y vomité. Mi cuerpo implosionaba. Vomité agachado en el suelo, con la cara inclinada sobre la

taza del inodoro, me dolían todos los músculos, de mi boca ya no escapaba la respiración sino un estertor, me arrastraba por el suelo, era un animal agarrado a la taza, con la cara encima del agua pegajosa y del hedor.

Sufría, pero era demasiado tarde, ya no podía parar. Me enjuagué la boca, volví al ordenador y, con manos temblorosas, seguí escribiendo a desconocidos.

Hablé con uno un poco más que con los otros. Se llamaba Pierre. Parecía más delicado, más paciente que los demás. Temblaba pero le contestaba. Le dije que mi verdadero nombre no era Romain sino Eddy; no me atreví a decir Édouard, todavía no me sentía lo bastante legal como para llevar el nombre de mi elección fuera de mi círculo de amigos íntimos. Hablé con él hasta la madrugada y me propuso que nos viésemos la semana siguiente.

Acepté.

Mi vida entera se tambaleaba.

Conocí a Pierre. Vino a verme al apartamento del boulevard Carnot e hicimos el amor. Recuerdo cada detalle, el sol fuera, la ventana abierta y el soplo de aire tibio que entraba en el apartamento, su aparición cuando aparcó el coche, el ruido seco y brutal de la portezuela. Cuando entró en casa y lo besé, pensé: *Estoy besando a un hombre*, la frase resonaba mientras mis labios rozaban los suyos. Cada fragmento de Pierre era un sinónimo de la palabra Libertad, Libertad conquistada contra ti, contra toda mi vida, Libertad esa barba en su cara, Libertad los músculos bajo el tejido de su camiseta, Libertad el vello de sus brazos, Libertad su sexo que se tensaba bajo los vaqueros, Libertad contra lo que el mundo había querido hacer de mí.

No creo que fuera normal, no lo sé, pero cuando se tendió sobre mí, desnudo, pensé en ti (al decirte esto te digo lo indecible). Tener a un hombre desnudo contra mi cuerpo, su sexo apretado contra mi piel, era transgredir lo que tú considerabas la infamia total y absoluta. Hacer lo que yo estaba haciendo era adentrarme en una realidad radicalmente opuesta a la clase social de mi infancia, al pueblo; era romper para siempre con el entorno que había compartido contigo, con su odio y su asco por la mera hipótesis de la existencia de una imagen como aquélla. Hacer el amor con un hombre, dejar que me penetrase, o aprender a hablar sin acento del norte e ir al cine, eran resultados de una misma voluntad, de un mismo proceso, el de huir lejos del pasado.

Al hacer el amor con un hombre, rechazaba todos los valores

de mi entorno, me convertía en burgués.

*

Había escrito en una hoja de papel: El deseo me abre las puertas del mundo. Pierre pasó la noche conmigo, y nos vimos más veces. Cuando no podía desplazarse, yo cogía el tren hasta la pequeña ciudad del extrarradio parisino donde él vivía. A través de él descubrí otra vida más, con sus amigos, sus compañeros de trabajo a los que invitaba a cenar con nosotros, gente a quienes la cercanía a París convertía en personas diferentes de la gente que conocía en Amiens. Todo estaba en los detalles más ínfimos, su manera de vestirse, sus referencias, lo que comían, matices y hechos minúsculos, es increíble hasta qué punto el mundo puede refugiarse en las cosas más pequeñas, el hecho de que bebían agua con gas en vez de agua natural durante la cena, por ejemplo, sus conversaciones sobre política en un tono más personal, como si vivieran cerca de los hombres y mujeres que formaban parte de ella, mientras que en Amiens, el mundo del poder político era algo lejano, inaccesible; también había algo así como una ligera arrogancia, la certidumbre de su lugar en el mundo. Tenía la impresión de que las circunstancias geográficas de los amigos de Pierre, el hecho de que también vivieran cerca de la capital, influía directamente en su comportamiento y en todo su ser (es una impresión que se confirmó más adelante, cuando fui a París y vi hasta qué punto la gente era diferente, ya no por la cercanía a la capital sino por la presencia y la inmersión dentro de ella, en su corazón, como si bastara con colocar un cuerpo en un marco geográfico distinto para transformarlo por completo, como si los cuerpos fueran sobre todo, o al menos en parte, cuerpos geográficos).

No decía nada de mi otra vida, ni a Elena ni a nadie. Llevaba una doble vida: una que se articulaba en torno al lenguaje en mis conversaciones cotidianas, y otra, silenciosa, secreta, interior. Cuando hablaba con mis amigos en Amiens, o con mis compañeros de trabajo, Lucas, Satine, pensaba en mi otra vida, en mis viajes secretos al extrarradio de París y me sentía más vivo que ellos, mi vida secreta sumada a mi vida visible hacía mi existencia más profunda y más densa.

La relación con Pierre no podía durar. Había perdido demasiados años en materia de deseo y quería conocer a otros hombres. Me conectaba a internet como había hecho para conocer a Pierre. Acababan de abrir un gran hotel en el centro de Amiens, frente a la catedral, y había muchos hombres en los sitios de citas. Me proponían que nos viéramos en su habitación; iba al hotel varias veces por semana, de noche, para no encontrarme con nadie conocido. Cruzaba el vestíbulo del hotel, me dirigía directamente a los ascensores, como si fuera un cliente, intentaba caminar hacia ellos —los ascensores — con paso seguro y suficiente arrogancia en la cara para que el recepcionista de noche no me hiciera preguntas, para que pensara que interrogar a alguien tan distinguido como yo habría estado fuera de lugar, más allá de los límites de la cortesía. Controlaba mis piernas y la altura del mentón, y subía al piso correspondiente para ver al hombre con el que acababa de hablar en línea. (*No consigo poner juntas las imágenes de mis años en el pueblo y las de mis noches en el hotel, es como si la biografía de un ser fuera imposible, como si la historia de mi vida no fuese la de una persona a lo largo del tiempo sino una sucesión de personajes que no tienen nada que ver entre sí, que ni siquiera comparten el Nombre*). En el hotel había hombres llegados de los Alemania, de los Países Bajos, de Reino Unido, volvían de

viajes a Asia o a Estados Unidos. Me hablaban de su vida cuando, después de hacer el amor, en la habitación oscura, apoyaba la cabeza en su pecho para descansar, con el cuerpo tibio y húmedo.

Yo los escuchaba y era como si en contacto con ellos accediera a un nuevo grado de realidad, al escucharlos y hacer el amor con ellos continuaba mi huida, llegaba aún más lejos en mi exploración del mundo; el niño que fui nunca podría haber imaginado que un día se vería con desconocidos por las noches y que cada noche le describirían sus vidas en otros países, cada noche, o casi, otro hombre me descubría un paisaje nuevo; el filósofo Gilles Deleuze escribió en alguna parte que durante un encuentro no nos enamoramos de una persona sino de un paisaje, con su propio decorado, su geografía, sus particularidades y yo todas las noches descubría un paisaje más.

Se lo conté todo a Elena. No podía seguir mintiéndole. Me senté al ordenador y le escribí un largo mensaje describiéndolo todo, el deseo reprimido desde la infancia, las falsas relaciones con las chicas del liceo para protegerme de las sospechas, la historia con Pierre. Mientras le escribía tenía miedo. Me contestó que eso no cambiaba nada, que me quería; o más bien, no dijo que eso no cambiaba nada, como la gente suele hacer con torpeza, como otros amigos hicieron más tarde cuando les hice el mismo anuncio; al contrario, Elena me hizo preguntas, quiso entender lo que el secreto había sido para mí, quiso entender el silencio, el sufrimiento, la vergüenza. Me dio ánimos. Empezó a llevarme al cine a ver películas que trataban la homosexualidad, a hablarme de autores que habían escrito sobre hombres que deseaban a otros hombres; y yo, que no leía nunca, devoré en una noche *La muerte en Venecia*, en el cuarto de invitados al lado del cuarto de Elena, temblando, trastornado al entender que existía toda una historia de la literatura dedicada a los deseos, a la belleza, al sufrimiento y a las vidas de personas semejantes a mí.

Elena venía a cenar a mi casa, escuchaba con ella los discos de Ella Fitzgerald o de Debussy. Por las tardes paseábamos juntos, recuerdo que estuvimos un día entero en una tienda de lujo donde ella se probó sombreros y yo corbatas y chalinas. Tomaba té con ella en un salón elegante casi completamente silencioso, donde una mujer nos ofrecía docenas de tés diferentes; preparaba con ella los exámenes de la facultad. Me dijo que no debía tener miedo de ir al bar gay de la ciudad, el

Red & White, y le hice caso, fui. Allí conocí a alguien, Nicolas, tenía dinero, me llevaba a la ópera en París, tenía cuadros colgados en las paredes del salón, hacía que me sintiera *otro*. Cuando no quería quedarme en el apartamento del boulevard Carnot porque estaba allí Anaïs, vivía en casa de Nicolas o en casa de Alice, una amiga del liceo con una casa enorme detrás de la catedral. Su padre era un prestigioso médico, ellos también transformaban la atmósfera de mi vida, Alice organizaba proyecciones de películas de Antonioni en su jardín, estudiaba teatro, fabricaba joyas. Yo estaba muy lejos de mi pasado. El trabajo en la Casa de la Cultura iba bien, me sentía apreciado. Asistía a las clases de la universidad, mis notas eran bastante buenas, ya casi no veía a mi madre, a mis hermanos, y tampoco a ti, no pensaba en vosotros, no os echaba de menos. Pasaba los días o las veladas con Elena, a veces con otros amigos, Julie, Étienne, Alice, hablábamos de las películas de Alfred Hitchcock, de Pedro Almodóvar, admirábamos y comentábamos fotos de Nan Goldin o de Robert Doisneau en la pantalla de mi ordenador, interpretaba con ellos escenas de Shakespeare o de Lagarce en el salón de mi apartamento. Lo que intento decirte es que formaba parte por entero de la vida en Amiens, aún más y de forma más obvia desde que no le ocultaba nada a Elena. Y fue justo en ese momento, en el que me sentía completamente integrado, cuando conocí a Didier, y quise volver a empezar de cero y huir de nuevo.

II
Didier

(ruptura)

Impacto

¿Cómo iba yo a adivinar que un día Amiens se convertiría en lo que el pueblo había sido unos años antes, el lugar del que tenía que escapar? ¿Que un día comprendería que vivir allí, en Amiens, era seguir siendo prisionero de mi infancia, y que si quería desquitarme con mi pasado iba a tener que huir de aquella ciudad de la misma forma que había huido del pueblo?

Todo empezó como tantos otros días; Elena me pidió que la acompañase a la universidad para asistir a la conferencia de un filósofo sobre su último libro. No era la primera vez que iba con ella a una conferencia, y las raras veces que hablaba todavía con mi madre por teléfono y ella me preguntaba qué había hecho durante la semana le contestaba *He ido a una conferencia*. Esa respuesta despertaba en mí un sentimiento de orgullo y de superioridad que ahora me revuelve el estómago, porque ella no sabía lo que es una conferencia y yo veía en ese desfase entre ambos un signo de alejamiento y de éxito. Elena me había dicho que esta conferencia no sería como las demás, porque el filósofo que la daba había escrito un libro sobre su propia historia, un libro titulado *Regreso a Reims*. En ese libro contaba que había nacido en el seno de una familia de las clases populares del norte de Francia; más tarde se había convertido en un autor e intelectual reconocido en el mundo entero, y utilizaba su propia vida y su propia trayectoria, su paso de un extremo al otro del mundo, como materia para reflexionar sobre la pobreza, la dominación y la violencia de clase, su libro no se parecía a ninguna otra obra intelectual. Elena me explicaba todo eso con una sonrisa benévola.

Me senté junto a ella[4] en primera fila para escuchar al filósofo. Tenía en la mano su libro, que había comprado por la tarde con la esperanza de que me lo firmara. Miraba a Elena, su pelo negro, su sonrisa. Esa tarde, en aquella sala abarrotada, calurosa y húmeda por la cantidad de gente que había acudido a la conferencia, ella era la única persona que sabía que yo no sólo estaba allí para oír hablar de la pobreza y de la transformación de uno mismo, sino también de la homosexualidad; Elena me había dicho que la homosexualidad era lo que había empujado al filósofo a trasladarse a París, a integrarse en el mundo intelectual, a reinventarse a sí mismo, que su sexualidad había sido la palanca de su libertad, que eso era lo que contaba en su libro.

El filósofo empezó a hablar. A mi alrededor, la gente sacaba el bolígrafo y anotaba lo que decía; yo estaba fascinado por la importancia que tenían sus palabras para los asistentes. Habló de cómo su homosexualidad lo alejó desde la primera infancia de su familia y del mundo que lo rodeaba (*y me digo para mis adentros: igual que tú*). Dijo que tuvo que huir, y que, en un mundo inmóvil, el movimiento le permitió ver la realidad de otra manera (*y pienso: igual que tú*). Describió sus primeras experiencias homosexuales, los hombres con quienes se citaba en secreto, por la noche, detrás de la catedral de su ciudad natal, y sobre todo la relación con el mundo y el modo de ver el mundo que inventó poco a poco, a partir de su homosexualidad. Citó nombres que yo no había oído nunca, Oscar Wilde, Violette Leduc, Jean Genet, Monique Wittig. Yo estaba en primera fila, y escuchaba.

Sentía que algo despertaba dentro de mí, pero todavía no sabía lo que estaba ocurriendo.

El filósofo siguió hablando. Describió la imposibilidad de hablar con su familia a causa de su transformación y de su alejamiento. Contó cómo a los veinte años se trasladó a París, la capital, la gran ciudad donde todo parecía posible, para estudiar Filosofía y vivir con más libertad que en Reims, su ciudad natal. Dijo que en París empezó a escribir libros, a inventarse como intelectual. Mi corazón despertaba. Todo cambiaba a mi alrededor. Ahora entendía lo que había sentido desde sus primeras frases: ¿Por qué yo nunca había hecho lo mismo? ¿Por qué no era como él? ¿Por qué nunca me había ido a París; como él? ¿Por qué había limitado hasta ese punto la separación entre mi pasado y yo? Sus palabras me propulsaban más allá de la sala en la que estaba sentado y de repente estaba lejos de los demás, lejos también de Elena; por primera vez estaba lejos de ella.

Yo lo escuchaba, él hablaba, lo escuchaba y pensé de repente: *me gustaría ser como él, me gustaría ser él*; ¿por qué no te fuiste igual de lejos? No sabía lo que sentía, lo envidiaba, me fascinaba y un segundo después mis sentimientos se transformaban en una mezcla de celos y de rabia, *por qué él ha tenido éxito y yo sigo aquí, bloqueado en esta pequeña ciudad de provincias, sin haber leído casi nada, sin haber escrito casi nada aparte de unas cuantas escenas de teatro miserables que no valen nada, plagiadas de lo que escribe Elena, por qué él y no yo*; ya no quería escucharlo, quería que se callara, *hagan que se calle, se lo suplico*; lo culpaba por tener lo que yo no tenía, y entonces mis emociones daban otro vuelco y pensaba que nunca había admirado tanto a nadie; me volví hacia Elena y vi su cuerpo alejarse de mí. Ya no podía tocarla, quería llamarla pero no me oía. Cuando el filósofo terminó su conferencia —se llamaba Didier Eribon, y poco después, aunque todavía no lo sabía, yo lo llamaría simplemente Didier, sería mi amigo, sustituiría a Elena en mi vida y sería el causante de la ruptura más dolorosa

de toda mi historia—, cuando terminó la conferencia me acerqué a él para pedirle que me firmara el ejemplar de su libro. Otras personas esperaban por el mismo motivo, yo las dejaba pasar, quería hablar con él, quería que los demás se fueran para quedarme solo con él y decirle que nos parecíamos, sentía la necesidad de decirlo, no sé por qué la frase era tan importante, *tengo que decirle que me parezco a él, tengo que decirle que yo también me fui y que también el deseo, el secreto, me separaron del mundo de mi infancia*; pensaba demasiado, con demasiada rapidez, se me secaba la boca. Di unos pasos hacia la mesa ante la que él estaba sentado para firmar y le tendí el libro; no conseguía hablar, tenía miedo de decir algo que me descalificara a sus ojos. Balbuceé, Soy como usted, me ha gustado mucho lo que ha dicho esta tarde. Bajé la mirada y pensé *Ahora sí que la has hecho buena. Piensa que eres idiota. Piensa que eres idiota y nunca se interesará por alguien como tú*. Me mordí la lengua como castigo por la frase; él me sonrió y me dio las gracias. Añadió que los organizadores del encuentro lo habían invitado a tomar algo para celebrar la conferencia y el éxito de la velada, que podía ir con ellos al bar; era un bar a pocos metros de la sala, lo conocía, había ido allí otras veces con Elena. No daba crédito a la propuesta. ¿Por qué me lo propuso, a mí y no a los demás? (Más tarde él me diría que había reconocido en mis ojos y en mi postura la rabia de la huida). Seguí al grupo que se dirigía al bar, donde habían reservado varias mesas, y me senté junto a él para poder hablarle. Le dije que me llamaba Eddy; como con Pierre, no me atreví a decir Édouard. Le repetí una vez más, *tenía que repetirlo*, quizá lo hacía por mí, quizá era una manera de tranquilizarme, de decirme a mí mismo que no estaba solo, que mi sufrimiento y mis deseos se parecían a otros sufrimientos y otros deseos, le repetí que mi historia se parecía a la suya y me contestó con una sonrisa: *entonces adelante, transforme su vida*.

Me hablaba, le hablaba, intentaba demostrarle que merecía que me mirase y me escuchase, que era digno de él.

Algo tan simple, tan anecdótico como una conferencia hizo que mi destino diera un giro completo e irremediable.

Caminaba con Elena, de vuelta de la velada, y algo estaba ocurriendo dentro de mí, algo violento e inédito, otra vez pensaba *¿Por qué no me fui?* Todas las palabras de Didier despertaban el dolor, el gusto amargo de los insultos volvía a mi boca, el dolor de la exclusión en el pueblo, la vergüenza de mi padre por mi voz demasiado atiplada, por cómo bajaba la mirada, por el bochorno, cuando yo hablaba delante de alguien, todo eso volvía porque me daba cuenta de que no había escapado, que estar en Amiens era seguir vinculado a mi pasado y a todo aquello. Es verdad, *por qué no me di cuenta antes*, conocía a gente que había crecido en el pueblo y que vivía en Amiens, que se había trasladado como yo a *la gran ciudad de la provincia*, era poco frecuente pero no imposible, no había escapado de nada. Esa noche, gracias al encuentro con Didier y a todas las posibilidades que desplegaba, comprendí que mi desquite apenas había empezado. Si realmente quería vengarme del niño que había sido tenía que ir a París como Didier y conseguir lo mismo que él, escribir libros, ser un autor reconocido en el mundo entero, y pensaba: ¿no había soñado ese niño con hablar delante de un público que lo escuchase y lo admirase; como a Didier? ¿No me había prometido a mí mismo llegar a ser importante y famoso, que los niños del colegio viesen en quién me había convertido, que se lamentaran, que sufrieran por la diferencia entre su vida y lo que habría llegado a ser la mía? ¿No había pasado años, de niño, entrevistándome por la mañana frente al espejo para sentirme vivo? ¿No había pasado todos aquellos primeros años de mi vida mirando a la

gente que aparecía en la televisión y soñando con llegar a ser tan visible como ellos?

Siempre hablo demasiado, hay demasiadas cosas que contar, y tengo que contar ésta: un día estaba jugando al fútbol en el pueblo con otros tres chicos, Kevin, Dimitru y Steven, tenía doce años, Kevin le dio una patada demasiado fuerte al balón y lo mandó al jardín que había junto al descampado, el jardín de una señora mayor a quien llamábamos la Bruja. Ninguno se atrevía a ir a por él, todos teníamos miedo de la Bruja, y entonces Kevin me dijo, Eddy, si vas a buscarlo te juro que nunca más te llamamos ni marica ni sarasa. De repente, soñé con una nueva vida sin el Insulto. Dije que sí y corrí hasta el jardín de la Bruja, corrí más deprisa que nunca, escalé la alambrada de púas a pesar del miedo que me daban las alambradas; solía pasar por debajo mientras Kevin y Steven las escalaban, saltaban por encima y yo me arrastraba, pero esa vez lo hice, salté, ya no tenía miedo de la Bruja, volví y le tendí el balón a Kevin, había hecho lo que nadie se había atrevido a hacer, ya veía mi nueva vida sin el Insulto, me lo había creído, pero cuando Kevin cogió el balón me dijo Gracias, pedazo de maricón. Los otros se morían de risa, tanto que se tuvieron que agachar para recobrar el aliento. Tras la velada con el filósofo aquel dolor había vuelto a despertar porque me daba cuenta de que me había alejado menos de lo que creía. Dolía tanto...

Elena me preguntó si lo había pasado bien y yo pensaba *Cómo he podido equivocarme tanto, durante tantos años*. Le contesté que *Sí*, pero sólo era una manera de interrumpir la conversación, de no dejarla empezar, de no hablar, de no estar allí, ya no estaba allí, en aquella calle de Amiens, mi cuerpo sólo era una representación visual, y pensaba *Todos estos años creyendo que había cambiado, que me había convertido en otra persona, pero me*

equivocaba. Me he engañado a mí mismo. Creía haber escapado pero soy prisionero de esta ciudad, la ciudad me había tendido una trampa, me había mentido, me había hecho creer que era la sede de la libertad pero sólo era la sede de la fatalidad, todo era mentira, vivía engañado. Miraba las calles que me rodeaban, y esas calles, que durante todos los años que llevaba en Amiens me habían parecido inmensas, sin límites, ahora las veía minúsculas, intentaban encerrarme, miraba a mi alrededor, *Quiero irme, quiero irme de aquí.*

Recordaba que la primera vez que fui de la estación de Amiens al liceo tardé más de dos horas, aunque sólo había setecientos u ochocientos metros entre ambos, porque la ciudad me parecía tan grande que me perdí. Ahora volvía a pensar en todo aquello y me decía, *Odio esta ciudad, tengo que irme*. Elena me miraba de manera diferente. Veía que algo no iba bien. *¿Estás seguro de que estás bien?*, y yo decía *Sí, sí*, pero mi Sí no quería decir sí, mi Sí quería decir *No sigas hablando*, sólo oía las frases en mi cabeza: *Hay que irse de aquí, toca irse*.

Recuerdo ahora que Elena decía entre risas que mis dientes y mi mandíbula eran tan deformes que el día de mi muerte se quedaría con mi cráneo para hacer un cenicero. Era la única persona que podía decir cosas así sin hacerme daño.

Me inscribí en el club de haiku del liceo con ella. Escribimos haikus eróticos, y por culpa del tema no los colgaron en los pasillos de la biblioteca como los de los demás. Creo que Elena estuvo riéndose de aquello por lo menos un año. Yo reía con ella.

Ella siempre terminaba de desayunar antes que yo y cuando ya no le quedaba nada empezaba a comerse lo que había en mi plato. Yo protestaba y ella contestaba: «¡Es que llevo dos días sin comer!» Yo me encogía de hombros.

Al día siguiente

Al día siguiente de la conferencia desperté agotado, apenas había dormido. Me había pasado la noche pensando en mi vida lejos de Amiens, desanimado por el camino que tenía por delante y a la vez con el cuerpo saturado de esperanza durante los breves instantes en que creía que era posible, que lo iba a hacer. Imaginaba carteles en las calles anunciando una conferencia que iba a dar yo, como Didier, imaginaba mi nombre impreso por toda la ciudad y la vergüenza de mi infancia borrada para siempre. Me imaginaba escritor, famoso.

Quiero dejarlo claro, para mí lo que estaba en juego era el cambio y la liberación, no los libros o la vocación literaria. No creo que mi obsesión principal fuesen los libros. Si de repente había empezado a soñar con ser escritor, no era porque soñara con escribir, sino porque aspiraba a romper definitivamente con el pasado y era el modo que se había presentado en ese momento gracias al encuentro con Didier, eso es todo. No hay que ver en lo que escribo la historia del nacimiento de un escritor sino la del nacimiento de una libertad, de la ruptura, costara lo que costase, con un pasado que odiaba. Si no hubiera sido demasiado tarde y hubiese conocido a un bailarín de la Ópera de París o de Moscú en lugar de a un autor como Didier, ¿habría anhelado convertirme en bailarín en lugar de escritor para huir de Amiens, habría empeñado todas mis fuerzas, toda mi energía, en llegar a serlo, como lo hice al desear convertirme en intelectual e imitar a Didier? Creo que sí. Creo que quería cambiar para liberarme y que habría elegido cualquier salida para escapar. Simplemente, esta salida —la escritura, los libros— era la única que se había presentado,

primero a través de Elena y después por la casualidad de la conferencia; los libros y la escritura eran lo único que me ofrecía una posibilidad concreta, real de cambiar una vez más.

Tras despertar me dirigí a la ducha, e incluso en la ducha pensaba *Hay que cambiar*. Salí del apartamento y una vez fuera desplegué el papel arrugado que llevaba en el bolsillo, donde la víspera había anotado los títulos de los libros que Didier había citado durante la conferencia. Fui a la librería; había cogido el dinero ahorrado durante los dos últimos años del salario de la Casa de la Cultura y compré una docena de libros, todos citados en la conferencia, Pierre Bourdieu, James Baldwin, Émile Durkheim, Marguerite Duras, Erving Goffman, Jacques Derrida, Assia Djebar, Patrick Chamoiseau, Simone de Beauvoir. Sabía que si quería escribir tenía que leer, no podía esperar, ya iba muy retrasado, tenía diecisiete años y no había leído casi nada. Regresé prometiéndome que durante los días siguientes iba a leer todos los libros que acababa de comprar; a pesar de mi transformación junto a Elena durante aquellos años, la mayoría de las veces hablaba de libros sin leerlos, porque hasta entonces esa ilusión había sido suficiente.

Transición

Los insomnios después de la conferencia. Imaginaba a Nadya descubriendo mi transformación, mi metamorfosis en alguien famoso como Didier, diciendo a sus amigas *Cuando llegó a Amiens no era nadie, ha peleado para estar ahí*.

Me emocionaba la admiración de las personas con las que Nadya hablaba.

*

La primera vez fue así, Elena vino a buscarme para ir al cine. Le expliqué que no podía salir, que tenía que estar solo en el apartamento para leer. Era la primera vez que le respondía algo parecido. Ella me conocía desde hacía cuatro años y yo nunca había dicho una frase semejante.

Me miró como si intentara descifrar mi expresión, como si intentara desenmascarar detrás de mi cara a alguien que hubiera usurpado mi cuerpo y mi identidad. Se encogió de hombros, ¿Qué estás leyendo? Le enseñé la cubierta del libro, *La distinción*. Ella nunca había oído hablar de él. Era la escena de nuestro primer encuentro al revés, esta vez era yo quien leía y ella quien no conocía el libro (pero no me alegré, tenía miedo de alejarme de ella).

*

Leía pero no entendía lo que leía, las frases eran demasiado complejas, los libros hacían referencia a nociones y conceptos

que no conocía, que no comprendía. Me forzaba, me decía que lo comprendería más adelante, tras la lectura, que cada libro me daba *a posteriori* las claves para entender el libro que había leído la víspera, intentaba convencerme de que si comprendía una página de cada cincuenta ya había conseguido mucho —no siempre lograba persuadirme a mí mismo, mentirme a mí mismo— y, algunas noches, me descorazonaba ante las páginas de un libro abierto, incapaz de descifrar una simple sucesión de letras y de palabras, me odiaba, me despreciaba, *Nunca lo conseguiré*. Daba vueltas en torno al libro que se me resistía y que no me dejaba entrar, como si las frases me rechazaran, físicamente. Sufría por ser quien era. Pero seguía leyendo, pensaba: Si no logras ser escritor lo habrás perdido todo. Intentaba escribir textos breves después de leer durante horas; practicaba. No le enseñaba a nadie lo que escribía. Sé que lo que digo puede parecer extraño, que es muy difícil imaginar a alguien que nunca ha leído ni realmente escrito nada dedicándole de pronto a esta tarea todo su tiempo, toda su locura, toda su energía, pero eso es lo que ocurrió.

*

Más imágenes.

*

Una vez, a los doce años, durante una excursión de senderismo organizada por la asociación deportiva del pueblo, me entretuve comparando a los personajes de mi serie favorita con la gente que caminaba conmigo. Iba con una docena de personas por un camino de tierra, rodeado de kilómetros de campos y bosques. Señalaba a los demás con el dedo, Tú eres Rebecca, tú eres Michel y tú Laetitia. En la serie había un

personaje gay, que estaba considerado como un afeminado y sobre quien todo el mundo bromeaba. Se llamaba Thomas. Cuando le dije a mi tía Y tú, no sé quién eres, ella contestó: Yo tampoco sé quién soy pero tú, Eddy, eres Thomas. Todo el grupo se echó a reír, ja, ja, sí, Thomas, la loca.

Me quería morir.

*

En otra ocasión, mi padre me pidió que le dijera al contable del colegio que no podía pagar la cantina, la vergüenza que sentí cuando el contable me dijo Pero seguro que tus padres pueden pagar una cantidad así, ¿no? Realmente no es mucho, diles que hagan un esfuerzo.

*

Cuando en el liceo un chico me dijo Por el precio de mis calzoncillos podría comprar todo tu guardarropa.

*

O aquella vez, a eso de los catorce años, justo después de conocer a Elena, cuando todavía regresaba al pueblo, en la que Kevin me invitó a una barbacoa en el terreno de pasto detrás de su casa. Hacía calor, era verano. Al caer la noche Kevin encendió un fuego, bebíamos whisky con zumo de naranja con la barbacoa, sentados en torno a las llamas, éramos unos diez. Reíamos, y de repente el padre de Kevin, que estaba con nosotros y había bebido demasiado, dijo Bueno, Eddy, se diría que te gusta la polla, ¿es verdad o no? ¿Es verdad que lo que te pone es tocar una buena polla o que te la toquen? Los otros reían, y yo fingía reír con ellos. Cuanto más me insultaba, más

fuerte me reía, con sabor a acero y a sangre en la boca.

*

Todas esas veces en el colegio sin merienda, por falta de dinero, al contrario que los niños de las familias más acomodadas, que llevaban bizcochos envueltos en papel rojo, verde, azul brillante, esas veces en las que, a los diez u once años, ya entendía el significado de la palabra clase.

*

El día en que mi hermano pequeño, durante una discusión, me dijo delante de mi madre, De todos modos en el pueblo todo el mundo dice que eres marica; y mi terror pensando que mi madre lo había oído. Salí de casa corriendo y pasé parte de la noche fuera, en los campos, hasta la madrugada. No quería volver y enfrentarme a la mirada de mi madre, encarar su pregunta, ¿Es verdad lo que ha dicho tu hermano pequeño?

*

Leer aquellos libros, llegar a ser como Didier, irme de Amiens, era alejarme de todas esas imágenes. Ganarles la partida. El encuentro con Didier hizo que reviviera mi infancia, me la metió dentro otra vez y a causa de él tenía que escapar de nuevo.

*

La filósofa Eve Kosofsky Sedgwick habla en algún sitio de la inagotable energía transformadora que las infancias humilladas son capaces de generar.

*

Tenía que seguir adelante.

*

Y el recuerdo de algunas victorias, que el encuentro con Didier también despertó.

*

El día en que, a los doce años, escribí una breve obra de teatro para el colegio, no una obra, más bien unas cuantas escenas cómicas encadenadas, para celebrar el fin de curso; se representaron delante de todos los alumnos y profesores reunidos y todo el mundo se levantó al final para aplaudirme, varios centenares de personas, y pensé Ahora nadie más se atreverá a insultarme, he ganado, has ganado.

*

Otro día en que la señora Roger, que daba clase de historia en el liceo, me dijo con su voz risueña Es usted simplemente insuperable, señor Bellegueule.

*

El año en el que los del curso de teatro del liceo me eligieron entre toda la clase para aparecer en una película con Isabelle Huppert. Era el sueño de todos.

*

Si escribía un libro podría volver a sentir la misma sensación, multiplicada por diez. Podría demostrar al mundo que era alguien y que el mundo se había equivocado al subestimarme.

*

Tenía que leer, leer todo lo que pudiera.

*

He olvidado el momento en que se produjo el cambio, cuando, después de varias semanas, me di cuenta de que cada vez entendía mejor lo que leía, el momento en que las crisis y las lágrimas quedaron atrás, en el que cada idea que encontraba en un libro me recordaba otras ideas en otros libros. Estaba cosechando los primeros resultados de mi trabajo y de mis esfuerzos. En las veladas con mis amigos en Amiens, con Elena, con Julie, todo lo que sabía, todo lo que acababa de aprender, reforzaba mis conversaciones, y notaba una especie de admiración por parte de todos ellos.

Comprendí que Saber = Poder.

*

En la Casa de la Cultura, por las tardes, acomodaba a los espectadores en el teatro y cada vez con más frecuencia cuando empezaba el espectáculo iba a sentarme fuera para leer. La regla era que dos acomodadores se quedasen de guardia a las puertas de la sala y los demás vigilaran el interior, y yo preguntaba a Léa y al resto del equipo si podía quedarme fuera todas las veces que podía; creo que todos estaban asombrados por mi transformación brutal, casi total. Me veían llegar todos los días con un libro distinto, Arendt, Heidegger, Deleuze, leía

en el trabajo, leía de noche, leía durante el almuerzo en la universidad, leía en el autobús, y siempre pensando: *tengo que irme, tengo que irme. Tengo que cambiar*.

*

Amiens ya no me gustaba.

*

Elena vivía allí pero estaba seguro de que se iría conmigo a París.

*

O mejor dicho: creo que sabía que no se iría conmigo, pero que me obligaba a mí mismo a creer que lo haría para no tener que enfrentarme a mi decisión; me estaba preparando para abandonarla.

Por eso me alegraría, me alegraría mucho...
Me alegraría mucho si pudiera abordar todos estos temas con usted (¡y su compañía es tan agradable!).
Cuando hace un rato, en el autobús, habló usted de cenar juntos, sentí una auténtica euforia.
Quería proponérselo, pero no me atrevía.

¿Sigue en pie? ¿Podría invitarle a cenar en la ciudad durante su seminario sobre Amiens?

Esperando su respuesta, no sin cierta impaciencia, le deseo un buen fin de semana.

*

Lo había estado pensando durante varios días. Iba a escribirle a Didier para proponerle que tomásemos algo juntos. Me senté ante la pantalla del ordenador y tecleé, *Estimado Didier Eribon*. Me quedé mirando estas tres palabras, el corazón me latía en la garganta, todo mi aliento estaba en la garganta; releía, *Estimado Didier Eribon*, pero no me atrevía a continuar, tenía demasiado miedo de que una negativa por su parte me pusiera de nuevo en mi sitio. No conseguía escribir nada más, no encontraba frase alguna, lo que quería expresar eran sentimientos y ninguna frase era capaz de traducirlos sin traicionarlos. Sentía una tensión en el cuerpo que lo simbolizaba todo, mi historia, mi pasado, mi infancia, mis sueños, y esa tensión no quería palabras (y pensaba: *quizá debería bailar. Quizá los movimientos musculares describirían mis sentimientos mejor que las palabras*). Esperé mucho rato y, al final, las palabras llegaron, mi cuerpo claudicó. Retomé el *Estimado Didier Eribon*. Le dije que compartía con él la misma historia, el mismo pasado, que me reconocía en él, que deseaba ser como él, ya no sabía si yo era él o quería llegar a serlo. El correo electrónico terminaba con una invitación a cenar, una pregunta tímida, *¿Sigue en pie? ¿Podría invitarle a cenar?*

Él aceptó. Me dijo que podíamos ir a tomar algo y que también podíamos cenar juntos. Cuando recibí su mensaje corrí a casa de Elena sin mirar atrás y al llegar le grité: *ha dicho que sí, ha dicho que sí, ha dicho que también podríamos cenar juntos, te das cuenta*. Ella sonrió. No vi su amargura. Yo era demasiado egoísta, y quería marcharme. Todavía no había entendido —al contrario que ella, que siempre veía las cosas con más claridad, y antes que yo— que lo que había ido a anunciarle era el comienzo de nuestra separación.

*

En su correo de respuesta, Didier me había dicho que daba clases en la Universidad de Amiens, me enteré en ese momento; incluso antes de conocerlo estaba cerca de mí, en la misma ciudad, y yo no lo sabía. Le pedí permiso para asistir a todos sus cursos, incluidos los que impartía a los estudiantes de cuarto o quinto año o a los que estaban haciendo la tesis doctoral y me contestó que era bienvenido. No quería perderme una sola clase, pensaba que en esos cursos aprendería cosas que acelerarían mi metamorfosis. Durante los meses que siguieron a su conferencia, entre el momento en que decidí marcharme a París y el momento en que me fui, me senté en primera fila en todas sus clases, sin excepción, anotaba los títulos de los libros que citaba, los compraba y los leía. Imitaba a Didier, sus entonaciones, su manera de mirar y de sonreír. Hablaba de él y de sus libros con Elena y mis otros amigos en Amiens, Alice, Julie, también con Juliette, una nueva amiga que había conocido en la universidad, al hablar con ellas exageraba mi amistad con él.

*

¿Me estaba convirtiendo en una mala persona? ¿Estaba reproduciendo en Amiens la violencia que había ejercido unos años antes con mi familia, cuando volvía a casa de mi madre y fingía leer en el sofá para demostrarle cuánto había cambiado? ¿Acaso al cambiar quería que los demás entendieran que ya no era como ellos? ¿Había comprendido que cambiar no sólo significaba llegar a ser otra persona, sino también *dejar de ser como los demás*, y por lo tanto rechazarlos, abandonarlos, considerarlos desesperadamente por debajo de uno mismo? ¿Me había convertido en una persona odiosa?

Las noches en las que no trabajaba en el teatro ya no salía de bares por la ciudad.

Desde mi llegada a Amiens, cuando Elena pasaba las veladas con sus padres, yo solía ir de copas con otros amigos, bebía con ellos durante toda la noche minúsculos vasitos de vodka puro y regresaba a las cuatro o las cinco de la madrugada, borracho, apenas capaz de andar por la acera. Recuerdo que cantaba con ellos, recuerdo nuestras voces en mitad de la noche, era antes de que el encuentro con Didier me precipitara hacia el futuro, antes de que el futuro y la esperanza del futuro invadiesen por completo mi vida, antes de la disminución del presente en mi vida; y tras el encuentro con Didier, cuando Julie o Étienne venían a buscarme, les decía que no podía, que tenía trabajo, que no podía salir porque tenía que leer, que tenía que leer uno de los libros que Didier había citado en una de sus clases. Las primeras veces me miraron con el mismo asombro que Elena, pero cuando la escena empezó a repetirse, el asombro se trocó en una especie de agresividad, hasta la noche en que Étienne me miró y dijo *Da igual, ahora se cree superior, no sé a qué está jugando, desde que fue a la conferencia del tipo ese va de parisino*.

Su frase me hizo daño.

No sabía que mi sueño era tan evidente.

París, las primeras veces

Veía a Didier una vez por semana desde que asistía a sus clases y desde la primera copa que aceptó tomar conmigo. Le había hablado de mi proyecto de escribir libros e irme a vivir a París; en el fondo, de imitar lo que él había hecho más o menos a mi edad, lo que había contado la tarde de su conferencia. Una noche me invitó a cenar a un restaurante, era martes, y esa primera invitación fue el comienzo de un ritual, de una costumbre; nos veíamos todos los martes en el mismo restaurante, éramos cada vez más amigos. Yo apenas había ido antes a un restaurante, sólo un par de veces en ocasiones excepcionales, y cuando me sentaba a la mesa que él había reservado, me embriagaba la sensación de estar en un sitio donde me servían; como si viviera una vida que no era la mía y el placer que sentía fuera el mismo que siente un ladrón. Durante esas veladas Didier me hacía entrar en un universo distinto a todo lo que había conocido, con las historias sobre sus amigos escritores, filósofos, artistas, con la descripción de sus jornadas escribiendo y corrigiendo sus manuscritos, con el relato de la vida gay en París; es decir, lo que me contaba sobre los bares gay a los que solía ir y sobre su comunidad de amigos, con quienes compartía una misma sexualidad y una complicidad basada en ella. Autores que Elena admiraba eran amigos suyos, parte de su vida privada, los llamaba por su nombre de pila. La urgencia me desbordaba: no podía esperar, quería irme a París lo antes posible. No sólo tenía prisa por vivir mi nueva vida y vivirla lo más rápido posible, sino que además sabía que en París podría conocer hombres, y desde la relación con Pierre, el deseo ocupaba cada vez más espacio

dentro de mí. Se lo dije a Didier y él me animó a ello. Dijo que tendría encuentros estupendos, que en París disfrutaría de una libertad que nunca había conocido, y tras esa conversación decidí viajar allí todos los fines de semana.

Las primeras veces en París fueron como exploraciones de una vida completamente nueva, más fuerte y más hermosa. Conocía gente que llevaba vidas que yo nunca habría podido imaginar y que me hacían soñar, estudiantes de la Escuela de Teatro que por las noches ofrecían representaciones de breves espectáculos improvisados en bares miserables, artistas que no habían hecho la carrera que les habría gustado hacer y que daban clases de teatro o de danza en pequeñas asociaciones de barrio; pero incluso lo que para ellos eran fracasos y renuncias, para mí era signo de una vida de bohemia y libertad; en comparación, la vida de Amiens me parecía cerrada y limitada; quería llevar una vida como las suyas. En los bares que frecuentaba conocía abogados, periodistas, arquitectos; nombres de oficios que en París parecían ocultar infinitos privilegios, vidas de riqueza e independencia, de importancia, de viajes por todo el mundo. Con ellos ponía en práctica lo que había aprendido con Elena, las referencias culturales, la forma de comer, de hablar. (*¿Es esto de lo que hablaba Nadya años después, cuando dijo que yo me había aprovechado de todo lo que ella me había transmitido?*)

Caminaba durante horas para descubrir la ciudad, seis, siete horas, sin detenerme; tomaba un chocolate caliente o un zumo de tomate en un café para almorzar; era feliz. Estaba descubriendo las *Memorias* de Simone de Beauvoir, que Didier me había recomendado, y quería vivir como ella, como Beauvoir, una vida de intelectual; leía en las terrazas de los cafés, me veía con Didier en las cervecerías de Montparnasse, él me hablaba del manuscrito en el que estaba trabajando, de las conferencias que daba o de los coloquios en los que

participaba, decía frases directamente ligadas a su vida de autor, «tengo que escribir la conferencia para la semana que viene», «tengo que contestarle a mi editor», y yo soñaba con poder pronunciar un día esas palabras. Me invitó a ir con él a la ópera una tarde y me sentí trastornado, no sé si por la belleza de la música o porque la ópera me daba la impresión de ser un consumado burgués, no creo que se pueda distinguir entre ambos sentimientos. ¿Qué imagen podría haber estado más lejos de mi padre que aquella de mí, sentado en la Ópera de París, junto a un escritor?

Hay que haberlo vivido para entenderlo, y sin embargo tengo que intentar explicarlo, todo lo que hacía tenía un significado vertiginoso, porque lo que se deslizaba en todas las escenas de mi vida era toda la historia del mundo, la historia del mundo y sus diferencias, sus injusticias. Al entrar en la ópera pensaba Nunca debería haber entrado en esta sala, me sentaba en la terraza de un café del Marais para leer una obra de Derrida o de Arendt y pensaba Nunca tendría que haber estado aquí, nunca debería haber sabido que estos autores existían. Sentía una especie de compasión, o en cualquier caso de tristeza, por los que iban a los grandes teatros parisinos o se sentaban en la terraza de un café sin comprender su suerte, sin maravillarse, por los que hacían esas cosas como las habían hecho desde que eran niños, igual que sus padres y sus abuelos las habían hecho antes que ellos, porque habían nacido en un mundo más privilegiado que el mío. Mi privilegio era haber conocido la vida sin privilegios.

Entre dos aguas

Me iba el sábado por la mañana sin saber dónde dormiría y volvía a Amiens el domingo por la noche o el lunes por la mañana. Casi siempre conocía en los bares a alguien que me invitaba a dormir en su casa; comprendí desde el primer fin de semana en París que este tipo de encuentros para tener un sitio donde pasar la noche eran muy normales. Así que la necesidad de un encuentro era más intensa, más agresiva y por lo tanto más hermosa a causa de la presión y la urgencia, del miedo a pasar la noche en la calle. Pero a veces fracasaba, no conocía a nadie; esas noches, cuando el bar cerraba, me dedicaba a caminar por París, muerto de frío, con el cuerpo agotado y ojeras, y deambulaba, deambulaba sin rumbo por calles desconocidas, en aquella ciudad que no conocía todavía, hasta las seis de la mañana, hora en que subía al primer tren de regreso a Amiens temblando de frío y de cansancio; pero no estaba triste, por encima de todo sentía el placer de la nueva vida que se anunciaba con el traslado y que ya estaba empezando, la sensación de vivir aventuras y experiencias que seis meses antes jamás habría imaginado que iba a vivir.

(También tendría que hablar de la sexualidad, y de lo que significaba la felicidad de la súbita posibilidad, que París me ofrecía, de conocer hombres casi sin parar, de vivir por fin, de forma aún más fácil y radical que en Amiens, lo que había deseado desde mi infancia, el sentimiento de liberación del cuerpo, de entrar cada vez, gracias a la sexualidad, en nuevos universos).

Iba casi siempre al mismo bar de París, el Duplex, en una calle

angosta, un poco apartado de los demás bares, porque Didier, a quien veía por las tardes en los cafés de Montparnasse durante aquellos fines de semana, me había dicho que era un *bar intelectual*. Estaba mal iluminado, flotaba en el interior un olor a sudor y a cerveza que daba al lugar una densidad y una profundidad cinematográficas. Me fijaba en algún hombre en la penumbra del bar. Ahora me doy cuenta de que siempre abordaba a los hombres de aspecto más distinguido, a los que parecían más ricos; mi deseo social se mezclaba con mi deseo sexual, y me atraían los hombres que se parecían al mundo al que quería pertenecer desde que había tomado la decisión de marcharme de Amiens, los más acordes con mi anhelo de transformación. No me hacía falta pensar de manera consciente que esos hombres pertenecían a ese mundo para dirigirme a ellos, para desearlos, porque esos hombres me atraían *físicamente*. No había diferencia entre mi deseo físico y mi deseo social.

Todos los hombres a quienes abordaba me preguntaban qué hacían mis padres —es una pregunta extraña para un primer encuentro en un bar, pero la hacían, de hecho a menudo, como para evaluarme, para estar seguros de que no iban a perder el tiempo conmigo—, contestaba que mi padre era abogado o profesor de universidad. Me daba vergüenza, pensaba que si les decía la verdad perderían interés. Si querían más detalles, hablaba de los padres de Elena como si fueran los míos. Robaba la vida de Elena, robaba a sus padres, y decía que mi padre daba clases en la universidad, que mi madre había sido actriz; pero la mayoría de las veces contestaba que no tenía ganas de hablar de mi familia.

Volvía a Amiens después de mis estancias en París y no le contaba a Elena los detalles de lo que había pasado. Ella me decía: *Un día, uno de esos hombres que conoces cuando estás allí*

nos va a separar para siempre. Yo fingía no oírla.

Escuela Normal Superior

Me adentraba en un nuevo proceso de transformación; volvía a empezar sin saber si iba a salir bien y me hacía falta un acto definitivo, algo que marcase una ruptura clara con Amiens y compensara la incertidumbre de lo que iba a ocurrir. Esa ruptura sería escribir un libro, de eso estaba seguro, pero también sabía que para escribir un libro me haría falta tiempo.

Urdía planes y estrategias para acelerar el cambio, y en el intervalo de esta reflexión oí hablar por primera vez de la Escuela Normal Superior. Me di cuenta de que la mayoría de los autores que leía y que Didier me había recomendado, Jacques Derrida, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Jean-Paul Sartre, habían estudiado en esa institución, en París. Me enteré de que era una de las escuelas más prestigiosas de Francia; yo ni siquiera conocía el nombre. De pronto empecé a pensar que si llegaba a París sin entrar en esa escuela sólo sería un chico que se había mudado a París desde Amiens, un náufrago, un intruso, mientras que entrar en esa escuela legitimaría mi presencia en la ciudad, como si París fuese el nombre de una realidad más amplia que la del perímetro municipal.

Tras reunir información durante unos días, le hablé de ello a Elena. Me contestó que claro que conocía la Escuela Normal Superior. Durante toda su infancia, la madre de Elena había tenido la esperanza, sin creérselo del todo, de que Elena estudiara allí. *Se necesita un nivel escolar muy alto para entrar en esa escuela, es para los hijos de la burguesía parisina que han ido a los mejores liceos, no para nosotros*.

Por primera vez, el «nosotros» de Elena representaba a los dominados, no a los dominantes.

Escuché sus palabras y me prometí que yo lo conseguiría, que un día entraría.

Aunque resulte paradójico su resignación me daba ánimos. Me negaba a pensar —ingenuamente, pero, como comprendería más tarde, la ingenuidad es una condición de la huida—, me negaba a pensar que algo fuera imposible. Seguí recopilando información, y vi que era posible ingresar en esa escuela a través de diferentes vías; leía las condiciones de acceso; contemplaba lo inaccesible.

Cuando volví a ver a Didier le conté mi proyecto. Tuve que reunir fuerzas para luchar contra el miedo al ridículo y decirle que quería intentarlo, intentar entrar en esa escuela; de hecho, a través de la vía menos prestigiosa, la única posible para alguien como yo, que apenas unas semanas antes ni conocía el lugar y que no había estudiado en uno de los liceos de los que hablaba Elena; pero no pensaba en eso.

Didier sonrió, *Eres ambicioso, eso es bueno. Sí, venga, hazlo. Inténtalo*.

Preparación

Escuela Normal Superior. Durante muchos meses sólo pensé en esa meta, con temor y con angustia. Pensaba, *Si logras entrar en esa escuela no volverás nunca al pueblo*. Lo que me interesaba no era los estudios en sí, ni las cosas que podría aprender en la Escuela Normal Superior, sino la certeza de que si cruzaba sus puertas ya nunca podría dar marcha atrás.

Gracias a Didier, era consciente de que mis diplomas en la Universidad de Amiens no eran suficientes. Él lo sabía porque, a mi edad, había sido víctima de la misma ilusión: los hijos de las clases más pobres consideran entrar en la universidad como una consagración, mientras que hace mucho tiempo que los diplomas universitarios, sobre todo los que se obtienen en ciudades pequeñas, han perdido su valor.

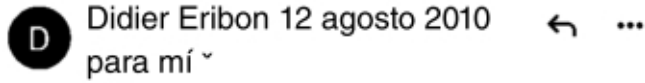
En su libro *Regreso a Reims* había escrito: «una vez más, la ignorancia de las jerarquías escolares y la falta de dominio de los mecanismos de selección lo llevan a uno a tomar las decisiones más contraproducentes, a elegir los trayectos, mientras se maravilla por haber accedido a lo que quienes saben evitan cuidadosamente. De hecho, las clases desfavorecidas creen estar accediendo a las posiciones de las que antes estaban excluidas, mientras que, cuando acceden, dichas posiciones ya han perdido el lugar y el valor que tenían en un estado anterior del sistema. La relegación se efectúa con mayor lentitud, la exclusión se produce de forma más tardía, pero la distancia entre dominantes y dominados sigue intacta: se reproduce desplazándose».

Entrar en la Escuela Normal era escapar de ese error.

Empecé a trabajar. Había que preparar un proyecto de investigación universitaria y después aprobar un examen oral para tener una posibilidad de acceder a lo que para mí se había convertido en un sueño, en la promesa de una vida mejor. Gran parte de los candidatos y candidatas quedaban eliminados en la primera etapa, tras el examen de su proyecto de investigación, así que durante meses trabajé en mi proyecto; no se lo había dicho a nadie en Amiens, Elena no lo sabía, ni siquiera ella; temía que mis ambiciones le parecieran excesivas, desmesuradas, y por lo tanto ridículas; no lo decía a los demás por miedo a sus risas, risas que me habrían anclado en el pasado. Se requerían cartas de recomendación y Didier prometió escribir una, yo seguía yendo a todos sus seminarios en la Universidad de Amiens.

Sobre todo, me preparaba leyendo todos los libros que podía, como venía haciendo hasta entonces. Leía por la noche, durante las comidas, leía frenéticamente todos los libros que Didier me había recomendado al día siguiente de nuestro primer encuentro y los otros que descubría en el curso de la lectura; cada lectura engendraba otra, cada libro me llevaba a otro libro; y cada libro me alejaba de mi «yo» pasado. Acompañaba a Didier desde que salía de sus clases en la universidad hasta que subía al tren que lo llevaba de vuelta a París. Cuando veía que el tren arrancaba y se alejaba, intentaba imaginar la vida llena de secretos y de misterios que se ocultaba tras la palabra París, y que mis idas y venidas de uno o dos días no habían bastado para desvelar. Pensaba: *dentro de poco, esa palabra será mi vida. Dentro de poco yo también seré un misterio para los demás, para los que se han quedado aquí*.

Didier me aconsejaba lecturas mientras tomábamos café, o me enviaba un correo por la noche:



También puedes leer a Frantz Fanon: *Piel negra, máscaras blancas*...

Y si tienes tiempo: los libros de Genet: *Diario del ladrón*, *Nuestra Señora de las Flores*.

Y claro (pero para eso hace falta mucho tiempo), el libro de Sartre: *San Genet*.

También podrías leer a Marcel Jouhandeau: *De la abyección* (es muy bueno si dejamos de lado la vertiente cristiana, que es un poco invasiva, pero que le proporciona un marco para pensar esa hermosa idea de inventarse a sí mismo gracias al agravio del que uno es objeto).

Para una reflexión teórica: Bourdieu: *Meditaciones pascalianas*.

bueno... ¡¡¡con eso deberías tener material hasta el final de las vacaciones!!!
...

Yo no sólo lo escuchaba cuando hablaba, absorbía hasta sus frases más anecdóticas, sus menores movimientos. (Un día recordaré, muchos años después de estos momentos con Didier —un día, es decir, cuando todo lo que había sido energía, desesperación, luchas, se convirtió en recuerdo—, recordaré que la primera vez que me encontré con Didier en un café del centro de Amiens, le pidió al camarero con voz tenue y amable un café solo y un vaso de agua, y durante los meses siguientes pedí lo mismo, cada vez que se presentaba la ocasión, la asociación del café y el vaso de agua, además del tono sereno de Didier, me parecía el signo de una extremada distinción, un

signo de pertenencia a una clase inalcanzable para mí; y a la que quería pertenecer precisamente por ese sentimiento de inaccesibilidad).

Pero tenía que concentrarme en el examen de ingreso a la Escuela Normal, tenía que redactar el proyecto de investigación. No sabía por dónde empezar y procedía como siempre que había querido cambiar: imitando. Había leído en algún sitio que Jean-Paul Sartre leía un libro al día cuando era joven, y yo pensaba que tenía que hacer lo mismo que él. Leía durante gran parte de la noche para mantener ese ritmo humanamente imposible, Elena me encontraba cansado, me lo decía, estaba adelgazando. A partir de mis lecturas esbozaba el borrador del proyecto, exponía mis ideas a Didier y él me daba consejos, me recomendaba otros títulos, *Hay que seguir, hay que seguir*. Y seguía, todos los días e incluso varias veces al día me conectaba a la página web de la Escuela Normal, miraba las fotos de los edificios, del patio, de la fuente que lo dominaba y rezaba para mis adentros, haz que me acepten, una oración así de simple y trivial, sin saber exactamente a quién me dirigía con ese *haz*.

En la Casa de la Cultura le pedía a Babeth horas extraordinarias en el teatro para ganar más dinero y poder comprar más libros, trabajaba, compraba libros, los leía, la falta de sueño se me acumulaba en los músculos pero me tranquilizaba a mí mismo diciéndome que ya descansaría después, cuando hubiera escapado del todo, el descanso se había convertido en una promesa.

Ludovic

Seguía viajando a París los fines de semana. Había conseguido encontrar un modo de acoplar la necesidad vital de conocer hombres y la necesidad física de trabajar; los sábados llegaba en tren a la Gare du Nord y andaba desde allí hasta una biblioteca que cerraba tarde; en la biblioteca trabajaba, es decir, leía hasta que me escocían los ojos, tomaba notas e intentaba memorizarlas para el examen oral si es que llegaba al examen oral. Compraba cuadernos que llenaba de notas de lectura. Trabajaba con la energía de la desesperación, tenía la impresión de que si no leía todos los libros del mundo, si no lo conocía todo, suspendería, tenía que recuperar el tiempo perdido respecto a quienes iban a formar parte de mi nueva vida en París y que veía a mi alrededor durante las sesiones de trabajo en la biblioteca, los que habían leído desde los primeros años de vida, no como yo, los que tenían una cultura que yo no tenía, referencias que yo ni siguiera sospechaba, ya sólo veía mi vida como una carrera de velocidad en la que había empezado a correr demasiado tarde, en el momento en que casi todos los demás prácticamente habían cruzado la línea de llegada; tenía que recuperar ese retraso imposible. *Tengo que escapar*. A eso de las ocho de la tarde comía en el patio de la biblioteca un bocadillo que había preparado en Amiens antes de subir al tren, y luego volvía a alguno de los escritorios colocados entre las estanterías de libros para seguir trabajando y cuando la biblioteca cerraba y salía de allí, ya de noche —casi siempre salía de allí de noche—, me dirigía al barrio de los bares donde sabía que podía encontrar lo que buscaba, alguien que me invitara a dormir en su casa. Caminaba atontado

todavía por las horas de lectura y de concentración, con nuevos conceptos e ideas palpitándome bajo las sienes.

Dormía en casa de un desconocido, casi siempre uno nuevo, y el domingo a mediodía volvía a la biblioteca y trabajaba todo el día, como el sábado. El domingo por la noche regresaba a Amiens, con la mente a rebosar no sólo de todo lo que había aprendido mientras trabajaba, sino también de todos los encuentros, de las casas de los hombres que me invitaban a dormir, un jugador de fútbol que me había llevado a su apartamento en el extrarradio y me había pedido que, si nos cruzábamos con alguien, dijera que yo era un amigo del trabajo, un banquero que vivía en una casa enorme, un fotógrafo venido a menos. Regresar a Amiens los domingos a la puesta de sol era regresar al pasado, a lo que yo quería que fuera el pasado, como si viviera y sintiera por delante de la realidad; consideraba Amiens como el lugar de mi pasado cuando era el de mi presente y París como el de mi presente aunque todavía no era más que el lugar de mi futuro; un futuro solamente potencial, virtual.

Conocí a Ludovic en uno de esos bares del Marais donde solía buscar a alguien con quien pasar la noche. Simpaticé con él enseguida, por su amabilidad conmigo y porque coincidía con lo que yo quería llegar a ser; daba clases en una gran universidad parisina, viajaba, tenía dinero, formaba parte plenamente de la vida en París. Iba al teatro, a la ópera. Yo quería que me incluyera en su vida, como Elena o Didier. Él me invitaba a dormir en su casa, a cenar en restaurantes lujosos con luz tamizada en los que el chef solía venir a saludarnos al terminar la cena. Él me explicaba Es un signo de distinción, con él continuaba mi transformación. Otras veces, me llevaba a un hotel. Decía que dormir en un hotel le proporcionaba una sensación de libertad, y era extraño pensar en algunas personas

de mi infancia que no comían todos los días por falta de medios, mientras que otros dormían en un hotel simplemente por la *sensación de libertad*. Gracias a Ludovic, ya no necesitaba buscar un sitio para pasar la noche cuando llegaba a París los sábados por la tarde. Trabajaba en la biblioteca hasta el cierre, y me reunía con él por la noche. Los domingos me llevaba a almorzar a algún salón de té donde se podía tomar té y *champagne* durante una misma comida. Estas comidas se llamaban *brunchs*, yo no conocía la palabra. (Ahora me siento obligado a preguntarme: ¿utilicé a Ludovic? ¿Me hice amigo suyo porque comprendí que podría ayudarme en mi proyecto de traslado a París? Creo que no).

Le hablaba a Ludovic de la Escuela Normal Superior; él había estudiado allí, me daba consejos sobre la forma de escribir mi proyecto y sobre el examen oral al que tendría que enfrentarme si superaba la primera etapa. A veces, los sábados por la tarde veía a Didier en París, pero todavía me intimidaba demasiado y después de cada cita la melancolía me abrumaba. Me comparaba con él. Todo lo que había llevado a cabo, los libros que había escrito, el intelectual famoso que era, todo me abrumaba porque todo lo que él era me recordaba todo lo que yo no era. Me presentó a su pareja, Geoffroy, que también estaba empezando a escribir libros.

Proyecto, continuación y final (la esperanza)

Un día, terminé el proyecto. Había estado trabajando en él más de un año, un año soñando con el traslado a París. Releí varias veces lo que había escrito, lo imprimí en casa de Geoffroy, reuní todos los formularios y papeles administrativos que hacían falta y me dirigí a los edificios de la Escuela Normal. Era viernes por la tarde, había llegado a París un día antes que de costumbre. Me había puesto la mejor ropa que tenía, mi mejor camisa y mi mejor corbata, ceñidas bajo un chaleco y una chaqueta; subí al metro y cuando llegué al patio de la Escuela seguía pensando: *Si lo consigues estás salvado*. No me daba cuenta de que era el único vestido de modo tan formal; había intentado vestirme como pensaba que debían de vestirse los alumnos en esa clase de escuelas. Llamé a una puerta y una mujer bajita y morena me invitó a entrar; yo sonreía; quería caerle bien. Le entregué mi dosier y le pregunté cuántos había recibido. Me contestó «varios centenares, y en su sección sólo van a admitir a dos o tres personas, ¡la competencia es dura!». Ya no recuerdo lo que contesté, supongo que alguna frase trivial como «cruzo los dedos», salí y pensé, Lo voy a conseguir.

Tenía que esperar los resultados pero sabía que en cualquier caso me mudaría a París en otoño, incluso si fracasaba.

Viajaba cada vez con más frecuencia entre Amiens y París, mi presencia en Amiens se había reducido a dos o tres días por semana, que pasaba con Elena, pero cada día me parecía un poco menos a ella, me alejaba. Cuando me encontraba con ella me daba la impresión de ver a la persona que había sido, como si Elena fuera una fotografía de mi pasado.

Me esforzaba para que ella se uniera a mi transformación y también se transformara, conmigo. Le hablaba de los libros que leía, la animaba a leerlos; la animaba a adoptar mi nuevo estilo de vida, la invitaba a tomar *brunchs* conmigo, a vestirse de otra manera que me parecía más parisina. Era como las imágenes de mis primeros pasos en Amiens pero al revés, ahora era yo quien intentaba transformarla, aunque sin éxito. ¿Acaso ella rechazaba inconscientemente la inversión de los papeles, ahora que era yo quien le enseñaba cosas? Le hablaba de mis proyectos, de París, y le pedía que viniera a vivir conmigo; pero cuanto más cambiaba yo, cuanto más me veía cambiar Elena, más se empeñaba, tensa, en lo que ella era; es decir, en lo que yo había sido. Discutíamos, ella gritaba que despreciaba a los parisinos y su esnobismo, y que si seguía por ese camino terminaría despreciándome a mí también. Odiaba mi ingenua y ciega aprobación de las reglas de la burguesía. Durante nuestras peleas gritaba que quería leer por placer y no para acumular conocimientos, no para acumular poder, como yo; ella, que me había regalado los primeros libros que tuve en mi vida, que me había llevado a ver cine de autor por primera vez, decía ahora que todas esas cosas le repugnaban, que sobre todo no quería convertirse en alguien como yo. Aun así yo me empeñaba; quería que conociese a Didier, pensaba que a lo mejor, tras conocerlo, cambiaría de opinión y querría venirse vivir conmigo a París.

Los reuní en un café; le había dicho a Didier que Elena era mi mejor amiga, y los tres estuvimos charlando una hora. Didier le preguntaba cosas. Intentaba conocerla pero ella no contestaba de manera normal; yo veía que ella sufría. Al salir del café le propuse a Didier acompañarlo a la estación en el autobús; él regresaba a París esa misma noche. Elena fue con nosotros hasta la parada del autobús, le dije adiós, me senté junto a Didier y cuando el autobús arrancó Elena levantó la

mano y cerró el puño con el dedo corazón extendido mirando a Didier, con una expresión de dolor y de tristeza en la cara.

Resultado

La noticia llegó a Amiens una mañana, cuando acababa de despertarme. Abrí los ojos, fui a la cocina y descubrí que había recibido un correo para anunciarme que me admitían en el examen oral de la prueba de acceso. Me eché a llorar y llamé a Didier para contárselo. Hablaba deprisa, no podía controlar la voz. Fui a dar un paseo por la ciudad mirando a mi alrededor, observando las casas de ladrillo y las calles como si las viera por última vez, me estaba despidiendo, quería recordarlo todo, fotografiarlo todo.

El examen oral estaba previsto apenas una semana más tarde y durante una semana leí todo lo que pude, preparé frases y anoté ideas sobre distintos temas, y me entrené hablando frente al espejo. Pedí a Léa y a Lucas que me sustituyeran en la Casa de la Cultura, tenía que dedicar todo el tiempo a la preparación del oral, y aceptaron sin dudarlo, aunque no les expliqué por qué no podía ir a trabajar; les dije que era importante, pero sin dar más detalles. (Todavía no lo he dicho pero obviamente no hablaba del examen con la gente de mi entorno en Amiens, por miedo a suspender, por miedo a tener que decirles a los demás que había suspendido, porque —de forma estúpida— habría sentido que confesar el fracaso era confesar una debilidad).

Fui a París la víspera del examen. Didier me había aconsejado que llegase un día antes para prepararme con él y con Geoffroy, y seguí su consejo, ellos desempeñaban el papel de jurado y me hacían preguntas, ambos sentados en la cama de Geoffroy y yo, de pie, delante de los dos. Intentaba contestar lo mejor posible pero tras cada respuesta pensaba: *no lo*

conseguiré nunca. Por la noche dormí en un hotel. Didier me había reservado una habitación para que pudiera pasar la noche en buenas condiciones con vistas al oral del día siguiente, y la pagó de su bolsillo; como con Babeth, Ludovic, y en cierta medida Elena, me pregunto: ¿por qué decidió hacerse cargo de mi destino? ¿Es que yo despertaba en la gente ese impulso, es que mi infinita desesperación y mi esperanza ilimitada, su coexistencia dentro de mí, eran visibles?

En el metro, de camino a la Escuela Normal, la frase me martilleaba todo el cuerpo, siempre la misma frase: *Si lo consigues estás salvado*. Intentaba pensar en otra cosa pero no podía huir de mí mismo, las palabras y la realidad eran más fuertes que yo, no era capaz de pensar en nada más: *Si lo consigues estás salvado*.

Llevaba camisa y chaqueta pero Didier me aconsejó que no me pusiera corbata, demasiado formal. Bajé del metro y subí la escalera hasta la calle, caminé unos centenares de metros y cuando llegué a la entrada de la Escuela me empezaron a pesar las piernas, andar resultaba difícil, como si de pronto me desplazara en un océano a contracorriente de las olas o en un río de barro. Me temblaban las comisuras de los labios, intentaba sonreír a la gente con la que me cruzaba pero la sonrisa se convertía en temblor. Todos los alumnos que veía en los pasillos me parecían más atractivos, más inteligentes que yo, veía grabada en sus cuerpos la pertenencia a un mundo privilegiado, había aprendido a ver esas cosas al primer vistazo, lo sabía, veía toda su infancia en la postura de su cuerpo o en su manera de arreglarse el pelo, en algo tan minúsculo y *a priori* tan anecdótico, en la forma de mirar a su alrededor, en el modo de mirar a los demás, veía los viajes de su infancia, las conversaciones con sus padres, los libros que habían leído a los seis o siete años, los platos que habían

comido, llevaban grabada toda su historia, bastaba con saber leerla y yo sabía hacerlo, había adquirido ese poder. Un hombre me llamó por mi nombre en el pasillo, ¿señor Bellegueule? Varias personas se volvieron a mirarme, probablemente pensaron que era una broma, que nadie podía tener un nombre tan ridículo.[*] Sentía las piernas cada vez más pesadas, me daba miedo no poder moverme y caerme al suelo, estropearlo todo en ese momento, después de tantos meses de trabajo y de esfuerzo, justo cuando estaba más cerca que nunca de la meta.

Delante del jurado, empecé a creer que podía lograrlo.

Recordé todo lo que había aprendido, todas las fichas redactadas durante los meses precedentes, los consejos que Didier y Geoffroy me habían dado, nuestro entrenamiento la víspera; todo me vino a la mente. Hablaba con facilidad, creo que con soltura y seguridad en la voz, el miedo había desaparecido. El hombre que me había hecho la mayoría de las preguntas me dio las gracias, y salí. Estaba seguro de que iba a aprobar, llamé a Didier para contarle cómo había ido pero él le ponía freno a mi entusiasmo, ahora comprendo que lo hacía por generosidad, para que, si fracasaba, el golpe no fuera demasiado duro.

Unos días después, recibí un correo en el que me comunicaban que me habían admitido. Caí de rodillas, volví a llorar, todo cambiaba a mi alrededor, el sentido de mi pasado y de mi futuro, mi perspectiva de la vida y de los demás; incluso las características del aire y la luz parecían transformarse. Me repetía a mí mismo: *estoy salvado, estoy salvado*.

Entrevista imaginaria frente a un espejo

A partir de ese momento debes de haberte sentido aún más impaciente por marcharte de Amiens.

Era más que impaciencia. Cuando más se aproximaba la fecha de mi traslado a París, más me asfixiaba en Amiens; me sentía atrapado. La certeza del futuro volvía insoportable la realidad del presente; es decir, la certeza de que me iba a mudar a París para estudiar en esa escuela que representaba para mí, ya te lo dije antes, una ruptura definitiva. Estudiar en ella era como huir aún más lejos, de ir a París más todavía que si hubiera estudiado en otra parte, como si París no fuera el nombre de una ciudad sino de cierta realidad social, y al ingresar en esa escuela estuviera aún más presente en la ciudad; ¿me explico?

Todavía no sabía que una vez que entrase en la escuela, ésta perdería toda su importancia para mí.

Le propuse a Elena que tomáramos algo en la terraza de un café, hacía muy buen tiempo, un calor de finales de verano. Me senté frente a ella y le anuncié que iba a mudarme a París al cabo de un mes. Ella sabía que mi proyecto se había convertido en algo real, pero no imaginaba que todo iba a ocurrir tan deprisa, creo. Y entonces le dije que me habían admitido en la Escuela Normal Superior, que había estado preparando el examen de ingreso esos últimos meses sin decírselo.

¿Cómo reaccionó?

No lo recuerdo. Sólo recuerdo mi propio desgarramiento. La seguía queriendo, pero tenía la impresión de que el Yo que pensaba «la sigo queriendo» no era el Yo que la había querido. Yo había cambiado demasiado, no era la misma persona. Y sin

embargo, la quería. Es un sentimiento difícil de explicar... Intentaba aferrarme a una relación pero me daba cuenta de que una relación nunca existe como tal, tomaba conciencia de algo obvio, que una relación es un vínculo entre dos personas y yo había dejado de ser la persona de la relación con Elena. Sentía nostalgia por un fantasma.

Me habría gustado suplicarle a Elena que cambiase también, como yo, en el mismo sentido que yo, que adoptara mis nuevos sueños, mis nuevos intereses. Quería sacudirla por los hombros, quería ordenarle que se volviera como yo, gritarle a la cara que empezase a querer vivir en París, a querer vivir todas las vidas, como yo, a querer transformarlo todo. Todo, como yo...

Se lo dijo a Nadya y Nadya organizó una pequeña fiesta en mi honor, la hermana de Elena hizo un pastel para la ocasión y escribió ENS sobre el glaseado de chocolate.

Tendría que haber sido una velada festiva, pero todo dejaba un sabor a cenizas.

Se transformó de manera inevitable en una ceremonia fúnebre, una ceremonia de separación.

¿Y después?

Los rumores empezaron a correr por la ciudad. Había dicho a varias personas que me iba, y por qué. Y entonces vi en internet que alguna gente que conocía desde hacía años —gente que había sido amiga mía— decía que me había acostado con Didier para «triunfar»; una palabra ridícula, pero era la que utilizaban. Decían que era ambicioso, egoísta, arribista, que me había aprovechado de todo lo que había aprendido en Amiens y con mis amigos de Amiens para salir adelante, para marcharme a París. Cuando andaba por la calle veía miradas hostiles; sé que lo que digo parece exagerado, pero es verdad. Los rumores se multiplicaban, cada rumor generaba otros, más amplios y más desagradables. ¿Por qué reaccionaron así? ¿Es

que al querer cambiar les recordé que ellos no lo hacían? ¿Es arrogante que me plantee esta pregunta? No, no lo es, porque no creo en la superioridad de quienes cambian respecto a quienes no cambian, en ese momento sí, pero ahora ya no... intento entenderlo. O quizá es que existe un odio al cambio, sin causa, sin explicación, que se transmite entre las personas y a través del tiempo, no lo sé.

¿Cómo reaccionaste a esos rumores?

No tenía palabras. Estaba paralizado. Lo único que podía hacer era llorar cuando estaba solo.

Me acuerdo de una chica, Clothilde, que había ido al liceo con Elena y conmigo, y que esos días escribió en las redes sociales que me había aprovechado de la cultura de Elena y de su familia, de todo lo que me habían enseñado sobre arte o cine. ¿Qué podía contestar? Era una acusación tan desagradable que me dejaba sin palabras. Ya sólo pensaba una cosa: hay que irse, hay que irse.

Despedidas

Había empezado a buscar un sitio para vivir en París. No tenía suficiente dinero para alquilar un apartamento y llenaba formularios para intentar conseguir una habitación en una residencia universitaria. Le estaba contando a Ludovic mis gestiones administrativas cuando me propuso que viviera en su casa; caía la noche, Ludovic caminaba a mi izquierda empujando su bicicleta, de la que casi nunca se separaba. Además del enorme apartamento donde vivía con sus hijos, era dueño de un pequeño estudio en el centro de París, en la plaza de la République. Podía quedarme gratis en el estudio, no tenía que pagarle alquiler. Su propuesta lo cambiaba todo, el futuro me parecía casi fácil, todo encajaba. Abracé a Ludovic y le di un beso en la mejilla.

Se acercaba el día de la mudanza. En Amiens, contaba los días que me quedaban antes del traslado, pensaba: *ya sólo quedan veintiuno, venga, sólo veintiuno y te habrás ido de aquí*. Había llenado una docena de cajas, no tenía nada aparte de mi ropa y los libros que había comprado desde que conocí a Didier. Dejé el trabajo en la Casa de la Cultura, Babeth me abrazó; me dijo que estaba orgullosa de mí, que estaba segura de que haría grandes cosas en París, era una de las pocas personas en Amiens que se alegraban de que me fuera, ella y las personas con las que trabajaba, Christiane, Satine, Lucas, Léa y los demás; no sé por qué aquella gente era tan distinta al mundo que la rodeaba, quizá porque muchos de ellos eran artistas y veían el trabajo en el teatro como una etapa en sus vidas, porque pensaban marcharse también algún día y su presencia incluía la esperanza de irse. Elena necesitaba dinero

y le pedí a Babeth que la contratara para sustituirme, Babeth confiaba en mí y prometió hacerlo (y mantuvo su promesa, lo hizo una semana después de que yo me fuera).

Tenía que despedirme de Elena. Quedé con ella en la terraza de un café. La vi de lejos, esperándome, su teléfono y un vaso sobre la mesa delante de ella. La luz del sol era demasiado intensa, me hacía daño en la piel y me secaba la boca. Me senté y miré a Elena pero no encontraba nada que decir. El sol me quemaba. Aun así lo intenté, volví a pedirle que viniera conmigo, *Tendremos el apartamento de Ludovic, estaremos juntos. Podrás hacer todo lo que quieras*.

Ella me dijo una vez más que su vida no estaba en París, sino aquí. No seguí insistiendo. Me quedé sentado junto a ella sin decir nada. La gente pasaba, reía, la acción del sol sobre su piel les hacía sonreír. Yo buscaba cualquier cosa, cualquier frase que decir, pero cuanto más buscaba más en blanco me sentía. Intentaba no llorar porque sabía que mis lágrimas habrían hecho la despedida más real, que habría hecho más real mi abandono. En el silencio me vinieron a la cabeza imágenes: la de la primera vez, cuando Romain me señaló a Elena en el patio del liceo; la primera vez que leí a su lado, en la biblioteca, fascinado por su capacidad de concentración; el baño que nos dimos juntos en el mar helado, la primera vez que bailé con ella y que aspiré el aroma de su pelo; escenas de su risa, esa risa sonora que llenaba toda la habitación. Me acordé de esa noche en la que, después de beber demasiado, dormí acurrucado contra su cuerpo, en su cama minúscula, sin tener frío gracias a la temperatura de su cuerpo, apenas consciente pero reconfortado por su presencia; de la vez en que estuve a punto de morir de peritonitis y cómo ella pasó dos semanas en la cabecera de mi cama, dándome la comida,

secándome la frente cubierta de sudor. Pensaba: *no llores, no puedes llorar*. No sabía lo que pensaba Elena, sentada a mi lado; imagino que sentía rencor. Tras una hora en silencio, me levanté y dije que tenía que irme. Se había acabado.

En una primera versión de este libro, empecé la narración con las siguientes palabras:

La historia de mi vida es una sucesión de amistades rotas. En cada etapa de esta vida, de esta carrera contra mí mismo, he tenido que separarme de personas a las que una vez quise para llegar más lejos. No lo decidía yo, ni ellos tampoco: yo luchaba por transformarme y ellos no tenían la misma obsesión, seguían siendo como eran cuando los conocí, y de pronto ya no nos parecíamos; ya no encontrábamos nada que decirnos, ya no nos entendíamos. Me veía obligado a ir en busca de nuevas personas que me acogiesen, antes de que mi deseo de transformación me propulsara una vez más hacia otra vida y las abandonase a ellas también.

Un monólogo de Elena
(homenaje a Jean-Luc Lagarce)

Cuando te fuiste
—lo recuerdo todo—
hubo que comprender. Tuve que comprender que yo no era
tu vida sino que sólo había sido un momento de tu vida.
Y que me había equivocado.

¿Es culpa mía?
Tal vez hice algo mal,
No lo sé
Me lo podrías haber dicho.
Por qué no me lo dijiste
me lo podrías haber dicho
si había hecho o si había dicho algo mal,
Un error
Yo habría cambiado.
Podría haber cambiado.

Uno no puede irse así, sin darle al otro una oportunidad para
mejorar,
No es justo
¿Me oyes?
¿Por qué no me diste mi oportunidad?

No, no cometí un error
No sé por qué digo esas cosas
Dejo que me utilicen,

es lo que dicen,
Hablo pero sé
Conozco la respuesta
Y la respuesta eres Tú

No te fuiste por mis errores sino por tu egoísmo,
La respuesta no está en mí
Está completamente fuera de mí
No hay que equivocarse sobre eso
No hay que permitir nunca que a uno lo manipulen
Tú querías vivir tu vida
Tú mismo decías esa frase cuando yo te hacía reproches
Era tu forma de no contestar
Tengo que vivir mi vida
Y para ti yo sólo era una etapa.

Tendría que haberme dado cuenta.
Quería ser tu línea de llegada y sólo fui tu línea de salida.
Es estúpido,
Pensaba que viviríamos juntos.
Hablábamos de ello, fantaseábamos,
Tú serías profesor de historia y yo, periodista o artista,
No una gran artista,
no,
eso no me interesaba,
Nunca he aspirado a ser famosa,
Sólo una pequeña artista en una pequeña ciudad de provincias,
Con algo que hacer
Una artista sin público,
Pero habríamos sido felices.

Yo habría sido feliz.

Por qué te has ido

Me quedan imágenes
Caminas bajo la lluvia junto a mí
Me cantas al oído
Susurras
Estás ahí

¿Recuerdas la vez que llegaste con la cara cubierta de maquillaje?
Fue al pie de la catedral
Siempre decías que eras feo, tenía que repetirte que no
Y ese día,
Decidiste maquillarte por lo mucho que odiabas tu cara

Cuando te vi llegar con la cara de color naranja
—no sabías maquillarte, no lo habías hecho nunca—
Me eché a reír.
No podía dejar de reír
Estabas de un color naranja ridículo,
Te miraba y reía,
Pero mi risa no te ofendió,
¿Te acuerdas?
No te ofendiste
Tú que eras siempre tan susceptible
y te ofendías por cualquier cosa
Te reíste conmigo.
Te dije: ¡Pero qué naranja estás!

Saqué un pañuelo del bolsillo, lo humedecí con saliva y te limpié la cara.
Sostenía tu cara con una mano y tenía el pañuelo en la otra
Me dejaste hacer

Y te dije: no te escondas. Eres guapo, no necesitas
esconderte.
No te escondas

Ahora es demasiado tarde
Todas estas imágenes desaparecerán.

¿Es presuntuoso por mi parte imaginar el dolor de Elena? En realidad, lo que pongo en sus palabras imaginadas es mi propio dolor, mis remordimientos, mi nostalgia. Habla el Otro Yo, el que habría querido quedarse, y al hablar me hace reproches.

Llegada

Juliette, la nueva amiga que Elena y yo conocimos en la Universidad de Amiens, apiló mis cajas en su coche; yo hice el viaje en tren y ella se reunió conmigo en París. La esperé en el portal del edificio donde estaba el apartamento de Ludovic, y cuando llegó subimos las cajas; la mudanza terminó en menos de una tarde. Ludovic había dejado en el apartamento una mesa minúscula, una silla y un sofá cama; puse mis libros en el suelo y coloqué la ropa en el único armario. Juliette pasó la noche allí, con Guillaume, el chico con quien acababa de prometerse; los tres compartimos el sofá cama, apretujados; al día siguiente ella regresó a Amiens, y cuando estuve solo en el estudio miré a mi alrededor. Pensé: Ahora ésta es tu casa. Vives en París. Todo puede empezar.

Salí a pasear por las calles observando a la gente. Me decía que vivía en aquella ciudad, como la gente a la que veía unos meses antes caminando por las calles de París con sus bolsas de la compra y a la que envidiaba, gente cuya vida intentaba imaginar pero de la que ahora formaba parte, y desde fuera se habría podido pensar que siempre había formado parte de aquella vida, que siempre había estado allí, en aquella ciudad, quizá alguien podría haberme envidiado. Cuando volví a subir al apartamento cogí una hoja de papel y anoté el programa de mi futura vida:

Cambiar de nombre (¿ir al tribunal?), Cambiar de cara, Cambiar de piel (¿tatuaje?),

Leer (convertirme en otra persona, escribir), Cambiar de

cuerpo, Cambiar de hábitos, Cambiar de vida (llegar a ser alguien).

No sé si esto vale para todo el mundo, pero para mí, cuando empezó el proceso de mi transformación, se convirtió en un trabajo sumamente consciente, una obsesión permanente.

Algunas personas describen su transformación como un proceso lento, como una superposición de cambios sucesivos del cuerpo y de los estados del cuerpo, de la forma de ser, de existir, tan escalonados y repartidos en el tiempo que no precisan de la conciencia o la voluntad para producirse; algunas personas explican que cambiaron al contacto de clases de cuerpos y de individuos distintos a los que habían conocido en la primera etapa de sus vidas, interiorizando, a menudo de manera difusa, las actitudes de esos nuevos cuerpos e individuos. Ése no es mi caso. Yo quería cambiarlo todo, y que todo lo que hacía avanzar el cambio fuera el resultado de una decisión. Quería que nada escapara nunca más a mi voluntad.

En el pequeño apartamento de Ludovic miré por la ventana, a mi izquierda, miré el cielo, los tejados de los edificios y los cuerpos en la calle, a lo lejos, y pensé: «Todo empieza ahora».

III
Breves cartas para un largo adiós

(explicaciones ficticias con Elena)

Lo que experimenté, lo que sentí durante los primeros días en París fue la libertad de los comienzos, tan especial, tan imposible de comparar a ninguna otra forma de libertad; la misma que sentí a tu lado cuando me mudé al apartamento del boulevard Carnot. Me despertaba por las mañanas y miraba a mi alrededor. Veía el sofá cama en el que estaba acostado, la cocina, la mesita y la silla a juego para trabajar y comer, los libros que había traído de Amiens, y pensaba: Estoy en mi casa. Soy libre.

Pensaba: Nunca habría imaginado que llegaría tan lejos.

En aquel momento tenía miedo de hablar contigo para no agravar la distancia entre los dos, pero era como si en París todo fuese hermoso, ahora puedo contártelo, han pasado los años; todo era hermoso, incluso las cosas más insignificantes, ir a comprar agua a la tienda de comestibles de abajo, llevar la ropa a la lavandería, comprar productos de limpieza; incluso las peores cosas, las más triviales y pesadas, como rellenar formularios administrativos, porque todo lo que hacía era como una confirmación de mi libertad, como una prueba de haberlo logrado.

[¿Me echabas de menos?]

Seguía explorando París como durante mis primeros viajes, cuando la capital no era todavía más que una fantasía; me acostaba cuando quería, leía, quedaba con hombres, iba a las clases en la Escuela Normal Superior con el sentimiento embriagador e ingenuo de pertenecer a una élite, vivía todos

los gestos cotidianos como actos conquistados a la fatalidad.

Intentaba olvidarte. La frase que me venía una y otra vez a la cabeza, y que me repetía a mí mismo, era que *tenía que vivir todas las vidas*, y creo que me decía que ese imperativo era lo que nos había alejado, no yo o mis decisiones, sino una necesidad más fuerte que yo. Que yo no era la causa. Me decía que, en toda lógica, no tendría que haber conocido más que la vida del norte, porque nadie de todos los que habían crecido conmigo había podido huir de ella, tú lo sabes, crecían y morían en la región donde habían nacido, y todos los días sentía dentro de mí la felicidad de un superviviente. Recordaba las veces que algunos chicos del pueblo habían dicho que se iban a vivir a otra parte, a una gran ciudad, para ser cocineros o empleados de limpieza, los únicos trabajos accesibles para ellos, sin diplomas ni conocimientos, antes de regresar unas semanas más tarde murmurando, con la cabeza gacha, que habían fracasado, que era demasiado difícil, demasiado caro, que habían perdido el trabajo, como si la ciudad los hubiera rechazado. A diferencia de ellos yo quería que nada se me escapara. Vivirlo todo era vengarme del lugar que el mundo me había asignado al nacer. Y eso, si no me equivoco, tú no lo entendías.

Sólo veías el abandono.

Conocí en un bar a un diseñador de moda. Fue justo después de la mudanza. Durante la semana me invitaba a dormir en su casa. Me hacía sesiones de fotos, quería que fuese modelo. Me presentaba a sus amigos, que trabajaban todos en el mundo de la moda; habían viajado por todo el mundo, hablaban pasando del francés al inglés, *siempre acababan de volver de alguna parte*, es curioso, de Italia, de Singapur, de Corea del Sur. A partir de las ocho de la tarde se reunían y hacían fiestas. Ponían música

para bailar y desfilaban por el cuarto de baño para esnifar cocaína, me la ofrecían, yo bailaba con ellos, la música latía en mi cuerpo, bebía *champagne* y vodka hasta el amanecer. Y había noches —ahí es donde quería llegar—, había noches en las que me quedaba quieto, miraba a mi alrededor como si congelara el tiempo y pensaba que nunca habría esperado vivir tanto, en el sentido más cuantitativo del término, tantas experiencias, sensaciones, escenas tan alejadas de las que había compartido contigo o, más joven, con mi familia. Hubo otros encuentros, otras vidas, un ferroviario que se reunía conmigo por las noches y que olía a grasa y metal; otro hombre que me invitaba a cenar en los grandes palacios, el Ritz, el Plaza Athénée —¡si me hubieras visto, si hubieras oído mi forma de hablar en aquellos sitios!—, otro que vendía droga y que aparecía siempre con gruesos fajos de billetes entre las manos; otro a quien acompañaba a los festivales de ópera más importantes de Europa, Salzburgo, Aix-en-Provence.

Lo vivía todo.

Principalmente seguía viendo a Ludovic. Fue él quien hizo que mi llegada a París fuese tan fácil, quien me proporcionó un lugar para vivir. Cuando te hablaba de él, al principio, antes del silencio definitivo entre tú y yo, decías que lo estaba manipulando para entrar en el mundo parisino pero no es verdad, no lo manipulaba, quería que me ayudase, que es distinto. Quizá le decía frases que no pensaba del todo, quizá lo halagaba un poco pero no era para hacerle daño, lo que me movía no era el cinismo sino la necesidad de que me ayudasen, casi la desesperación por recibir ayuda. Los que quieren encontrar una salida casi siempre son acusados de manipuladores, pero no hay nada más falso, Elena. Tú decías que le tenía cariño porque me ayudaba, pero es una oposición

sin sentido, claro que le tenía afecto por eso, no sólo por eso pero en parte por eso, porque fue así como se presentó en mi vida, es lo que era, alguien que podía ayudarme, igual que se puede ser guapo, o sensible, o inteligente. ¿Acaso no es posible apreciar sinceramente a alguien por la protección que te ofrece?

Él me decía que le gustaba estar conmigo. Creo que entendía lo que pasaba, mi súbito deseo de conocer el mundo y quería formar parte de ese renacimiento. Los fines de semana me llevaba de viaje a Lisboa, Roma, Londres, Oporto, Estambul, yo, que no había viajado nunca, viajaba a todas partes con él, que me hacía descubrir aspectos inéditos de la existencia humana. Visitaba museos, catedrales, mezquitas, me regalaba novelas de autores de los países que visitábamos, Pessoa en Portugal, D'Annunzio en Italia, Woolf en Inglaterra. Me había convertido en un burgués, llevaba la vida de un burgués, y casi lo parecía. Nadie podía atisbar mi pasado bajo la superficie del disfraz, o al menos eso era lo que me empeñaba en creer. La fascinación de los primeros viajes a París se multiplicaba por diez; subía al avión y pensaba: Nunca habría subido a un avión, estaba condenado a no hacerlo; me sentaba en un restaurante de Lisboa frente a Ludovic y pensaba Nunca me habría sentado en este restaurante; miraba la Acrópolis de Atenas y pensaba Mis ojos estaban destinados a no verla, sentía la conmoción del milagro en todos mis gestos, era un intruso que había robado una vida que no le pertenecía. Escribiendo todas estas cosas que te cuento, escribo mi propio *Diario del ladrón*. Una mañana, en Roma, en una habitación de la villa Médicis que Ludovic había alquilado, estaba leyendo *Viaje al fin de la noche*, el libro de Louis-Ferdinand Céline, el que tú leías cuando te conocí, y de repente, verme allí, en aquella habitación, en Italia, leyendo el libro que se había convertido en símbolo de mi huida, me hizo llorar. Ludovic había salido a comprar café. Me sequé los

ojos por miedo a parecer ridículo, y cuando regresó, no le dije nada.

[Te echaba de menos].

Tras la mudanza, puse manos a la obra de inmediato. Tenía que escribir, me había ido lejos de Amiens y de ti para hacerlo, en cierto modo ya no tenía elección, tenía que darle un sentido a mi huida.

Sabía cómo empezar porque, cuando cenaba con Didier en Amiens los martes por la noche, él me describía sus jornadas, cómo las organizaba, cuánto tiempo al día pasaba escribiendo. Yo trabajaba el mismo número de horas, hacía los mismos gestos, escribir, imprimir, corregir sobre papel, reescribir, reimprimir, corregir de nuevo. Jugaba a escribir igual que había jugado a ser tú. En el fondo, al escribir llevaba a cabo gestos que me alejaban del pasado, escribía igual que había aprendido a reír frente a un espejo, escribía para conjurar el destino. Me sentaba delante del ordenador y me concentraba. A Didier y a Geoffroy les había hablado de mi infancia, y ellos me animaron a escribir sobre lo que había vivido, la exclusión en el colegio, mi familia, el pueblo; lo intentaba. Después de levantarme por la mañana tomaba unas cuantas tazas de café, a menudo con Ludovic, y luego encendía el ordenador y alineaba palabras, pero no me salía bien, todo lo que escribía era pobre, todo sonaba a falso, todas las frases eran a la vez pesadas y huecas (Didier las llamaba, entre risas, didácticoelípticas).

Lo intenté un mes, dos meses, todos los días al mismo ritmo, pero era incapaz de producir una sola frase aceptable y tiré la toalla.

No te conté esta renuncia. No te dije que en ese momento la euforia de las primeras semanas en París había desaparecido

por completo, que no era sólo la escritura. No te lo dije porque temía darte la razón, oírte decir que no tendría que haberme ido. Cuando hablaba contigo te decía que todo iba bien y que llevaba una vida maravillosa, envidiable, que estaba escribiendo un libro; pero todo era para disimular lo que ocurría en realidad. Porque me daba cuenta de que en París tenía que volver a empezar la metamorfosis. Porque todo lo que había aprendido en Amiens ya no valía, París era un mundo nuevo y yo un inadaptado en todas partes. En Amiens, contigo, había tenido la impresión de pertenecer a la pequeña élite de la ciudad, de haber llegado a ser alguien; en París ya no era nada, y nada de lo que había aprendido bastaba.

No sabes que tampoco comprendía a los demás en la Escuela Normal Superior. Sentía la misma distancia entre ellos y yo que la que sentí en Amiens al llegar del pueblo. No podía unirme a sus temas de conversación, me sentía estúpido, torpe, ordinario. La mayoría eran hijos de abogados, arquitectos, directores de empresa o profesores de universidad, habían crecido en los barrios más elegantes de París y frente a ellos me sentía de nuevo como el niño de mis primeros años de vida, sin referencias, sin conocimientos, sin un pasado en el que apoyarme; en comparación con Amiens, estaba dando pasos atrás, aquellos estudiantes me devolvían al pasado; no puedo decir que no me avisaras de lo que iba a ocurrir. Citaban a autores que no conocía, hablaban de los viajes con sus familias, parecían tan en su elemento... Me comparaba con ellos y me avergonzaba de mi trayectoria rota y aleatoria. Es estúpido, recuerdo un día en un pasillo de la Escuela; se fundió una bombilla, nos quedamos a oscuras y un alumno exclamó: ¡Qué jocoso! No entendía cómo alguien, pillado por sorpresa, podía decir una palabra tan sofisticada y formal, yo no habría sido capaz, a pesar de toda mi transformación a tu lado. Mi

presencia en la Escuela se convirtió en una fuente de angustia y de melancolía, y decidí pasar en ella el menor tiempo posible. Asistía a las clases, pero siempre que podía me las arreglaba para irme en cuanto terminaban.

En esa época me escribiste, furiosa, que me imaginabas andando triunfal por los pasillos entre un seminario de sociología y otro de filosofía, henchido de orgullo por mi nueva vida.

Quiero que sepas que te equivocabas.

Quiero que sepas que mi vida no se parecía ni a la que tú imaginabas ni a las fantasías que yo tenía antes de marcharme de Amiens.

A menudo, de noche, cuando estaba solo, cogía la lista que había hecho en un trozo de papel al llegar a París. Leía las líneas una por una; en cada línea había escrito un objetivo de cambio. Cambiar mi nombre, cambiar mis dientes, cambiar mi aspecto, cambiar mi risa. Trazaba pequeñas cruces junto a lo que consideraba hecho, y me prometía que la metamorfosis no tardaría en llegar a su fin.

Lo más urgente era transformar mis dientes. Era la parte de mí que suscitaba más preguntas y que más me vinculaba a mi infancia. La mayoría de mis dientes estaban plantados de través en la mandíbula, es cierto, incluso a ti te daba risa, y en París me preguntaban por qué los tenía tan estropeados.

Fue Ludovic quien me ayudó, una vez más. Me llevó a almorzar a un restaurante del Faubourg Saint-Honoré, uno de los barrios más pudientes de París. Cuando llegamos, hombres y mujeres nos ayudaron a quitarnos los abrigos, nos acompañaron a nuestra mesa, retiraron las sillas para que nos sentáramos. Nos ofrecieron aperitivos presentando las botellas en un carrito de madera y plata, y al irnos Ludovic les dio un billete de propina. Un billete.

Sé que tú habrías desaprobado esa clase de sitio. Yo estaba fascinado; pero vuelvo a lo que estaba contando, Ludovic me dijo algo y sonreí. Cuando bajé la mirada y sonreí, y mi sonrisa hizo aparecer mi dentadura, oculta bajo los labios, él dijo con el tono más cariñoso posible, como para no ofenderme: ¿Sabes? Creo sinceramente que deberías hacer algo con tus dientes. Eres

un chico guapo, es una pena tener los dientes tan estropeados. Sentí el calor de la vergüenza, otra vez. Su cariño en absoluto la aliviaba, Elena, como si la vergüenza fuese un sentimiento objetivo, grabado en la materia misma del mundo, y las voluntades individuales no pudieran hacer nada, no tuvieran el menor efecto sobre ella, como si nada, ni el cariño, ni la delicadeza, ni el orgullo, ni los procesos y sublevaciones de la historia pudieran afectar lo que el mundo ha decidido marcar como vergüenza hasta el fin de los tiempos: la pobreza, la fealdad, la abyección. Ludovic siguió hablando, no he olvidado su voz cálida, Además, si quieres ser alguien en París, tener los dientes así es un poco del norte de Francia, si entiendes lo que quiero decir.

Era como ese día en que me enseñaste a manejar los cubiertos, no decía nada. Había aprendido a callarme. Sonreía para ocultar la vergüenza intentando no abrir la boca. Ludovic hizo un gesto con la mano para señalarle al camarero que quería la cuenta. El camarero se acercó en silencio. Ludovic sacó su cartera del bolsillo interior de la chaqueta, la abrió para sacar su tarjeta de crédito American Express y me dijo ¿Me dejarías pedir cita para ti en la consulta de un dentista? Arreglarán el problema perfectamente, y no tendrás que pagar nada. Asentí con la cabeza, Sí, sí, me gustaría mucho.

La vergüenza me inundaba el rostro, pero me sentía feliz, si supieras lo emocionado que estaba.

Una semana después estaba sentado en la sala de espera, con una gruesa moqueta roja en el suelo y obras de arte en las paredes. La secretaria me ofreció un vaso de agua, hice un gesto de asentimiento y observé la habitación. En aquella consulta todo hablaba de lujo, me habría gustado que la vieses, todo recordaba a los pacientes su riqueza y su importancia.

Seguí a la dentista cuando me llamó, pero andando detrás de ella empecé a sentir que el miedo se apoderaba de mi cuerpo. Mis complejos de clase y de origen, que conseguía superar el resto del tiempo, se abalanzaron sobre mí: sabía que en otros contextos podía interpretar un papel, fingir que era otro o incluso mentir sobre mi pasado, pero esa mujer que caminaba delante de mí para examinarme en otra habitación al final del pasillo iba a estudiar mi cuerpo, y mi cuerpo era el elemento de mi persona más difícil de controlar, al que no podía obligar a mentir, la materialización concreta de mi pasado, de mi pasado hecho carne, sangre, huesos.

Me recosté en el sillón y cuando la dentista miró el interior de mi boca, exclamó, ¡Vaya, esto está feo! Me encontré en la misma situación que cuando tu madre me preguntó sobre mi padre, me quedé bloqueado, y, como con tu madre, decidí decir las cosas de la forma más directa posible para superar la vergüenza, dije Vengo de una familia donde nadie tiene dinero y nadie se cuida los dientes. Ella alzó las cejas, Pero estamos en Francia, todo el mundo puede cuidarse la dentadura de forma casi gratuita. No me dejó contestar, no me dejaba contestar, Elena, metió de nuevo los dedos en mi boca y me dio indicaciones, Abra un poco más; así, muy bien; pero la frase que acababa de decir seguía reverberando en mi cabeza, la vergüenza era demasiado intensa, tenía que contestar para expulsarla, tenía que dar una explicación. Tenía que ir más lejos. Hice como había hecho con tu madre aquella noche y dije, Oh, pero yo crecí en el norte de Francia, allí la gente come con los dedos. Así que a todo el mundo le importan un bledo los dientes. Me obligué a reír después de esta frase, pero lloraba por dentro. Me odiaba, me odiaba, claro que me arrepiento, fue la vergüenza lo que me hizo decir eso. ¿Crees que soy mala persona, Elena? La dentista no contestó, se dedicó a limpiar varias caries, decía Hay muchas, esto va a dar

trabajo. Me pidió que volviera la semana siguiente y me aconsejó que viera a un ortodoncista para enderezar mis dientes torcidos.

Al salir de la consulta, la secretaria me dijo que la factura estaba abonada. Llamé a Ludovic para darle las gracias, le conté la cita y le hablé del ortodoncista, me contestó que lo único que tenía que hacer era elegir uno, que me enviaría un cheque para que pudiera pagarle.

Arreglarme los dientes llevó cuatro años, desde que llegué a París con dieciocho hasta que cumplí los veintidós. Una semana después que la dentista, el ortodoncista reaccionó de la misma manera cuando me examinó la boca. Cada vez que salía de su consulta, la dentadura me dolía tanto que tenía que tomar medicamentos que me dejaban atontado. De noche me despertaban los dolores de cabeza, quería estrellar mi mandíbula contra la pared para que dejara de dolerme, para que otro dolor sustituyera al que sentía. Y aun así, me decía a mí mismo Este dolor es la prueba de que estás cambiando.

Después de los dientes, cambié de nombre primero, y de apellido después, en los tribunales. Fui a una clínica para dibujarme una nueva línea de implantación capilar en la cabeza y empecé a vestirme de una forma diferente, que me parecía más acorde con mi vida.

Estaba borrando, una por una, las huellas de lo que había sido.

Escucha.

Me gustaría decirte cómo he aprendido a crear el presente, para que no desaparezca por completo de mi vida y para que la obsesión por la metamorfosis no me asfixie: salgo a caminar por la noche. Es verano y camino de noche, despacio, porque espero que pase algo y porque sé que aquí, en las calles que rodean la plaza de la République, cerca del apartamento de Ludovic en el que vivo, no es imposible. Contaba con la noche para olvidar mis esfuerzos, mi transformación. Supe que había ganado cuando oí un ruido detrás de mí, «¡eh!». Incluso antes de darme la vuelta supe que le iba a querer, que le iba a desear, como si hubiese oído su belleza en el grito. No me di la vuelta. Quería que me llamase otra vez. Quería oír de nuevo el ruido de su belleza.

Seguí andando. Él volvió a gritar, «¡eh!», y sólo entonces me di la vuelta y vi su rostro, con los ojos ocultos por su gorra; sólo veía el mentón y la forma de su torso, que tensaba el tejido fino y blanco de la camiseta como si su cuerpo estuviera dotado de voluntad propia, independiente de él.

¿Tienes fuego?, me preguntó. Necesito encender un cigarrillo.

Yo sabía que era mentira. No quería fuego, no necesitaba encender un cigarrillo, pero entré en el juego; fingí creerle, o más bien creer que sólo estaba preguntando eso, y le dije que lo sentía, que no fumaba; él dejó pasar un poco de tiempo. Lo que nuestro silencio significaba es que él sabía exactamente lo que iba a pasar, y yo también; que el silencio sólo era la espera

de un futuro que ya estaba claro. Yo lo miraba buscar la mejor manera de abordarme. Seguía sin ver sus ojos; los adivinaba, los inventaba. Incluso del resto de su rostro sólo veía reflejos en la oscuridad. Entonces me dijo: Soy un tiburón. (Silencio). ¿Te gustan los tiburones? (Más silencio). Me eché a reír y dijo nervioso: ¿No? Entonces contesté, a medio camino entre la risa y la seriedad: Sí, bueno, sí, quiero decir, sí.

Él sonrió bajo la gorra y de repente, al ver su sonrisa, la frase ya no me pareció ni graciosa ni ridícula, al contrario, era como si nunca hubiese oído nada tan serio, tan profundo. Era un tiburón, allí, en mitad de la noche; le creía. Me preguntó: ¿Vives lejos? Contesté que no y le propuse que me acompañara. Caminamos juntos unos trescientos o cuatrocientos metros. Cuando llegamos al portal de mi edificio —que era de un vivo color azul—, tecleé el código para abrirlo; él estaba a mi espalda, sentía su aliento tibio en la nuca. Pensaba: es el aliento de un tiburón. Sé que los tiburones no tienen aliento, pero me repetía, es el aliento de un tiburón.

(¿Es posible escribir estas frases, estos pensamientos? ¿Es posible escribir estas frases cuando su belleza provenía de la densidad de la noche, de la carga de deseo y de pasión que las rodeaban? Jean Genet escribió: «Los juegos eróticos descubren un mundo innombrable que revela el lenguaje nocturno de los amantes. Un lenguaje así no se escribe. Se susurra de noche al oído, con voz ronca. Al amanecer, se olvida». Yo no lo he olvidado).

Subí las escaleras de dos en dos; él me seguía. Al entrar en mi apartamento se quitó la gorra. Vi sus ojos por primera vez. Pasé la mano por su cráneo rapado, su pelo negro de apenas un milímetro se aferraba a mi piel. Puse los labios en su nuca y en ese preciso momento, cuando mis labios rozaron la piel detrás de su oreja, me cogió en sus brazos y me tumbó en la cama con

una fuerza tan segura de sí misma y tan serena que se habría dicho —si alguien hubiera estado mirando desde el exterior— que él estaba en su casa y que el desconocido con quien se había cruzado en mitad de la noche era yo.

Lo poseía todo: el espacio, la situación, mi cuerpo. Tenía la cara aplastada contra el colchón, sólo veía oscuridad. Oí cómo se desabrochaba el cinturón, cómo se abría la bragueta; oí cómo se deslizaba el tejido de sus vaqueros muslos abajo; sentí su cuerpo tibio contra el mío. Sentía en la cara mi propia respiración; él seguía sin decir nada; y juro que yo nunca había oído un silencio tan bello.

Hicimos el amor varias veces. Entre una y otra, me hablaba, me decía: Te vas a venir conmigo. Nos vamos a ir lejos de aquí y vamos a estar toda la vida juntos.

No sabía cómo se llamaba.

Me susurraba: Vas a ser mi mujer. Vas a ser mi mujer y vas a ser mía; y yo decía que sí, yo decía que sí.

Se fue por la mañana. Se puso de nuevo la gorra y sus ojos desaparecieron, igual que la víspera. Salió de mi casa sin decir una palabra; yo lo había observado lavarse en el cuarto de baño sin decir nada. Pensaba: quizá se arrepiente de las palabras que la noche le ha hecho decir; miré su espalda y sus hombros por última vez.

Han pasado varios años, y ahora que te confío este recuerdo, lo imagino deambulando otra vez en mitad de la noche, surgiendo al azar de las sombras y diciendo a otros hombres las mismas palabras que me dijo a mí cuando nos encontramos. Imagino la sonrisa de quienes no comprenden todavía hasta qué punto esas frases son las más bellas, las más graves y las más serias que van a oír en su vida, las palabras más nobles y más sagradas que alguien pronunciará para ellos.

Tengo que decir algo: durante esos encuentros nocturnos —

hubo otros—, el pasado y el futuro desaparecían. Ya no tenía miedo. Todos mis miedos, los de mi transformación, mi metamorfosis, todas las sombras del pasado, Amiens, tú, todo se disolvía en la noche. Esos encuentros eran los únicos momentos en los que vivía en esa realidad que llamamos presente.[5]

El apartamento

En el fondo, ¿qué buscaba yo en París? Ni siquiera ahora lo tengo claro, ¿quería ser un burgués? ¿quería ser rico? ¿un intelectual? ¿hacerme famoso? ¿protegerme para siempre, de forma definitiva, del riesgo de la pobreza? ¿quería cambiar de verdad o quería sobre todo cambiar en el sentido de lo que llamamos ascenso social? Creo que era todo eso a la vez, creo que mi voluntad evolucionaba según los contextos y las situaciones, según las personas con las que estaba.

Lo que está claro es que desde el momento en que renuncié a escribir me hacía cada vez más preguntas, tenía miedo. ¿Qué iba a ser de mí? Podría haberme dicho que estaba haciendo estudios que se consideraban prestigiosos, que vivía en París, que tenía asegurados un trabajo bien pagado y un lugar en el mundo de los privilegiados, pero no era suficiente. Mi cuerpo me pedía más, Elena, la violencia de los primeros años de mi vida exigía una compensación mayor, no tenía elección, el cuerpo me pedía ir más lejos; mi cuerpo, es decir, la superposición de todas las experiencias pasadas y acumuladas.

Busqué ayuda. No sé cómo llegué a esta conclusión, lo he olvidado, pero pensé que si no era capaz de salir adelante solo, a través de la escritura, tenía que encontrar a alguien que me llevase a su vida, y que se convirtiera en la persona a través de quien conseguiría desquitarme con el pasado. Tenía que ser un millonario, un príncipe, un político importante, lo mismo daba, siempre que la vida a la que me llevara estuviese a la altura de mi necesidad de revancha.

[No me juzgues, sólo estoy intentando ser lo más honesto

posible contigo].

El día que conocí al vástago de una gran familia industrial, tan importante y tan antigua que había estudiado la historia de esa familia contigo en el liceo en un curso sobre el inicio de la industrialización en Europa durante el siglo XIX, hice todo lo que estuvo en mi mano para volver a verlo, para seducirlo, para gustarle. Lo invitaba a venir al pequeño estudio de Ludovic, a pasear conmigo por las tardes. Anhelaba parecerme a él, formar parte de su realidad. Al hablar tenía un marcado acento de la gran burguesía francesa, pronunciaba las palabras con la boca casi cerrada. Le envidiaba. Le imitaba. Lo habría dado todo por ser él y cambiar mi vida por la suya. No le quería, algo en mí no podía quererle, mi pasado, mi experiencia del mundo, pero insistía. Me forzaba. Me decía que mis sentimientos eran secundarios, que la prioridad era salvarme.

Tras el chico del linaje industrial conocí a Manuel en España. Viajé gracias a una promoción de billetes de avión y a una habitación en una especie de albergue a veinte euros por noche; por menos de cien euros pasé allí un fin de semana. No tenía suficiente dinero para comer, compraba media barra de pan a veinte céntimos en los supermercados y me la comía sentado en un banco cerca de Las Ramblas, pero me alegraba de estar en otro país.

La noche que conocí a Manuel estuve charlando con él, y al poco de entablar conversación, me dijo que era alcalde de Ginebra: Me aferré a ese encuentro. [No me juzgues]. Le escribí con regularidad, iba a verlo a Suiza una vez al mes. Vivía en una casa grande rodeada de montañas, en la linde de Ginebra, todos los días una empleada doméstica iba a hacer la limpieza, me preparaba el café de la mañana y me planchaba la ropa.

Tenía más de lo que esperaba. Nadaba en su piscina, situada en el parque privado detrás de la casa, rodeada de árboles y rosales. Él me invitaba al festival de Locarno, al caer la noche cenaba con gente que Manuel me presentaba y que me parecía importante, actrices, banqueros, el alcalde de Zúrich. Yo fingía que Manuel era mi padre. Le pedí que me adoptase, él dudaba, yo insistía. Si él hubiera aceptado, yo habría llegado más lejos que nadie en la metamorfosis, incluso habría elegido a mi propio padre. Se lo pedía a todas horas, en la piscina durante el día o en los grandes hoteles de Ginebra por la noche. Cuando regresaba a París y alguien me preguntaba qué hacía mi padre —en realidad, incluso cuando no me preguntaban encontraba un modo de hablar de ello—, decía: Mi padre es alcalde de Ginebra, y me sentía fuerte, importante. (Manuel es la única persona de esta fase de mi vida de la que sigo siendo amigo; nació entre ambos una amistad muy real. No era como los demás; era divertido, generoso, inteligente, sensible).

La cosa no acabó con Manuel (que no quería adoptarme), después de él seguí luchando por conocer a otros candidatos. No puedo describirlos a todos, recuerdo al creador de una marca de cosméticos que vivía en Los Ángeles, que conocí durante aquel fin de semana en Barcelona y que después me invitaba con frecuencia a reunirme unos días con él en España, su secretaria me enviaba el billete de avión y él viajaba a Barcelona desde Los Ángeles para verme. Como en el caso del hijo del industrial no le quería pero intentaba no pensar en eso. Tenía que huir, huir, huir.

¿Te he hablado del hombre del sofá? Me escribió él primero en un foro de debate en línea. Era director de uno de los bancos más importantes de Estados Unidos; busqué el nombre del banco en Google y era verdad, su foto aparecía en los

resultados de búsqueda, los principales diarios del mundo mencionaban su nombre. Ya imaginaba una vida con él, la infinita riqueza, el traslado a Estados Unidos; y siempre oía la misma frase que resonaba en mi cabeza, Gracias a él, estaré salvado. Me invitó a un restaurante de los Campos Elíseos, y después de la cena fui a su casa con él. Nunca había visto un apartamento tan grande como el suyo, que además era impresionante, como una mansión de vidrio suspendida sobre una de las calles más bellas de París. Me sirvió una copa de vino tinto, sin duda de una botella que costaba varios centenares de euros, me habló de la cepa, de la añada. Yo lo entendía, por la noche leía en internet artículos sobre el vino, me los aprendía como quien aprende lecciones en el colegio, la diferencia entre el burdeos y el borgoña, los grandes viñedos, las primeras y las segundas etiquetas, tenía que saber todo eso para mi nueva vida, y de hecho, cuando me reunía con aquellos hombres y se daban cuenta de lo mucho que sabía de vinos, leía la admiración en sus caras. Mis noches de aprendizaje daban fruto. Yo decía con falsa soltura, Es que mi padre es alcalde de Ginebra y a él siempre le ha gustado el buen vino [no me juzgues].

Esa noche miraba la ciudad a través de los inmensos ventanales, era como si flotara sobre París. El director de banca colocó con delicadeza un vinilo en el tocadiscos, la música empezó a sonar, y yo, con la copa en la mano y la música en los oídos, pensé en mi infancia, en el pueblo. Pensé en ti.

Él me dijo *Come with me on the sofa*, dio unos golpecitos en el asiento para que me acercara, y lo hice. Justo cuando iba a sentarme en el sofá blanco, dijo *Be careful, don't pour wine on the sofa, it's polar bear*. Su sofá estaba forrado con la piel de un oso polar. Me estremecí, pero no dije nada. Oculté mi repugnancia, y alcé la copa para brindar con él.

En aquella época reprimía el desagrado o la rebeldía. Era demasiado débil y no podía dejar que me dominasen, sólo ahora me autorizo a pensar lo que te escribo. Cuestionar la violencia del mundo era un lujo que no podía permitirme, lo urgente era seguir avanzando. Tras la velada con el director de banca (no lo volví a ver, me gustaría decirte que fui yo quien tomó la decisión pero fue él quien rompió el contacto), los problemas de dinero se acumularon. Ocurrió de repente. Trabajaba como acomodador en el teatro del Odéon, hacía lo mismo que en el teatro de Amiens pero sólo era suplente y algunos meses no tenía ingresos. Seguía acudiendo a las citas con el dentista y el ortodoncista, tres o cuatro citas cada trimestre, y todo ese procedimiento, que duró cuatro años, costaba varios miles de euros. Ludovic ya no pagaba, supongo que pensaba menos en eso, que tenía otras cosas en la cabeza, y yo no me atrevía a abordar el tema. Me encontré sin nada y con deudas pendientes.

Cenaba a menudo con él o con Didier, que me invitaban, pero las demás noches no siempre conseguía alimentarme; pasaba de veladas en lujosos restaurantes con Ludovic o en *brasseries* frecuentadas por artistas e intelectuales con Didier a otras sin nada que comer, en sólo veinticuatro horas mi mundo cambiaba de forma radical. Hervía pasta para la cena y la recalentaba al día siguiente, la pasta de la víspera estaba seca y harinosa, mi cuerpo se rebelaba cuando la comía. Para ahorrar, aprendí a hacer una sola comida al día, y es un hábito que he conservado.

Lo más difícil era decirle al dentista que no tenía recursos para pagarle, la vergüenza que sentía cuando le pedía un aplazamiento del pago. El dinero se convirtió en una obsesión, Elena, me acostaba pensando en él y era mi primer pensamiento al despertar. Había oído hablar de una forma de

ganar dinero fácil, mucho y con rapidez. Concluí que tenía que hacerlo; me conecté a sitios de citas en línea y empecé a quedar con hombres con los que me acostaba por dinero. Aunque las cosas no salieron bien con el primero, insistí, me cité con otros hombres, era el trabajo que me parecía menos agotador, menos humillante, menos alienante, en todo caso, menos que trabajar de camarero o de lavaplatos en un restaurante por un sueldo miserable. Buscaba hombres en los sitios de citas pero no quería registrarme en los sitios profesionales de prostitución; no sé por qué, pero no estaba seguro de querer dar ese paso; sin embargo, cada vez resultaba más difícil encontrar hombres dispuestos a pagar el máximo, éstos se dirigían a sitios especializados, no a los sitios de citas corrientes.

Tuve que pensar y dar con otras formas de ganar dinero; fui secretario en un gabinete de abogados, cobaya para estudiantes de Medicina, profesor particular de francés, conserje de un edificio. Un día, durante este último trabajo, el jefe me llevó a un patio cubierto de hormigón para que lo limpiara con agua a presión. Nunca había usado esas máquinas, me hice una herida en la pierna al intentar, como un idiota, probar en ella la presión del agua, era tan alta que me arrancó la piel. Llevaba un chándal viejo, frotaba con un cepillo barrendero después de regar las paredes y el suelo, y me eché a llorar. Pensé, en aquel patio, que había perdido la batalla. Me dije que todos mis esfuerzos habían sido inútiles, pensé en Amiens y en la lucha para llegar a lo que tenía en París, en los años peleando con mi cuerpo, con mis hábitos, con el sistema escolar, en mis fracasos y mis recuperaciones, en mi nueva manera de comer, de hablar, de reír, en mi nueva ropa, y todo eso no había servido de nada, el destino me llamaba al orden, estaba fregando el suelo de una comunidad de ricos. Me senté en el pavimento mojado y ya no me moví, la derrota me había paralizado.

Creí encontrar una salida a través de Didier, que iba a presentar y firmar su último libro en la librería Les Cahiers de Colette. Llegué con un poco de adelanto, no era la primera vez que asistía a un acto semejante, y aunque había dejado a un lado mis intentos de escribir miraba a Didier con una mezcla de envidia y fascinación. Avancé entre las estanterías, respirando el olor del papel, y Didier me presentó a Colette, la fundadora de la librería a la que había dado nombre. Después de la firma de ejemplares hablé con ella, y me dio a entender que si quería podía trabajar allí, necesitaba a alguien que pudiera empezar la siguiente semana. Didier debía de haberle hablado de mí, se comportaba como alguien que intentaba protegerme.

Dije que sí, y me citó para el siguiente martes. Y así fue como me convertí en librero (no todos los días, claro, sólo cuando no tenía clases). Era un oficio más difícil de lo que imaginaba, al contrario de lo que pensaba no sólo había que hablar con los clientes y aconsejarles libros, la mayor parte del tiempo había que clasificarlos, sacarlos de las cajas para colocarlos en los estantes, llevar a la trastienda los que llevaban demasiado tiempo sin venderse, mover las cajas; pero también podía leer los libros que quisiera, y todos los días descubría nuevos autores cuando los clientes pedían sus obras: Vladimir Nabokov, Emily Dickinson, Peter Handke. Leía durante la pausa del almuerzo, leía durante las horas más tranquilas, cuando no había clientes. Didier me había dicho que la librería de Colette era un lugar de renombre, prestigioso, al que iban artistas y autores conocidos, y también personalidades políticas; yo los miraba desde la trastienda donde clasificaba los libros, no me atrevía a entablar conversación con ellos; hasta el día en que Philippe entró en la librería. Oí cómo le decía a Colette: ¿Quién es ese ángel que tienes allí atrás? Colette le contestó que me llamaba Édouard. Él se acercó, le sonreí y hablamos. Antes de irse, me dio su número de teléfono

y propuso que nos volviéramos a ver.

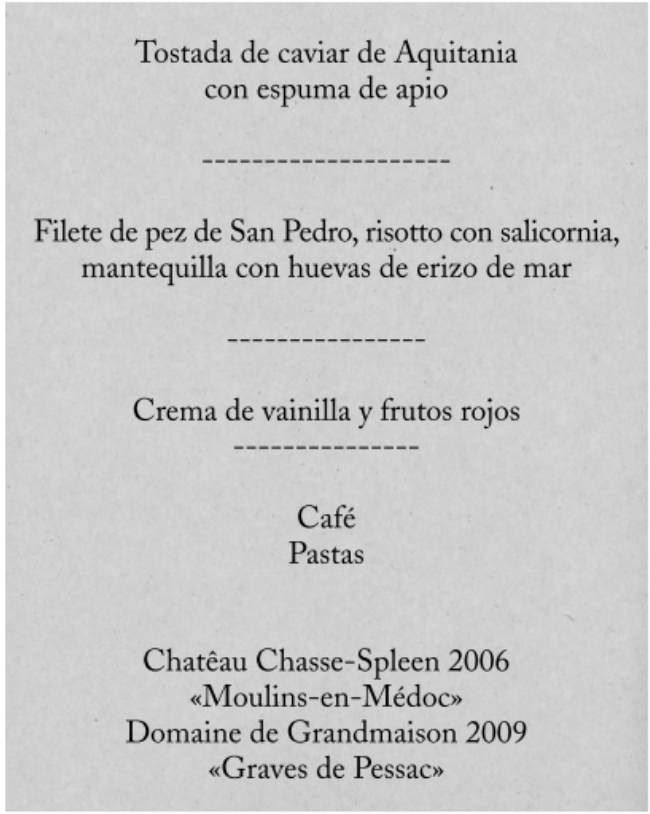
(Se me olvidaba contarte que al día siguiente de la velada con el hombre del sofá de piel de oso polar, casi por casualidad, fui a ver a mi padre al pueblo del norte donde sigue viviendo ahora. No lo había visto desde hacía mucho tiempo, varios años. Caminé por las calles silenciosas, sin vida, entre la estación y la zona de viviendas sociales a la que acababa de mudarse. Los edificios de las viviendas sociales eran grises y fríos, los huecos de las escaleras olían a orina; mi padre se quejó de eso en el momento en que llegué.

Cuando abrí la puerta de su apartamento y lo vi, cuando vi la pobreza que saturaba cada centímetro del sitio donde vivía, el olor a frito, el enorme aparato de televisión encima de la mesa en la que comía, su cuerpo destrozado por una vida de miseria y de exclusión, pensé en el hombre de la víspera y su sofá de piel de oso polar, pensé en sus botellas de vino de varios cientos de euros, y me quedé sin palabras. No encontraba modo de enfrentarme a esa diferencia, a la fealdad y la violencia del mundo. No sé lo que era esa tormenta dentro de mi cuerpo, la rabia, la desesperación, la repugnancia, ni siquiera mis sentimientos tenían nombre. Sabía que si al volver a París intentaba explicarle a alguien aquella diferencia, nadie podría entenderla, porque estaba más allá del lenguaje. Supe que si el lenguaje no podía hacer nada, no tenía que convencer a esa gente, la gente de mi nueva vida, sino luchar contra ellos. Quizá esa tarde, frente a mi padre, me prometí que un día lo vengaría).

El día en que Philippe me dio su número de teléfono, no pude evitar pensar una vez más: lo he conseguido, o más bien, *he encontrado una salida*. Sentí que al acercarme a él compensaba todos mis fracasos y abandonos de los meses precedentes, todos los encuentros que no habían llevado a nada, y cuanto más nos veíamos, más intenso se hacía ese sentimiento. Por las noches me invitaba a cenar a distintos restaurantes, y yo pensaba que el niño que había sido jamás habría podido imaginar que existían sitios como ésos. No tenían nada que ver con los restaurantes a los que Ludovic o Didier me invitaban, ni siquiera con los que frecuentaba con Manuel, como si en lugar de ser sitios para comer fueran más bien sitios para confirmar a los clientes su propia importancia, como si la palabra restaurante en la fachada no fuese más que una mentira. Al llegar, un hombre con gorra de chófer se hacía cargo del coche de Philippe y se ocupaba de aparcarlo. Philippe entraba en el vestíbulo y otra persona, por lo general una mujer, cogía nuestros abrigos y los llevaba a un vestuario, mientras que otro empleado nos acompañaba hasta la mesa reservada. Cuando Philippe pedía una botella de vino, el camarero contestaba que iba a llamar al sumiller, y éste nos hablaba sobre los vinos de la carta como si hablara de tesoros. Veía los precios de las botellas en la carta de Philippe, precios inimaginables, pero esta injusticia todavía no me hacía sufrir; igual que con el hombre del sofá, todavía no me dolía la escandalosa distancia entre mi nueva vida y la antigua, aunque no hacía mucho que había visto a mi padre; acallaba las preguntas y el dolor, vivía en la embriaguez de la metamorfosis (como en el caso de

Ludovic, era obvio que era el deseo lo que empujaba a Philippe a ayudarme).

Philippe me introdujo en su mundo, en el que se daban cita la gran burguesía francesa y la aristocracia. Durante los meses que estuve con él, me invitó a veladas en las que conocí a duques, princesas, a aristócratas que se dedicaban al comercio del arte o a otros ámbitos. Cuando me desdoblaba para observarme a mí mismo, como hacía en las fiestas al llegar a París, me decía que mi sueño se había hecho realidad. Había escapado, había llegado más lejos de lo que jamás habría podido esperar. Imaginaba a Philippe haciendo lo que yo llevaba tanto tiempo esperando, proponiéndome que viviésemos juntos, para al fin verme para siempre lo más lejos posible de mi pasado.


Tostada de caviar de Aquitania
con espuma de apio

Filete de pez de San Pedro, risotto con salicornia,
mantequilla con huevas de erizo de mar

Crema de vainilla y frutos rojos

Café
Pastas

Chatêau Chasse-Spleen 2006
«Moulins-en-Médoc»
Domaine de Grandmaison 2009
«Graves de Pessac»

Durante la semana me pedía que lo acompañara a recepciones en el Automóvil Club, no sé explicarte con exactitud lo que es, una especie de asociación de ricos y poderosos que se citan para comer caviar, beber *champagne* y entablar relaciones. Me codeaba con ministros y diputados, directores generales de compañías internacionales, millonarios; visitaba museos con Philippe los lunes, cuando estaban cerrados al público; tenía para mí solo, junto a Philippe y a unas docenas de personas, los museos que admira el mundo entero, el Louvre, el museo de Orsay, los museos por los que tanta gente atraviesa continentes y viaja miles de kilómetros. Charlaba con princesas y tenía la sensación de formar parte de aquel mundo; ni siquiera sabía

que seguía habiendo princesas en la vida real. Recuerdo a una mujer que se presentó como la princesa de Broglie y me tuve que reír porque —¿te acuerdas?—, en una clase sobre el Antiguo Régimen, en la que leí un texto sobre la familia de BROGLIE, pronuncié el nombre y la profesora me corrigió: No se dice Broglie, se escribe así pero se pronuncia «Breuil». Ahora conocía a los herederos de la dinastía, reía con ellos, y estaba deslumbrado. Asistía a cenas en las que me sentaba cerca de Philippe, en torno a enormes mesas cubiertas de flores y de candelabros, con docenas de cubiertos diferentes junto a mi plato; no sabía cuáles utilizar, esperaba a ver lo que hacían los demás. Una noche, una de las primeras veces, Philippe me susurró al oído: *Espero que te guste el caviar, está en el menú de la cena.*

Contesté: Sí, sí; no le confesé que no lo había probado nunca y no sé si se dio cuenta. Sonrió, como de costumbre, con una sonrisa alegre, y añadió: En cualquier caso, guarda el menú, cada menú es una pieza única, puede que dentro de diez años puedas venderlo y hacerte rico.

Yo pensaba que había llegado a la cúspide, Elena. Te escribía cada vez menos, nos alejábamos; no tanto en el tiempo —

llevaba en París poco más de un año, no era mucho— como, en cierto modo, en el espacio social. Recuerdo que una tarde, mientras esperaba a Philippe en la calle, contesté a uno de tus mensajes diciendo que no tenía tiempo para escribirte, que lo haría más tarde. ¿Puedo remontarme en el tiempo? ¿Me perdonarás? Había quedado con Philippe delante de un gran edificio con la fachada esculpida, entre la Asamblea Nacional y Saint-Germain-des-Prés. Llevaba una chaqueta entallada azul marino, a juego con los pantalones, camisa blanca y corbata. Me había mirado mucho tiempo en el espejo antes de salir de casa; la chaqueta, que había comprado gracias a una transferencia de Philippe, dejaba ver el nudo Windsor de la corbata. Antes de reunirme con él analicé a la persona que veía en el espejo y pensé: *Ahora estás lejos*. Crucé París, orgulloso de mi aspecto, con una botella de vino que compré por el camino. Philippe llegó y se disculpó por el retraso. Elogió mi corbata y me preguntó qué llevaba en la mano y cuando vio la botella dijo que no hacía falta, que él había comprado una de nuestra parte como regalo para los dos. Le contesté que mejor así, que tendríamos dos botellas en vez de una, pero noté en él cierta molestia e incluso algo de irritación. Comprendí que la botella que había comprado no era lo bastante buena para sus amigos. Fingí tomarlo a broma, dije que tenía una idea, que iba a dejar la botella en la calle, que alguien se la llevaría, pero Philippe replicó que no podía dejar una botella como ésa en plena calle. Dijo, Métela en la bolsa y así te la puedes beber con tus amigos esta semana.

No intenté llevarle otra vez la contraria.

Philippe llamó al timbre del portal del edificio, subimos, y nos abrió la puerta una mujer toda vestida de negro. Seguí a Philippe al interior del apartamento; más que un apartamento, una casa oculta dentro de un edificio parisino. Las habitaciones

desfilaban ante mis ojos y bajo mis piernas, veía escaleras que llevaban a los pisos superiores. Philippe me señalaba los cuadros en las paredes, decía: Kandinsky, Jean Cocteau, dijo: esto es un boceto de Picasso. Ya no recuerdo todos los nombres pero sé que me dijo nombres que me impresionaron, nombres tan famosos que los había oído desde la infancia. Le pregunté en tono de broma: Pero ¿cuánto cuesta un cuadro así? Él sonrió: Tanto que la pregunta ni siquiera tiene sentido.

Te abandonaba por escenas como ésta; pero estaba en mi derecho, creo que estaba en mi derecho.

Recuerdo muchas veladas en el mundo de Philippe. Las personas que lo rodeaban hablaban de ópera, de viajes, no he olvidado a un hombre que exclamó. *Debo decir que prefiero las playas del sureste asiático a las de California. ¡Asia es mucho más auténtica!* Yo me sentía cómodo, sobre todo cuando se hablaba de música. Iba a la ópera con Didier y Geoffroy, ya te lo dije, y más tarde con Philippe. Hablaba de Massenet, comparaba a Wagner y a Shostakóvich, mis conocimientos me daban confianza. Intentaba decir cosas que llamasen la atención, Creo que Massenet está infravalorado, o: En mi opinión Mozart era muy mal compositor de ópera; frases así salían de mi boca. Disimulaba mi repugnancia por las comidas grasas que servían durante aquellas cenas, como la liebre a la royal, una superposición de carnes asquerosa, o por el exceso de comida, las bandejas de queso que servían después de platos ya de por sí pesados, todo lo que más tarde me permití ver como signos de la vulgaridad de los ricos. Philippe estaba orgulloso de tenerme a su lado, yo siempre me las arreglaba para decir que estudiaba en la Escuela Normal Superior, sin precisar que había ingresado a través del examen de acceso menos prestigioso, y aunque era un intruso, daba el pego.

Una última imagen de esta vida. Una noche, una mujer que trabajaba para unos amigos de Philippe me estaba sirviendo ensalada para acompañar la bandeja de quesos y el burdeos, un Chasse-Spleen, el favorito de Philippe. Estaba justo detrás de mí, de pie, a punto de servirme, cuando los dos cubiertos que tenía en la mano se le escaparon de los dedos. Cayeron en la ensaladera de metal con un ruido que resonó como una campanada. El anfitrión, amigo de Philippe, interrumpió lo que estaba diciendo y exclamó: Katia, presta más atención. Y luego se dirigió a los demás: No se puede ser más torpe, hace cosas así varias veces por semana. Ella estaba allí, de pie, a unos centímetros, lo estaba oyendo pero él hablaba de ella en tercera persona, como si no estuviera, como si su reacción y sus sentimientos tuvieran tan poca importancia que no merecían que él esperase a que saliera antes de criticarla. La frase me llegó al alma. Sentí el impulso de levantarme y decirle a aquella mujer que yo no era como ellos, que no estaba de su lado, pero no dije nada.

Más tarde le conté a Didier lo ocurrido en aquella cena y le dije que había defendido a Katia ante los demás, pero no era cierto. Le mentí porque estaba avergonzado de no haber dicho nada, confiaba en que mi mentira era la prueba de que todavía sabía avergonzarme, de que seguía siendo una persona aceptable. Me gustaría que Didier supiera que ahora me avergüenzo de no haberle confesado mi silencio.

También quiero decírtelo a ti.

IV
Desenlace

Fracaso

Un día, esa vida con Philippe llegó a su fin. Duró varios meses, durante los cuales pensé que me había librado de mi infancia y de mis miedos.

No tengo ningún acontecimiento específico que contar, no guardo memoria ni de una ruptura brutal ni de una discusión, un día se acabó, eso es todo.

¿Me había hartado, después de probar esa vida? ¿Había comprendido que nunca encontraría mi lugar en ese mundo? ¿Me convencí a mí mismo de que tenía que retirarme para no enfrentarme al hecho de que esa vida no tenía nada que ver conmigo, que éramos totalmente incompatibles? ¿O es que, simplemente, esa vida y esa gente me asquearon, y me dije que no quería parecerme a ellos? Creo que es sobre todo esto último pero no estoy seguro, tengo miedo de poner ese motivo por encima de los demás porque es el motivo más noble, el más halagador (y sin embargo, lo creo de verdad, recuerdo haber pensado que, aunque no odiaba a Philippe, odiaba esas veladas con él).

Creo que fue a principios de 2012. Tras la ruptura, vi más a menudo a Didier y a Geoffroy. Fui de vacaciones con ellos, salíamos juntos cada vez más, al teatro, al cine, a la ópera; me introducían en un mundo intelectual, artístico. Fue el comienzo de una de las amistades más hermosas del mundo entre ellos y yo, estoy seguro (pero nunca he olvidado a Elena). Escribía ensayos y artículos breves sobre novelas en una revista gay gracias a Didier, que me recomendó al redactor jefe, trabajaba en la construcción de los textos, quería empezar de nuevo,

empezar de cero el sueño que me había llevado a París. Organizaba encuentros sobre sociología y literatura en el teatro del Odéon, veía mi nombre impreso en los programas de esos encuentros y sentía que existía para los demás, que volvía a nacer.

Ahora tenía que escribir un libro, estaba seguro, ésa era la forma de salvarme definitivamente. Ludovic, a quien le había ocultado casi por completo, por vergüenza, las veladas con Philippe, me alentaba, me compraba libros.

Tenía que empezar otra vez, con normalidad.

Volví a hacer cada día lo que hacía antes de conocer a Philippe. Por la mañana me sentaba al ordenador para escribir, me apremiaba, me levantaba, daba vueltas por el diminuto apartamento, me daba órdenes Tienes que conseguirlo, tienes que conseguirlo, pero los ánimos que me daba a mí mismo no servían de nada, no venían las palabras.

Iba a los cafés, tomaba notas en un cuadernillo, esbozaba ideas para libros, pero todo lo que escribía me desanimaba aún más, cuando releía al día siguiente lo que había esbozado la víspera sentía como si me ensuciara y me pusiera en ridículo, todo lo que escribía me parecía un plagio fallido de mis autores favoritos, lo rompía y lo borraba todo, la desesperación me impedía continuar.

Barcelona

Tiré la toalla por enésima vez. Luchar con la escritura me había dejado agotado y perdía horas en las redes sociales sin hacer nada, sin decir nada, chateando con desconocidos, sintiendo el peso del fracaso. Intercambiaba mensajes en Facebook con un hombre que no conocía y que vivía en Barcelona. Llevaba varios años solo, y la soledad le hacía sufrir. Yo le tranquilizaba; le hacía confidencias a mi vez, sobre la huida de Amiens, la vida con Philippe, mis dudas, otros días le enviaba los poemas que escribía, esbozos de poemas. Él me decía que sentía algo muy intenso por mí y que iba a parecerme una inmadurez porque tenía casi sesenta años, casi tres veces mi edad, pero que no podía evitar decirme que se estaba enamorando.

Una tarde en la que Éric —se llamaba así— me llamó por teléfono, le propuse irme a vivir con él a España y empezar de nuevo allí.

Enseguida contestó que sí. Decidí irme tres días después, abandonarlo todo, mi vida, mis amigos en París, mis estudios. Renunciar otra vez a los sueños formulados con Elena en Amiens y a los que vinieron después, nacidos del encuentro con Didier. No le dije a Éric por qué quería vivir con él, que era por el agotamiento, por el cansancio extremo del cambio y de la metamorfosis, por haber fracasado.

Durante los tres días que me quedaban en París antes de irme a Barcelona, fingí vivir como siempre. No avisé a nadie.

Vi a Ludovic, a Didier y a Geoffroy, fui a las clases de la

Escuela Normal, lo fotografiaba todo. Todo lo que veía, todas las imágenes, los rostros, quería conservarlos, grabarlos para siempre en mi memoria, una última vez.

Me habría gustado decirles a todos que lo sentía mucho, que tenía que irme porque ya no me quedaban fuerzas para luchar, que iba a perderlos pero que si no me marchaba lo perdería todo.

La víspera del vuelo a Barcelona les dije a Didier y a Geoffroy que nos veríamos de nuevo esa semana, pero sabía que no era cierto. Mentía, porque decía hasta luego y tendría que haber dicho adiós.

Dije adiós en silencio, sólo para mis adentros, a Philippe, a Didier, a Geoffroy, a los años de esfuerzos, al nudo Windsor de Elena, a las sesiones de risa delante del espejo para reírme de otra manera, a la enfermedad del cambio, a los sueños.

En el vestíbulo de llegadas del aeropuerto reconocí a Éric, que me estaba esperando. Sonreía. No se parecía a sus fotos. No es que me hubiera mentido o me hubiera enviado fotos demasiado favorecedoras, pero la realidad de su cuerpo y de los movimientos de su cuerpo revelaban algo que las fotos no dejaban ver.

Lo miraba y pensaba: *Es tu nueva vida, es él*. Me dio un beso en la mejilla y me ayudó a llevar la maleta. Nos dirigimos hacia su casa. Recuerdo su primera frase: *Bienvenido a nuestra casa*. Se acercó para besarme y acariciarme el cuerpo bajo el polo, lo besé pero no me gustaba su olor, no había pensado en eso cuando hablábamos en internet. Le dije que haríamos el amor en otro momento, que me aturdía la conmoción de haber cambiado de vida de forma tan completa, tan brutal, y él contestó: *Sí, sí, claro, lo entiendo*.

Por la noche me invitó a cenar en un restaurante de Las

Ramblas. Me enseñó su barrio, su café favorito, el camino por el que paseaba con su perro por la mañana, al levantarse. Me los señaló como puntos de referencia para nuestra vida futura.

Por las mañanas, al levantarme, me iba a pasear por la playa. El mar frente a mí, el sol calentándome la piel, registraba todos los elementos como datos de mi nuevo comienzo. Deambulaba sin rumbo por las calles, intentaba identificar lugares de la ciudad que pudieran convertirse en mis lugares, cafés donde poder ir a leer durante el día, una piscina para nadar por las tardes; buscaba las zonas más tranquilas de la playa. Era marzo, todavía había pocos turistas, pero ya hacía calor. Geoffroy me escribía, como todas las mañanas, para preguntarme cómo estaba, y yo decía que todo iba bien, fingía estar todavía en mi casa de París. Unos días después le dije que estaba enfermo y que no podía salir; aplazaba el anuncio de mi deserción. Seguía con mi vida en Barcelona, durante el día le decía a Éric que necesitaba pasear solo y quedábamos por la noche para cenar juntos, pero la conversación era cada vez más laboriosa, los silencios cada vez más densos. Intentaba convencerme a mí mismo de que era normal, que era el principio y que hacía falta tiempo. Me repetía *por lo menos aquí descansas, aquí se ha acabado la guerra, ya no tienes que cambiar, sólo tienes que ser*. Por la noche, a la hora de dormir, me acostaba en la cama de Éric, lo más lejos posible de su olor a loción y a cuero desgastado, él se acercaba y me tocaba, intentaba besarme, yo lo rechazaba suavemente y le decía que todavía no estaba con ánimos para eso.

Seguí así una semana más, haciendo esfuerzos, y luego le dije a Éric que tenía que volver a París. No intentó retenerme, contestó que lo comprendía. Mi huida había fracasado.

Subí al avión y cuando llegué a París le envié a Éric unos cuantos mensajes, después cada vez menos. Les repetí a Didier

y a Geoffroy que había estado enfermo, que había tenido fiebre alta, y que me alegraba mucho de verlos.

Regreso y último intento

Volví al apartamento de Ludovic en París que, poco más de una semana antes, creí haber dejado para siempre. Todo estaba igual. No tenía nada que hacer, salvo intentar trabajar. Me senté a la mesita y empecé a escribir:

Mi madre se pasaba mucho tiempo contándome algunos episodios de su vida o de la vida de mi padre.

La vida que llevaba la tenía aburrida y hablaba para llenar el vacío de esa existencia que no era sino una sucesión de momentos de hastío y de tareas penosísimas. Fue durante mucho tiempo *ama de casa*, como me pedía que le pusiera en los documentos oficiales. Opina que eso de *profesión sus labores* que pone en mi partida de nacimiento la insulta y la mancilla. Cuando mis hermanitos crecieron lo suficiente para cuidarse solos quiso ponerse a trabajar. A mi padre le pareció degradante, era como poner en entredicho su condición masculina: quien tenía que llevar el jornal a casa era él. Mi madre lo estaba deseando pese a lo duros que eran los trabajos a los que podía aspirar: ir a la fábrica, ser asistenta o cajera de supermercado. Se revolvió. Hasta cierto punto se revolvió también contra sí misma, contra esa fuerza imposible de captar y de nombrar que la impulsaba a pensar que a una mujer la degradaba trabajar mientras su marido se veía abocado al paro (mi padre se había quedado sin el trabajo de la fábrica, ya volveré sobre este asunto). Tras largas discusiones, mi padre cedió por fin y mi madre empezó a dedicarse al aseo de los ancianos, recorriendo el pueblo, de casa en casa, en su bicicleta oxidada, llevando un anorak rojo que había sido de mi padre unos años antes, comido de polillas y que por descontado (la anchura de espaldas de mi padre) le estaba grande. Las mujeres del pueblo se burlaban *Vaya pinta que tiene la Bellegueule con ese anorak que le queda grande*. Cuando llegó el día en que mi madre ganó más que mi padre, algo más de mil euros mientras que

él apenas si llegaba a los setecientos, no lo pudo aguantar más. Le dijo a mi madre que no merecía la pena y que tenía que dejarlo, que no necesitábamos ese dinero. Setecientos euros para siete bastaban.

Narraba toda mi infancia, el pasado contra el que había luchado, las palabras de mi madre, todo lo que me había empujado a Amiens y al inicio de mi metamorfosis, todo lo que estaba en el origen de mi desesperación y de mi rabia, las palabras, las frases, los recuerdos me venían a la cabeza, las tecleaba y al día siguiente reescribía lo que había escrito la víspera, trabajaba siete, ocho horas al día; escribía, y cuanto más avanzaba más convencido estaba de que ese libro sería mi salvación; era extraño, un giro brutal de las cosas me hacía describir lo que me había empeñado tanto en ocultar desde hacía años; recordaba; escribía:

Está mi padre. En 1967, el año en que nació, las mujeres del pueblo todavía no iban al hospital. Daban a luz en casa. Cuando lo trajo al mundo, su madre estaba en el sofá, impregnado de polvo, de pelos de perro y de gato por culpa del calzado siempre lleno de barro que nadie se quitaba en la entrada. En el pueblo hay carreteras, por supuesto, pero también muchos *caminos de tierra* por los que todavía se transita, donde van a jugar los niños, carreteras de tierra y piedras, sin asfaltar, que bordean los campos, aceras de tierra batida que, en los días de lluvia, se convierten en algo parecido a unas arenas movedizas.

Antes de ir al centro de secundaria, salía varias veces por semana en bici por los *caminos de tierra*. Ataba un trocito de cartón a los radios de la bicicleta para que sonara como una moto al pedalear.

El padre de mi padre bebía mucho, pastís y vino en garrafa de cinco litros, como siguen haciendo muchos hombres en el pueblo. Bebidas alcohólicas, que van a comprar a la tienda de ultramarinos, que hace además las veces de café y de estanco, y de despacho de pan. Se puede ir a comprar a cualquier hora, basta con llamar a la puerta de los dueños. Resulta bastante cómodo.

El padre de mi padre bebía mucho y, cuando estaba borracho,

pegaba a su mujer; se volvía de repente hacia ella y la insultaba, le tiraba todo lo que tenía a mano, a veces la silla, incluso; y a continuación le pegaba. Mi padre, que era muy pequeño, encerrado en su cuerpo de niño canijo, los miraba, impotente. Iba acumulando odio en silencio.

Todo eso no me lo contaba. Mi padre no hablaba, o al menos no de esas cosas. De eso se encargaba mi madre, era su tarea de mujer.

Una mañana —mi padre tenía cinco años—, su padre se marchó para siempre, sin avisar a nadie. Mi abuela, que también era quien transmitía las historias de familia (una vez más, ese cometido femenino), me lo contó. Todavía se reía después de tantos años, feliz al fin por haberse librado de su marido. *Se fue una mañana a trabajar a la fábrica y nunca volvió; lo estuvimos esperando para sentarnos a la mesa*. Era obrero de la fábrica, era él quien traía la paga a casa y, cuando desapareció, la familia se vio sin dinero, apenas les llegaba para comer, pues había seis o siete niños.

Mi padre no lo olvidó nunca; decía delante de mí *Me cago en ese cochino hijo de puta que nos abandonó, que dejó a mi madre sin nada*.

Final

Trabajé a ese ritmo durante varios meses. Despertaba y me ponía a escribir. No comía durante el día. Me prometía el descanso: cuando hubiera publicado un libro y con él me hubiera vengado del pasado podría retirarme para siempre, no volver a hacer nada. Por la tarde y la noche leía todo lo que podía, docenas de novelas, para estimular la memoria; los recuerdos reales o imaginados de los escritores y escritoras ayudaban a desenterrar los míos, leía para aprender a recordar. Leía de noche pero también en el metro para ir a la Escuela, y entre clases a mediodía, por la tarde. Mientras me duchaba, escuchaba audios de libros, no quería perder el tiempo, me empeñaba en que ni el momento de la ducha fuera tiempo perdido en el ritmo de lectura. Compraba o robaba libros, los apilaba en el apartamento, había libros en el suelo, en el fregadero, sobre el mueble del cuarto de baño. Hacía cuentas: Hace dos años no habías leído nada y ahora ya has leído doscientos o trescientos libros, me daba ánimos a mí mismo, tienes que seguir, tienes que seguir, dentro de un año habrás leído doscientos más, venga, y en dos años ya serán cuatrocientos más.

Me siento tan lejos de los escritores que cuentan cómo descubrieron la literatura a través del amor por las palabras y de la fascinación poética por el mundo... No me parezco a ellos. Yo escribía para existir.

Las noches en las que veía a Ludovic, le hablaba de mis sueños, *a lo mejor, si consigo escribir una novela y la publico, llego a ser un autor conocido en el mundo entero; a lo mejor, si el libro se lee en todo el mundo, me libraré de la pobreza de una vez por*

todas y para siempre; lo primero que haré será comprar un apartamento, sí, compraré un apartamento y tendré dónde alojarme durante el resto de mi vida, no volveré a quedarme en la calle. Imprimía los capítulos escritos, los releía, los reescribía, los tecleaba de nuevo al ordenador, y así sucesivamente. Con frecuencia, durante unos días, dejaba de creer en mi sueño, la melancolía invadía todos los rincones de mi vida, la misma melancolía que me había empujado a marcharme a Barcelona, lo que comía no era tan sabroso porque no conseguía escribir, el vino que Geoffroy me servía en su casa no sabía igual de bien porque no conseguía escribir, París era asfixiante porque sabía que jamás lo lograría; toda mi percepción de la realidad, todos mis sentidos, todo mi cuerpo estaban condicionados por la posibilidad de la escritura; Ludovic se preocupaba, Didier y Geoffroy también, me aconsejaban que fuera al médico, éste me recetaba dosis más altas de ansiolíticos, me dolía todo el cuerpo.

Seguí así hasta el día en que, tras muchos momentos de desaliento, terminé el libro. Lo imprimí. Lo leí una última vez; había leído y releído las frases tantas veces que me las sabía de memoria. Di un ejemplar del manuscrito a Didier, otro a Geoffroy y otro a Ludovic; lo leyeron, me sugirieron algunas modificaciones, revisé el texto una vez más siguiendo sus consejos y envié la versión definitiva a varias editoriales, cuyas direcciones busqué en internet. Había titulado el libro *Vida y muerte de Eddy Bellegueule*; más adelante, lo cambié por *Acabar con Eddy Bellegueule*. Adjunté una carta al manuscrito explicando que el libro era la historia de mi infancia.

Y esperé.

Al principio recibí respuestas negativas, me decían que nadie podría creer lo que había escrito, aunque yo simplemente había reconstruido mi infancia. Es extraño, aquellos editores estaban tan lejos de lo que yo describía que pensaban que esa realidad

no existía, que el niño que había sido no existía; decían que tanta pobreza y tanta violencia no eran posibles en Francia.

Recibí otras cartas de rechazo, pero una tarde me llamó un hombre, René, de Éditions du Seuil; me dijo que había leído mi libro y que lo había conmocionado, ésa fue la palabra que empleó, conmocionado, me la repetí durante semanas. Estaba sentado en el sofá, intentando no echarme a llorar. Él me explicó que hacía falta la aprobación de la editorial pero que estaba seguro, quería publicar mi libro el año siguiente. Colgué y ya no pude contenerme, llamé llorando a Didier y a Geoffroy para darles la noticia.

Salí del apartamento y corrí a reunirme con ellos para celebrarlo, hacía frío pero no sentía el frío en la piel, corría y pensaba: Te has salvado, te has salvado para siempre, lo has conseguido.

Las lágrimas deformaban las calles a mi alrededor y, en silencio, desde el fondo de mi corazón, dije Adiós al pasado.

Epílogo

Toda mi vida cambió tras la publicación de ese libro y los que publiqué después. Es extraño, las cosas con las que soñaba y fantaseaba cuando hablaba con Ludovic por las noches, en el momento en que ni siquiera estaba seguro todavía de poder terminar un primer libro, se hicieron realidad, como si los hechos y la realidad se hubieran sometido a mi voluntad.

De repente lo que había escrito se tradujo en Italia, en China, en Grecia; recorrí el planeta, viajé por todo Japón para presentar mi obra, lo que ahora llamaba mi obra, visité Chile, Kosovo, Argentina, Noruega. Era como una nueva etapa en el cambio, como si esa nueva vida se añadiera a la del pueblo, a la de Amiens y a la de París, como un grado adicional de realidad. Los diarios y las televisiones de todo el mundo me hacían entrevistas, el sueño del niño que había sido se hizo realidad, habría querido viajar en el tiempo para decirle que todo saldría bien, que no tuviera miedo. Habría querido decirle que un día existiría, que algunos lo considerarían digno de la atención de los demás, que lo invitarían a dar conferencias en lugares que todavía no conocía.

Gané dinero, pude comprar un apartamento en París como había soñado, un apartamento que me ponía a salvo para siempre del riesgo de quedarme en la calle. Con ese dinero también pude viajar, por el continente americano, por el sudeste asiático, descubrí civilizaciones diferentes a la mía.

A la larga, me convertí en un amante sincero del arte y de la literatura, dejé de escribir sólo para encontrar una salida y empecé a escribir por amor a la literatura en sí, a escribir no para salvarme sino para intentar ayudar a los demás; puede

que sea trivial formular las cosas así pero es cierto, quise escribir libros que fueran armas para los demás. Me alejé definitivamente de mi infancia, de Eddy Bellegueule.

Un día me escapé (una vez más). Tras la publicación de mis libros, una tarde me fui a Estados Unidos sin decir nada a nadie. Hice la maleta y me fui allí porque de pronto odié la vida que había llegado a ser la mía, la vida con la que había soñado, la de los libros; pensaba que sería muy feliz al convertirme en autor pero no había encontrado esa felicidad, estaba resentido con mi vida por haberme traicionado y mentido, por no darme lo que me había hecho esperar. Viví en otro continente, durante meses viajé por Estados Unidos, recorría ciudades desiertas, fantasmales, caminaba solo de noche por ciudades que no conocía y donde nadie me conocía, dormía en hoteles miserables elegidos al azar y pensaba: Todo vuelve a empezar. El pueblo, Amiens, París, Nueva York y ahora New Bedford, Massachusetts, donde celebré solo mi veinticinco cumpleaños sin saber lo que me reservaba el futuro. Donde todo podía empezar desde cero, otra vez. Donde me asignaba un nuevo nombre, nuevos sueños de silencio y desaparición, nuevas esperas, donde lo más hermoso para mí era perder todo lo que tanto esfuerzo me había costado conseguir en París. Tras unos cuantos meses, ya harto, volví a Francia.

¿Estoy condenado a anhelar siempre otra vida?

Escribo porque creo que a veces lamento haberme alejado del pasado; a veces no estoy seguro de que mis esfuerzos hayan servido de algo. A veces pienso que toda esta lucha ha sido inútil y que huir fue luchar por una felicidad que nunca he logrado sentir.

Escribo porque a menudo creo que me gustaría volver atrás, a

las tardes en la parada de autobús con otros niños del pueblo hasta las tres, las cuatro de la madrugada, bebiendo en vasos de plástico el whisky que habíamos comprado en el supermercado, como los jóvenes que nos habían precedido, como hizo mi hermano antes que yo, como hizo mi padre antes que yo, sin pensar en el futuro o en el porvenir.

Me gustaría volver atrás en el tiempo...

Volver a esa época en la que no tenía prisa por cambiar, a la época en la que iba con los hijos de la vecina o con Amélie, mi mejor amiga, a los campos de trigo que rodeaban el pueblo, y allí construíamos cabañas de madera con planchas rescatadas de la escombrera municipal, que transportábamos en bicicleta, y luego mis dedos olían durante días a madera, a tierra, a clavos oxidados; las noches húmedas que pasábamos en las cabañas, forzándonos a creer que estábamos bien cuando en realidad teníamos frío y nos dolía la espalda, pero nos sentíamos felices durmiendo en aquellos refugios que habíamos construido con nuestras propias manos, que eran obra nuestra.

(Lo que echo de menos es el presente).

A esa época en la que mi padre veía películas de terror por las noches y me obligaba a verlas con él, porque decía que así echaría callo. Yo decía que quería ir a acostarme, pero él me ordenaba que me quedara en la cocina a ver la película, me amenazaba, me decía que tenía que aprender a no sentir miedo, a ser un hombre, y yo lloraba y gritaba ante aquellas imágenes de asesinatos, de monstruos, de cuerpos descuartizados.

A esa época en la que mi madre gritaba en la cocina, entre las

manchas de grasa y de humedad que cubrían las paredes: ¡¡¡¿Quién quiere pasta con gruyer?!!! Y mi padre contestaba levantando la mano Yo, yo, yo, de pronto tenía mi edad, y yo levantaba la mano y gritaba con él.

A la época de los olores. A esa época en la que, al volver a casa tras pasar el día en el colegio, olía el gasóleo en la habitación común, porque como la mayoría de los habitantes del pueblo, nos calentábamos con ese combustible pobre, color sangre, de olor fuerte. Un olor que impregnaba la ropa, la piel, el pelo.

(No siento nostalgia de la pobreza, pero sí de los olores y de las imágenes).

A esa época en la que suplicaba a mis padres que me dejasen ir a la panadería a comprar bombones. Mi padre decía que no, que no podíamos, que la cuenta de la panadería sería demasiado alta a fin de mes, cuando hubiera que pagarla, y luego cedía, siempre terminaba cediendo, me salía con la mía, y unos minutos más tarde estaba en la calle con los bombones en la mano, una bolsa llena de formas multicolores, una pesada bolsa de plástico en la palma de la mano y, en mi campo visual, las rodadas de tierra que dejaban los tractores en las calles del pueblo.

No siento nostalgia de la pobreza, sino de la posibilidad del presente.

O mejor dicho: odié mi infancia y la echo de menos.
¿Es normal?

Volver a esa época en la que mi padre, al oír el ruido del tapón

cuando alguien descorchaba una botella de vino, me decía, «¡ah, me llaman!»

A esa época en la que veíamos la tele ocho o nueve horas al día porque la tele nos permitía pensar sólo en el presente y no tener que pensar en el día siguiente, es decir, en la preocupación y en la vida.

A esa época en la que lo miraba —a mi padre, siempre mi padre— en cada sorteo de lotería y me estremecía cuando me decía: Imagínate que ganamos y nos hacemos millonarios.

(Claro, la infancia fue también el momento en que mi padre me decía que yo no era el hijo que habría querido tener, el momento en que la angustia de no tener dinero definía toda nuestra vida cotidiana; pero todas esas cosas, cuando pienso en ellas, me marcan cada vez menos, no sé por qué, no encuentro explicación).

Yo le preguntaba: ¿y qué hacemos si nos convertimos en millonarios? Sabía lo que iba a contestar, porque llevaba años haciéndole la pregunta. Pero fingía esperar su respuesta. Fingía estar sorprendido e interesado a la vez cuando la escuchaba, aunque podría haber contestado por él. Decía: Primero me compraría una tele grande, así de grande. Y me largaría a un sitio con sol.

Volver

A la época de los días en la plaza del ayuntamiento del pueblo, dejando pasar el tiempo, o más bien dejándolo llegar, hablando con las mujeres reunidas delante de la verja de la escuela primaria, intentando saber más detalles sobre cómo la mujer

del carnicero lo había pillado acostándose con su vecina.

(Sé que si volviera a esa época odiaría ese mundo, y sin embargo lo echo de menos).

A esa época en la que mi mayor ambición era tener una moto, como los demás chavales, para ir al McDonald's de la ciudad más cercana, a unos veinte kilómetros.

A esa época en la que me pasaba tardes enteras tumbado en la hierba al lado de Elena.

A esa época en la que ella se quedaba dormida sobre mi hombro en el cine.

A esa época en la que lo que más feliz me hacía, lo que me ayudaba a soportar la semana escolar, era saber que el sábado subiría con mi primo Dylan al autobús que iba a la ciudad y nos pasaríamos la tarde en el supermercado, entre las dos y las seis, sin poder comprar nada más que una lata de Coca-Cola o de té helado, pero encantados de estar allí, rodeados por una abundancia infinita, inaccesible, por la inacabable proliferación de productos que nunca podríamos comprar, y emprender el mismo viaje todos los sábados por la tarde, siempre con el mismo placer.

La burguesía iba al teatro o a la ópera; a nosotros lo que nos hacía soñar era el supermercado.

A esa época en la que mi madre se encogía de hombros y decía: Vaya mierda de vida que llevamos.

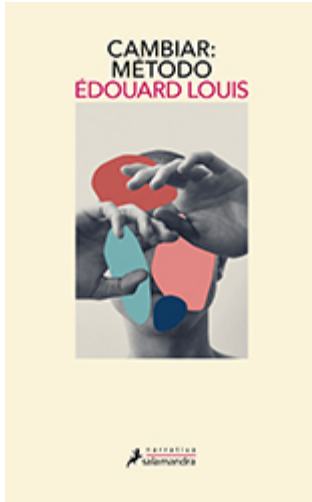
A esa época en la que, no obstante, sonreía.

A esa época en la que todavía podía hablar con ella.

A esa época en la que tenía sueños.

Pero sé que es demasiado tarde. Esas imágenes volvían a mi mente; la última vez que pensé en ellas —rodeado por los edificios, el tráfico un poco más lejos, el olor a comida en las calles, las luces color violeta de Montparnasse— se sucedían unas a otras, pero ya sabía, mientras las recordaba, que era demasiado tarde. Seguí andando, escuchando el ruido de mis pasos en el pavimento, y me dije que la noche avanzaba, que era hora de regresar a casa y dormir.

Una historia de aprendizaje y metamorfosis sobre cómo cambiar de identidad



Casi una década después de *Para acabar con Eddy Bellegueule*, su ópera prima, que se convirtió en un sorprendente fenómeno internacional, Édouard Louis regresa con un nuevo texto autobiográfico que nos permite medir el alcance del camino recorrido desde una infancia marcada por la miseria económica, moral y cultural hasta la vida adulta en los elegantes barrios de París. Una fascinante y conmovedora historia de aprendizaje y metamorfosis para escapar de la pobreza, la violencia y la exclusión.

Dotado de una trágica lucidez y de una franqueza asombrosa, *Cambiar: método* es probablemente el libro más tierno y melancólico de Édouard Louis, una forma de odisea personal que no es sino el fruto maduro de una permanente, insaciable y terapéutica búsqueda de la felicidad.

Reseñas:

«Un Édouard Louis más literario que nunca. [...] Un libro que expresa, en un estilo más narrativo, cómo el autor se vengó de su pasado, cómo los encuentros y las casualidades de la vida lo llevaron a mirarse a sí mismo. Fascinante».
FranceInter

«Después de haber escrito sobre todo para salvarse y existir, Édouard Louis alienta un proyecto literario híbrido, entre el activismo y la autoficción, que consiste en escribir libros que sean armas para otros».
Le Devoir

«El libro más poderoso, delicado y emotivo de Édouard Louis».
Femme Actuelle

«Un autor que tiene más recuerdos que si tuviera mil años».
Le Monde

Édouard Louis (Hallencourt, Somme, 1992) estudió Historia en la Universidad de Picardía y Sociología en la Escuela Normal Superior de París, ejerce la docencia en La Manufacture, la Escuela Superior de Artes Escénicas de Lausana, y colabora en varios proyectos teatrales. Es autor de las novelas *Para acabar con Eddy Bellegueule, Historia de la violencia* y *Quién mató a mi padre*, traducidas a una treintena de idiomas y publicadas en español por Salamandra.

Título original: *Changer: méthode*

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Encarna Gómez Castejón, por la traducción
Fragmentos de *Para acabar con Eddie Bellegueule*, pp. 266-270 (Salamandra, 2015, traducción de María Teresa Gallego Urrutia).
Cita de Jean Genet, p. 9, *Journal du voleur*, © Gallimard, 1949 (en *Diario del ladrón*, Barcelona, RBA, 2012, traducción de María Teresa Gallego Urrutia).
Cita de Didier Eribon, pp. 182-183, *Retour à Reims*, © Librairie Arthème Fayard, 2009 (en *Retorno a Reims*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2015, traducción de Georgina Fraser).
Cita de Alice Walker, p. 55, en «My father's country is Poor», *The New York Times*, 1977, reproducido con la autorización de The Joy Harris Literary Agency, Inc.
© Chantapitch, por la fotografía de la p. 251

Imagen de portada: © Jorge Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18968-87-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] esta expresión, «tener éxito», me parece estúpida ahora, pero en aquel momento me daba fuerzas para escapar

[2] en mi primer libro conté cómo hice todo lo que pude para no huir, para no ser diferente. Ambas historias son ciertas, simplemente relatan las dos caras de un mismo fenómeno, de una misma vida

[3] no hablo con más detalle de la vida en el internado porque no tengo nada que decir, sólo me quedan unos cuantos recuerdos sombríos y confusos, el fuerte olor a legumbre hervida en el comedor por las noches, el aburrimiento, la ropa robada en las duchas, mi secreto deseo por Karim, el celador del dormitorio; no tengo nada más que contar, me quedan más sensaciones que recuerdos

[4] de hecho, no fui con Elena a esta conferencia, sino con otro amigo; el mismo a quien había imitado al inscribirme en el departamento de Historia de la Universidad de Amiens. Prefiero sustituirlo por Elena en la narración, por coherencia y sobre todo para no tener que reconstruir toda la historia que me llevó a asistir a la conferencia con él y no con ella. De todas formas yo le contaba a Elena todo lo que hacía, con todo detalle, y era como si siempre estuviera presente, incluso cuando no lo estaba

[5] uno de esos encuentros estuvo a punto de matarme una vez, pero ésa es otra historia

[*] *Bellegueule* equivaldría a *Guaperas* en español. (*N. de la T*).

Índice

Cambiar: método

Dos prólogos

I. Elena

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Entrevista imaginaria frente a un espejo

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
II. Didier
Impacto
Al día siguiente
Transición
París, las primeras veces
Entre dos aguas
Escuela Normal Superior
Preparación
Ludovic
Proyecto, continuación y final (la esperanza)
Resultado
Entrevista imaginaria frente a un espejo
Despedidas
Un monólogo de Elena (homenaje a Jean-Luc Lagarce)

Llegada
III. Breves cartas para un largo adiós (explicaciones ficticias con Elena)
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
IV. Desenlace
Fracaso
Barcelona
Regreso y último intento
Final
Epílogo

Sobre este libro
Sobre Édouard Louis
Créditos
Notas